20
Centavos en toda la República.



Mundo Argentino

FEBRERO 21 de 1934

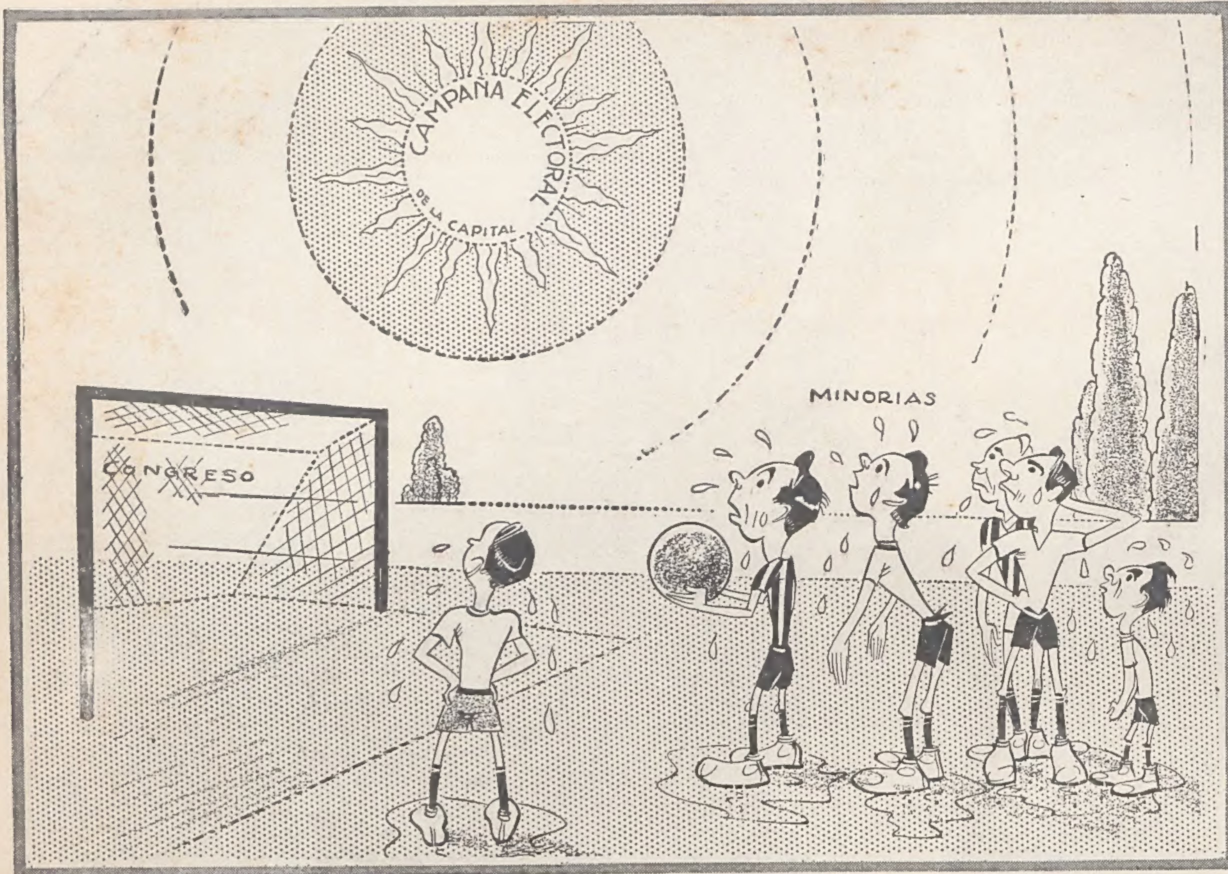
En este número:

"Flor del aire"

NOVELA CORTA DE AMBIENTE NACIONAL

DE AMADEO A. COUREL

El ESPEJO *de la* OPINION PUBLICA *en el* PAIS *y en el* EXTRANJERO



1 **REPUBLICA ARGENTINA**
El verdadero campeonato de los niños débiles



2 **ESTADOS UNIDOS**
Viene otro "cara pálida" de Wáshington; pero éste no la tiene tan pálida.
(De "The Herald")

BALANCE DE LA POLITICA MUNDIAL

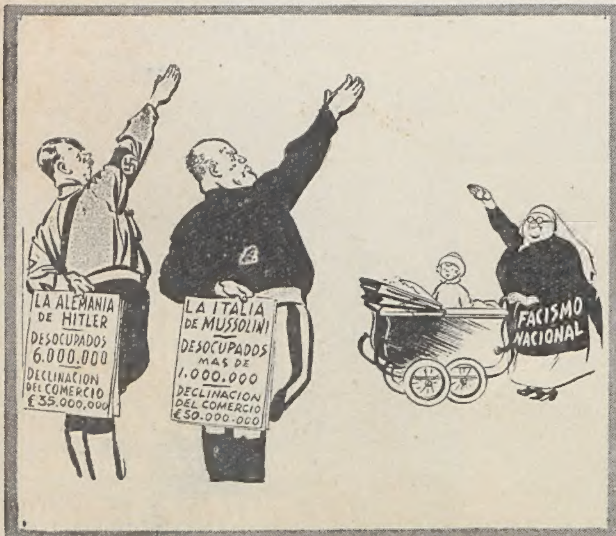
(1) La Municipalidad de la capital organizó recientemente un campeonato de football entre las Colonias de Niños Débiles, cuyos teams tuvieron que derrochar sus escasas energías en los días más calurosos del año. **El mismo extraordinario esfuerzo lo están efectuando aquellos partidos políticos que ambicionan conquistar las bancas de la minoría, trenzados en una reñidísima lucha proselitista que les obliga a echar el resto como a los niños débiles.**

(2) En otras épocas los gobiernos yanquis hicieron amagos aislados y pusilánimes de poner freno a los poderosos intereses bancarios, pero **le ha tocado al presidente Roosevelt encarar la situación financiera con toda la energía y firmeza requerida por un problema de semejante magnitud y seriedad.**

(3) En la opinión de este caricaturista inglés, **quienes hacen propaganda a favor del fascismo, sólo señalan un aspecto de aquel sistema político**, y desconocen, o pretenden ignorar, el hecho de que esa forma de gobierno no ha logrado resolver ni la desocupación ni la crisis económica ni ninguno de los problemas del momento.

(4) **La unidad mundial que se soñó factible cuando fué fundada la Liga de las Naciones, no parece haber avanzado desde aquella época,** y promete más bien convertirse en algo semejante a Peter Pan, el pequeño personaje de Barrie que nunca pudo crecer.

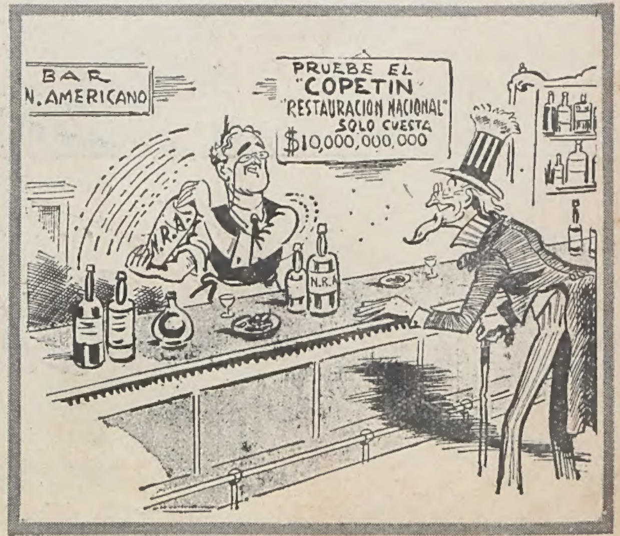
(5) **El presupuesto sensacional de los Estados Unidos, que arroja un déficit de cifras mareantes, ha sido, sin embargo, bien recibido por la mayoría del público norteamericano** a la espera del milagro que tan caro costará al erario nacional, el milagro de la restauración económica del país.



3 **EL FASCISMO**
El niño. — Dígales que se den vuelta.
(De "Morning Post")



4 **LA SITUACION INTERNACIONAL**
Este chico parece que nunca va a crecer.
(De "Glasgow Mail")



5 **ROOSEVELT Y LAS FINANZAS**
El tío Sam. — Me parece muy caro, pero me hace falta algo estimulante.
(De "Daily Despach")



Mundo Argentino

SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO

APARECE LOS MIERCOLES



EDITADO POR LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN: RÍO DE JANEIRO 300 - U. T. 60, CAB. 1020 AL 1029

FUNDADOR ALBERTO M. HAYNES

AÑO XXIV — BUENOS AIRES, FEBRERO 21 DE 1934 — Nº 1205

FORZOSO es SALIR a CONQUISTAR nuevos MERCADOS

La guerra comercial que traba en estos momentos la colocación de nuestros productos en el exterior, nos obliga a pensar en la conquista de nuevos mercados, que para el caso de la industria frutícola, podrían ser Inglaterra, Alemania, Bélgica, Escandinavia y Holanda, probables consumidores de peras y manzanas, que el país empieza a producir en progresión creciente, según "Mundo Argentino" explica en este comentario.

DECÍAMOS que, dado el considerable volumen de nuestra producción fructícola, no bastaba con asegurarnos el mercado interno, fomentando el consumo por los procedimientos que aconsejábamos — propaganda cooperativizada y abaratamiento al menudeo, — pues, según recordábamos oportunamente, ni Norte América, ni el Brasil, ni Nueva Zelandia habían podido prescindir de los mercados extranjeros para financiar sus cosechas.

ES EL CASO DE SALIR A LA CONQUISTA DE ESTOS MERCADOS

Desde luego, ya somos exportadores de fruta. Pero ¿en qué proporción y en qué condiciones?

Durante el año 1932 hemos exportado ocho millones trescientos ochenta y siete mil kilos de frutas diversas, o sea una cifra tan reducida que, de acuerdo a los cálculos de la probable producción del país, cubierto de montes que antes de dos años estarán en su plenitud, una sola compañía casi podría cubrirla exclusivamente con manzanas.

No es, entonces, como para encogerse de hombros ante el problema del destino que ha de buscárseles a las cosechas en perspectiva. Hay enormes capitales en juego y un caudal de iniciativas y de energías que es preciso estimular inteligentemente porque interesa a la riqueza de la nación, y a la prosperidad de las zonas afectadas por esos cultivos.

UN PRIMER PASO HA DADO EL GOBIERNO

La fruta que salía al extranjero empezaba a desacreditarse. Unas veces porque iba deficientemente envasada y otras porque las variedades elegidas no eran las más adecuadas a ese destino, donde una larga permanencia en cámaras frigoríficas es la secuela inevitable. Nuestros cónsules, apercibidos a tiempo, interpusieron insistentes reclamaciones, que movieron por fin al Ejecutivo a encomendar la confección de un decreto provisional a un comité mixto de industriales y funcionarios para reglamentar, aunque sea transitoriamente, la exportación de frutas frescas. De la aplicación de este decreto que está en vigencia desde el 21 de diciembre último, bajo la observancia de otra comisión análoga de indudable competencia, debe salir la legislación pertinente, ya entonces más completa, puesto que el aludido decreto sólo contempla las exigencias del envasamiento para cada una de las variedades exportables, mediante el consiguiente permiso oficial que se otorgará en cada caso después de una inspección, para asegurar la sanidad y la calidad de la especie cuya salida se autoriza.

RECLAMAMOS EL MAXIMO RIGOR EN LA APLICACION DE ESTE DECRETO

Como que solamente por este camino se podrá considerar defendida la reputación de la fruta argentina, los fruticultores que no se disciplinen en esta dirección, cultivando las especies más aptas y perfeccionándose en los sistemas de acondicionamiento de sus cosechas, merecen ser eliminados, porque su negligencia compromete el porvenir de una industria que debe ser defendida con ahinco por el Estado.

La experiencia que ya tenemos adquirida en el comercio de exportación de uvas, nos da el índice de lo que se puede hacer, o, para hablar más exactamente, de lo que estamos obligados a hacer.

En la cifra que antes consignábamos, la uva insume una proporción casi totalizadora.

Durante los primeros seis meses del año que ha concluído, hemos exportado 601 mil 546 cajones de uva, de los cuales más de la mitad, o sea 354 mil 416 cajones, han ido a Norte América, y 179 mil 326 al Brasil. El favor de estos dos grandes clientes no se debe sino a una selección y a una presentación cada vez más esmerada, a tal punto que la cifra para Norte América sobre la pasada temporada, aumentó en 11 mil 277 cajones, y en 64 mil 539 la del Brasil.

NO SE CONQUISTA NINGUN MERCADO EN UN DIA

La guerra comercial puede trabar en estos momentos la expansión de la naciente industria frutícola, sobre todo en lo que a manzanas y peras se refiere, que son las especies frutales cuyo acrecentamiento en perspectiva obliga a pensar en nuevos mercados de colocación.

Significa ello que el gobierno, por intermedio de nuestros representantes en el exterior, ha de esforzarse desde ahora por mejorar los aranceles, obtener nuevas cuotas y mejorar las existentes en la medida de lo posible.

En Alemania, por ejemplo, el kilo de uva paga 45 centavos de derecho de importación, en tanto paga 15, en Inglaterra.

En Francia no tenemos cuota para la fruta. Y aquí, en América, nuestros clientes como Bolivia o el Uruguay, casi puede decirse que no cuentan como mercados de consumo a la fecha.

El Uruguay, que llegó a im-

(Continúa en la página 60)

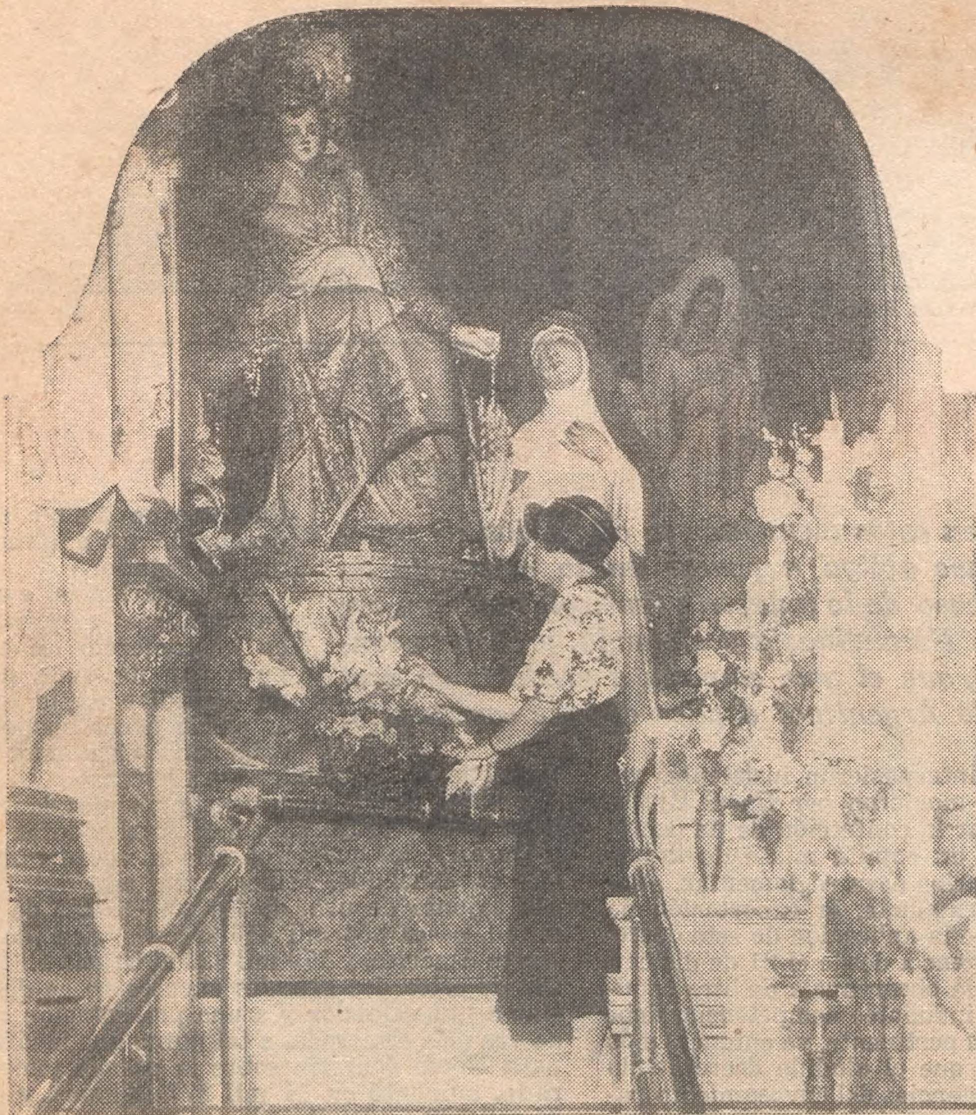


FRUTICULTOR.— Si hago blanco me lleno de oro.
PAISANO.— Yo creo lo mismo... Pero tome precauciones porque puede salirle el tiro por la culata...



LA VIRGEN de
PROTECTORA DE
Vista por ERNESTO

El apartado santuario porteño es la Meca de los que aman, de los desengañados o de los que esperan un poquito de amor. El homenaje de las novias: velos, tules y azahares.



Las ofrendas de las novias se repiten muchas veces durante el día, y estas sentidas ofrendas casi siempre están constituídas por sendos ramos de flores.



ALLÁ, en el fondo de la Avenida Sáenz, cerca del Riachuelo y adonde apenas ha llegado la mano de Dios, para aliviar la existencia de los hombres, se erige un santuario que atrae día a día verdaderas peregrinaciones de fieles. En él se venera a la Virgen de Pompeya, que evoca una imagen similar, venerada desdede hace siglos, sobre las ruinas de la ciudad castigada por las iras del Vesubio, en los primeros años de nuestra era.

LA ORDEN DE LOS CAPUCHINOS

El alto campanario de la iglesia de Pompeya se destaca desde larga distancia, con su reloj que canta las horas sin equivocarse nunca y sus campanas de bronce, que con la solemnidad de su voz han llevado un poco de vida a la monotonía de ese barrio.

Como ocurre con todos los santuarios, éste se ha ido formando poco a poco, a medida que la generosidad de los fieles permitía realizar obras nuevas. Hoy, a la gran nave, se ha agregado otra lateral; se ha erigido el camarín magnífico, donde se venera a la sagrada imagen y han surgido los claustros severos, de estilo barroco, bajo los cuales los padres capuchinos pasean su nostalgia en las horas de descanso, ostentando sus abundantes barbas canas y los breviarios que les ayudan a desafiar la vida, siempre igual, que les imponen los ritos... Frailes austeros, inteligentes, amables y severos en sus normas, han logrado realizar en pocos años aquello que, seguramente, les ha de representar su más caro ensueño...



LA VIRGEN DE LA JUVENTUD QUE AMA

Una y otra vez nos ha sido dado observar esa maravillosa peregrinación de juventud palpitante, que acude todos los días y en todos los momentos a visitar a la hermosa Virgen de perfiles purísimos, de belleza inigualada, de infinita bondad reflejada en el rostro que parece viviente y en el dulce mirar de sus ojos celestes, que parecen tener por sí solos, la virtud de brindar un bálsamo a las tristezas de la vida o a la desesperanza de los que sufren, de los que esperan, de los que aman en silencio...

—Es la Virgen de la juventud — nos decía uno de los capuchinos, cierta tarde que visitamos el templo... — Observen y verán que de los que vienen, los jóvenes de ambos sexos representan la mayoría...

—¿Y ello a qué se atribuye?...

—A que la Virgen escucha a todos los que acuden a ella en procura de un poco de esperanza, en los momentos tristes que la vida reserva a todos los seres.

—¿Se refiere al amor, quizá, padre?...

—Usted lo ha dicho. El amor que es parte de la vida, que es quizá el todo



Suave, delicada y frágil, deposita su vela nupcial y su ramo de azahares en una columna de mármol, sobre el camarín de la Virgen de Pompeya.

NUEVA POMPEYA
LOS ENAMORADOS
E. de la FUENTE



En el libro de las promesas, después de cumplida ésta, escribe: "—Gracias, Virgen de mi corazón. Soy feliz y te ruego conserves ésta, mi felicidad, por mucho tiempo."

de la vida y que a la vuelta de cada encrucijada suele brindar tristes decepciones...

El sacerdote ha infiltrado en sus palabras, pronunciadas con sencillez y con dulzura, todas esas confidencias que llegan hasta ellos, en procura de una palabra de aliento y de confianza...

La escalera que conduce al camarín siempre reúne señoritas que las suben de rodillas, como muestra de su agradecimiento por la promesa concedida.

LA FE, BALSAMO MARAVILLOSO DE LA EXISTENCIA

¡Oh..., la fe!... ¡Qué hermoso es mantenerla incólume en el fondo del alma!... Una y otra vez hemos pasado nuestras horas observando el desfile de los que acuden para implorar un poco de ayuda a la imagen milagrosa.

Ellas, jóvenes, dichosas al parecer, radiantes de juventud, han desfilado con los ojos bajos, para prosternarse ante la Virgen y verter las lágrimas que quizá contuvieron sus pupilas durante días y noches de insomnio, en un minuto de total claudicación espiritual, abriendo el corazón, lanzando la plenitud de los sentimientos y emociones contenidas y elevando un ruego tan hondo, que forzosamente debía llegar hasta el trono de Dios.

¡Es tan dulce implorar a la infinita bondad divina por el amor que ha aprisionado nuestra vida y que ha tronchado todos los demás ensueños y motivos del vivir! ¡Es tan dulce rezar para lograr la dicha o el triunfo del ser que se ama!... ¡Es tan santo implorar a lo divino para obtener el retorno del amor que se va, que parece cerrar los ojos para tomar por otra senda y dejar la nostalgia tan sólo, de instantes de felicidad inolvidables!...

Y si pensamos un momento en todas esas pequeñas grandes tragedias de la existencia humana, nosotros mismos veremos que hay instantes en que parece indispensable elevar el espíritu y el sentimiento hacia el insondable misterio del más allá.

LA PROTECTORA DE LOS ENAMORADOS



La Virgen de Pompeya es hoy venerada como una verdadera patrona de los enamorados. Si hojeamos por un instante alguno de los libros en que los creyentes escriben sus promesas y sus pedidos, veremos súplicas de diversa índole, pero la mayor parte de ellas están vinculadas al amor. Las hay algunas que por su sencillez llegan a lo íntimo del alma. Otras son protestas airadas de corazones despechados. En algunas hay tanta dulzura y confianza,

(Continúa en la página 23)



Grupo de devotas observando los vestidos y velos nupciales entregados al templo por las recién desposadas, en prueba de gratitud hacia la divina protectora.



La amistad tiene un límite. Por eso, cuando dos personas son...

DEMASIADO

CUENTO

POR

ELENA S. MUÑOZ

ERAN amigas entrañables. Una era rubia, de ese rubio de las monedas de oro flamantes, y la otra era morocha. La rubia se llamaba Elisa Rial y la morocha Adelaida Espica. Tenían las dos casi la misma edad, entre los veintitrés y los veinticuatro años, y se llevaban tan bien que más que dos amigas parecían dos hermanas.

Su amistad databa de la ya un poco lejana infancia. Habían cursado juntas los estudios primarios y tomado la primera comunión al mismo tiempo; juntas también habían ido luego al conservatorio, en donde aprendieron música. Después se separaron, temporalmente, para volver a reunirse y visitarse asiduamente.

Estaban las dos tan identificadas entre sí que se consultaban todas sus decisiones. En este tren, habían dispuesto contraer matrimonio el mismo día, y las dos a la vez. La primera en hacerse de novio fué Elisa. A pesar de los deseos de él de casarse cuanto antes, Elisa fué difiriendo el día de la boda, esperando a que Adelaida estuviera también en condiciones de dar este paso. Ello fué causa de que ésta no pusiera mayor empeño en la elección. No quería por nada del mundo ser un obstáculo a la felicidad de su amiga entrañable. Pero no tuvo nunca por qué arrepentirse, ya que Eladio Mendiola, su prometido, era un excelente muchacho. Recordando este detalle de su elección, Adelaida procedía en todas sus cosas de la misma manera: sin pensarlas mucho, para equivocarse menos.

Ya casadas ambas, luego de pasar la luna de miel fuera de la ciudad, la una en Tucumán y la otra en Montevideo, decidieron poner casa juntas. La misma cordialidad que existía entre ellas se estableció de inmediato entre sus esposos.

La vida en común, es decir, ocupando cada matrimonio un ala de la amplia casa, no podía ser más digna de elogio. No diferían en nada, ni nada ponía la más leve sombra en su felicidad.

Si bien ambas amigas tenían los mismos gustos y las mismas aspiraciones, no tenían, sin embargo, los mismos sentimientos, pues mientras Elisa no gustaba de los niños, Adelaida sentíase profundamente atraída hacia ellos. De modo, pues, que mientras ésta pedía al cielo que le deparase la ventura de un hijo, Elisa no paraba de afirmar que si Dios le daba uno, era que no la quería bien y que se lo imponía como castigo.

Y Dios debió oírla, porque mientras a Adelaida le negó tan infinita ventura, Él sabría por qué, a Elisa le dió un hijo. Un hijo que no se parecía en nada a ella.

—Fíjate qué crueldad, Adelaida. A mí, que no quiero hijos, Dios me los da, y tú que los deseas te morirás sin tener uno. ¡Ah! Si fuera por mí te lo regalaría.

—¡Por Dios! ¡No digas eso, criatura! —le reconvenía Adelaida. —¡Qué dirían las demás madres, si te oyeran!

—No me importa lo que las otras madres puedan decir. Lo que me importa es mi castigo; este sacrificio de tener que criar y educar a **mi hijo**. Él hará que pierda mi cuerpo, siempre elogiado, la pureza de sus líneas; él, además, me esclavizará, porque por culpa de él ya no podré salir de paseo ni concurrir a fiestas. Comprendo que es terrible todo esto que digo, pero no me negarás que es la pura verdad.

Después de esta andanada, Elisa rompía a llorar silenciosamente, y sus lágrimas, candentes y brillantes, caían a veces sobre el sonrosado rostro de su hijito, dormido sobre su falda. Adelaida le tomaba entonces el niño y acunándolo en sus brazos le decía, con la voz temblorosa por la emoción:

—Es muy cierto todo eso que dices, Elisa; los hijos imponen muchos sacrificios y son como un castigo para una mujer. Pero no me negarás, Elisa, que entre las felicidades que Dios nos ha deparado, la primera, ¡la primera, óyelo bien!, es la de hacernos madres. ¡Qué cosa más hermosa y más grande es un hijo! ¡Mira!, teniendo el tuyo entre los brazos, me siento la mujer más feliz de la tierra. Por criarlo no me importaría renunciar a todas las demás felicidades. Acaso sea un alarde de sentimentalismo el mío, pero... ¿Me permites que te hable claramente, Elisa?

—Di lo que quieras.

—Es algo monstruoso lo que voy a proponerte. Algo que... No, no; está de más hablar. Aun consintiéndolo tú, tu marido no lo consentiría.

—¡Quién sabe!

—¡Cómo! ¿Es que Arturo tampoco es amante de los niños?

—Tampoco; aunque él, naturalmente, no los repudia. ¡Y menos a su hijo! Pero se ex-



AMIGAS

...corren el lamentable peligro de pasarse de ese límite.

plica... ¡Como no es él quien tiene que criarlo, quien debe darle el pecho día y noche, quien tiene que velar continuamente para acallarlo!...

—Bien; me alegro de saberlo. Esto me anima a decirte lo que tanto deseo. ¿Me cedes tu hijo?

—¡Para siempre! — exclamó Elisa, como poseída de un súbito miedo.

—¡Oh, no; para siempre, no! Sólo hasta que Dios se acuerde de mí y me dé el que tantas veces le he pedido.

—¿Y si no te lo da?

—Entonces... — Adelaida hizo una pausa; una pausa que era como un estertor de angustia, y continuó: — Entonces te lo devolveré cuando ya esté criado; cuando ya no pueda ser un obstáculo a tu felicidad. ¿Aceptas?

Elisa no supo al pronto qué contestar. Le dolía pensar que había de desprenderse de su hijo, cosa que no es capaz de hacer ninguna madre; pero recordando inmediatamente a qué manos iría a parar, si se decidía, le respondió:

—Lo consultaré con Arturo, y si él está conforme, ¡encantada!

Su marido se negó espontáneamente:

—Eso es un disparate, Elisa — le dijo en cuanto ella le hubo planteado la cuestión. — ¡Es nuestro hijo! ¡Es hijo de nuestra carne y no un objeto cualquiera!

—Pero es que tú no me has entendido — insistió ella. — Adelaida no tiene hijos y se desvive por los niños. Ella lo criará haciéndose la ilusión de que es su madre, y luego, cuando ella tenga uno, o cuando nosotros quiéramos traerlo a nuestro lado, nos lo dará.

Arturo vaciló antes de responder. Ella continuó atizando el fuego:

—¡No veo que tengas mucho que pensarlo, Arturo! ¡Ni que fuera tu mayor tesoro! La cosa no tiene nada de extraordinario. ¿No hay madres que dan sus hijos a criar a un ama? Pues Adelaida, en este caso, no sería otra cosa. Sólo que un ama no siempre es persona de confianza, y ella no puede serlo más.

Como estas razones no acababan de decidirle, ella, audaz, continuó:

—Nuestro hijo, ¿quién lo duda?, será siempre nuestro hijo. Se criará bien, porque Adelaida es muy buena, y nosotros seguiremos libres como antes. Podremos salir siempre juntos, ir a bailes, a fiestas, de paseo, sin preocupaciones ni fastidios. ¡Ah!; porque si no es así, no cuentes conmigo para nada. El nene es un verdugo para mí: me ata, me aniquila, me acaba la paciencia... ¡Y esto no es nada, porque estoy viendo que acabará por hacer que te pierda todo el cariño que te tengo!...

Al llegar a este punto, Arturo no pudo menos que ceder:

—Bien, conformes; pero como si estuviera en manos de un ama, ¿verdad?

—Pues, naturalmente. ¿O te crees tú que yo soy tan inhumana para desprenderme de mi hijito querido? ¡Será nuestro, siempre nuestro! ¡No faltaba más!

Y, loca de alegría, puso Elisa a su hijito en manos de su amiga; en manos de aquella mujer que había nacido para ser madre, ¡madre de las verdaderas!, pero a quien la fatalidad privaba de esta ventura como si no la mereciera.

Atendido por Adelaida, "Gogó", que así dió en llamarlo, fué criándose sanito y poniéndose cada día más hermoso. No siéndole posible alimentarlo con el pecho, lo había hecho por medios artificiales, pero con tanto tacto que ni una sola vez el niño sufrió el más ligero malestar.

Tanto ella como Eladio, su marido, estaban encantados del angelito. Era tanto lo que hacían por él que había momentos en que se olvidaban de que no era hijo suyo, y se sentían transportados a mundos de ensueño. Pero bien pronto la voz de Elisa, cantando satisfecha en sus habitaciones, del otro lado de la casa, los volvía a la realidad, y entonces su felicidad naufragaba en un mar de desilusiones.

Mientras ellos se sacrificaban por el hijo ajeno, Elisa y su marido seguían haciendo la vida frívola y andariega de los primeros meses de matrimonio. Comían fuera de casa, acudían a bailes y a reuniones, e iban al teatro o se paseaban hasta la madrugada por los lugares más concurridos; en fin, que hacían esa vida despreocupada que no hubieran podido hacer de tener a su hijito con ellos.

Esto no era obstáculo, sin embargo, para que Elisa lo viese y lo acariciase todos los días; pero lo hacía brevemente, sin ese fuego con que lo hacen las verdaderas madres.

Cuando "Gogó" ya tuvo algo despejado el entendimiento, cada vez que Elisa lo tomaba en sus brazos la miraba con miedo y sorpresa y rompía a llorar desconsoladamente. Entonces ella se lo daba a su amiga, de mal talante, exclamando:

—¡Crío más rebelde!... ¡Como para desvivirse por criar hijos así!

(Continúa en la página 23)

EL CONSEJERO DE LOS NOVIOS

Por NENUFAR



Señorita Celia Palmira, que acaba de contraer enlace con Oscar Ricardo Broqua.

REHUYO EL PAPEL de moralista. Tampoco pienso hacerle una apología del matrimonio, porque soy una convencida que así como para muchos dicho vínculo es un infierno, otros encontrarón en la dulce paz del hogar la dicha apetecida. En cuanto a sus detractores, creo que no siempre son sinceros, pues muchos de ellos, viudos o divorciados, son reincidentes. Ahora, tratándose de su caso particular le digo: ponga en práctica su doctrina, pruebe... Sin embargo, me permito hacerle una reflexión. A primera vista parecería que su nobleza y generosidad todo lo hubiera previsto, pero... ¿si hubiera descendencia? ¿Le daría su nombre? En caso afirmativo, al inscribirlo, en lugar de decir quizá un poco cohibido: hijo natural, ¿no le parece, tratándose de un retoño suyo, muy suyo, mucho más hermoso poder exclamar con orgullo: mi hijo legítimo? Espero no me deje sin respuesta. Soy mujer.

Contestando a "Vader".

En las relaciones amorosas, como en las estaciones del año, los primeros fríos son los que más se sienten.

● ●

SON DEMASIADAS las pretensiones y prohibiciones de su novio, el que según parece quiere hacer alardes de tirano. Empiece por no acatar todas sus ridículas exigencias, que serían quizá tolerables si su conducta fuera otra. Una mujer que da su cariño sin engaños ni falsías es digna de mejor comprensión. ¿Lo ama intensamente? Si la respuesta de su corazón no es afirmativa, vuelva a reflexionar antes de sacrificar sus diez y ocho años. Retribuyo su cariñoso saludo.

Contestando a "Meg", de Rosario.

● ●

NO HAY incorrección alguna en que vaya del brazo de su novia. Puede hacerlo.

Contestando a "R. V.", de Pergamino.

● ●

HA SIDO un placer para mí conocerlo a través de su bastante completa presentación.

Ahora sólo me queda decirle: Si consigue llegar hasta mí en la forma que se ha propuesto, al gusto de verlo añadiré el de escuchar los "interesantes relatos" que dice tiene que hacerme. En caso de que viera frustrados sus planes, me agradaría me escribiera después las impresiones recibidas en el viaje que en breve piensa realizar a esta ciudad. Comprobará que su poesía fué de mi agrado esta vez.

Contestando a "Good Nights", de San Javier (Misiones).

● ●

1º **DEBE ENVIAR** tarjetas de participación.

2º Irán encabezadas con el nombre de sus padres.

3º En lugar de poner viuda de tal se pone con doña N. N. (aquí el nombre y apellido de soltera).

Deseo que esta vez su felicidad sea duradera.

Contestando a "Azucena", de Córdoba.

● ●

AL PADRINO sólo le corresponde hacer un buen regalo; ahora, si lo desea, y cuenta con medios a su alcance, puede contribuir a los gastos que demande el casamiento en la iglesia o la fiesta en la casa. Esto es puramente voluntario.

Contestando a "Un padrino afligido", de capital.

● ●

EL PERDON es propio de almas nobles. Nada hay que le impida seguir los impulsos de su generosidad. Además ese rasgo de franqueza eleva a esa mujer, que se expuso a perderlo antes de engañarlo. Obre de acuerdo a los dictados de su corazón.

Contestando a "Destino triste", de Rufino.

● ●

PUEDE SER TIMIDEZ, aunque es un poco raro que los tres adolezcan del mismo mal. También podría atribuirse a que el entusiasmo inicial hubiera desaparecido, o bien que aguarden una oportunidad propicia para hacerles las respectivas declaraciones. ¿No se les ha presentado ninguna? En tal caso, esperen.

Contestando a "Magrilú", de Mendoza.

● ●

¿QUÉ HACER?... Olvidarla, ya que ella no quiere saber más nada de ese asunto. Cuando regrese a la ciudad haga también cuenta que no la conoce. Pronto reaccionará de este primer desengaño amoroso y podrá tomar su desquite.

Contestando a "Morocho afligido" de Tucumán.

● ●

IGNORO en absoluto el nombre de la persona que se oculta bajo ese seudónimo. Espero serle útil otra vez.

Contestando a "Viejo amor", de Córdoba.

EL VERSO PROMETIDO

(Colaboración)

Por ANIBAL MARINI

Este es el soneto, mi adorable Ethel,
que hace muchos años yo te prometiera;
con catorce líneas, pero van en él
las palpitaciones de una vida entera.

Tus tímidos besos que fueron de miel,
aún llenan mis sueños de dulce quimera,
y guardo en mi alma, cofrecito fiel,
tus risas, tus lloros... tu emoción primera.

Tierna rubiecita, ¿dónde estás ahora?...
¿Sigues siendo, acaso, suave, soñadora
y un poquito triste... como eras ayer?...

¡Oh, cruel ironía la del pensamiento,
que nos hace a veces gozar un momento
recordando cosas que no han de volver!...

● ●

CON EL TIEMPO aprenderá las frases que debe emplear en tales oportunidades. Su timidez es propia de su corta edad. Espere conocer algo más de la vida.

Contestando a "Joven tímido", de Santa Fe.

● ●

SIGA LOS IMPULSOS de su corazón. Si el joven del baile la hizo olvidar al otro con tanta facilidad, no lo debe seguir engañando. Un amor que sin ningún reparo se reemplaza por otro, no es amor.

Contestando a "Gitanilla errante", de Paraná.

A los dieciocho años se idolatra; a los veinte se ama; a los treinta y seis se persigue; a los cuarenta se reflexiona.

● ●

CAMBIE DE PROCEDER. Aunque sufra, muéstrese indiferente y no dé importancia a esas conversaciones, que tienen por objeto darle celos. Hágale ver que está "curada" de su enfermedad, y si es cierto que es ese el objeto que persigue su amado, al observar su transformación desistirá de su empeño. Cuidado con sus celos extremados: pueden matar el amor.

Contestando a "Rubiecita celosa", de Viale.

● ●

DEBE DISIPAR esa duda que lo atormenta. En el trato continuo con su novia hay infinidad de hechos y manifestaciones que le pueden dar la clave de lo que desea saber. Yo no puedo decirle si ella es o no sincera. Observe, estudie, analice los actos diarios y así podrá salir de esa tortura. Sería doloroso continuar un noviazgo en el que hay desconfianza y pensando siempre en el "desquite". Lamento comunicarle que su poesía no se publicará.

Contestando a "Paraguayo 1977854".

● ●

¿ESTÁ FIRMEMENTE DISPUESTO a casarse con su morochita? Si ella es de su misma opinión, solicite la venia del juez para poder efectuar esa boda. Esa sería la única forma conveniente de tenerla pronto a su lado.

Contestando a "Sufro mucho por D. G.", de Quilino (Córdoba).

● ●

CUALQUIER MOMENTO es oportuno para hacer a la novia un regalo, mucho más siendo ella siempre atenta y obsequiosa.

Su poesía no sepublicará, lo lamento.

Contestando a "Willy", de Lomas de Zamora.

● ●

AGRADEZCO los elogiosos conceptos de su carta y le aseguro que es un verdadero gusto para mí contarlo entre el sinnúmero de mis amigos espirituales.

Contestando a "Z. C.", de Armstrong.



Haydee Seguí Salaberry, cuyo enlace con José Manuel Moreno ha tenido lugar recientemente.
Foto Pérez

ELEGIMOS *nuestras* AMISTADES; *el* AMOR *nos lo da* DIOS

Permitid a vuestros hijos disponer de dinero, y la responsabilidad les enseñará a tener sentido común.

Por la honorable señora

FRANCIS LASCELLES

(Tía de la princesa María, de Inglaterra.)

TODO cambia, todo se transforma, todo evoluciona y la educación de los niños, así como el concepto de los padres en la forma de tratarlos, ha evolucionado también.

Hace treinta años la palabra más usual, la que no se apartaba de los labios maternales, la que se pronunciaba sin sentir, era "no".

Los pobres niños se educaban bajo la influencia de aquel fatídico "no", sintiéndose temerosos siempre que la presencia de los mayores se aproximaba, y sintiéndose también prontos siempre al disimulo, a la mentira y a la hipocresía para defender así un poco de sus expansiones y de los placeres tan necesarios a la niñez.

Este régimen creaba niños adocenados, carentes en absoluto de toda personalidad.

Pasaban los años y las mismas prohibiciones les salían al encuentro: al ingresar al jardín de infantes, al ingresar luego a la escuela, donde el ambiente era otro, pero el sistema continuaba siendo el mismo.

He conocido a una madre, que cuando el niño se alejaba de su lado, decía a la niñera: "Vaya a ver qué hace el niño y dígale que no..."

Esta madre no era ni más severa ni menos inteligente que las otras... Era sólo una madre de la época.

Hasta hace muy pocos años todos los niños eran educados bajo este régimen que anulaba toda iniciativa. Cuando el niño jugaba o reclamaba una distracción, decía el padre: "Hay que trabajar; tienes mucho que estudiar." Si la desgraciada criatura osaba dar una explicación, se le trataba de mal educado, y la madre agregaba: "Debes obedecer; muchos años pasarán antes de que tengas la edad de la razón."

Una de las obsesiones de los padres consiste en que los hijos conozcan y aprendan el valor del dinero.

No existe persona consciente que pretenda que sea artista quien ni tiene inclinación ni manejó jamás pinturas y pinceles, o bien, que quien no tocó nunca un motor, pueda ser un mecánico. Sin embargo, hay quien *espera* que un niño que jamás manejó dinero pueda tener un concepto formado del valor de éste.

La niña que va al almacén con una lista de pedidos, paga su importe, cuenta el vuelto y lo trae a su casa, nada ha aprendido. Entre gastar el dinero por cuenta y decisión ajena y hacerlo por la propia, hay una enorme diferencia.

Sólo se aprende a valorar el dinero cuando se gasta con responsabilidad propia y aun así no siempre se consigue hacerlo con juicio y prudencia.

"Nunca estoy contenta con mis sombreros", dice una señora, y basta con mirarla para convencerse de ello. Sin embargo, esta señora ha adquirido, en el transcurso de su vida una enorme cantidad de sombreros, sólo que nunca aprendió a comprarlos con discreción y buen gusto.

Los padres que entregan a los hijos dinero, según las necesidades del momento, sin método y sin orden, no se dan cuenta de lo que, conjuntamente, suman todas estas pequeñas cantidades. A su vez el niño gastará más fácilmente el dinero, pues sabe que un nuevo pedido es todo el esfuerzo necesario para obtener una nueva cantidad.

Cuando un padre advierte que su hijo derrocha el dinero, permitiéndose lujos innecesarios, debe calcular cuáles son sus gastos, agregar un margen razonable para imprevistos y darle autonomía.

Con toda seguridad el niño o la niña al encontrarse con aquella suma entre las manos, pensará que su padre es en extremo generoso, pero al llegar el 15 del mes se dará cuenta de que gastó sin tasa ni medida y que en su poder sólo quedan unas cuantas monedas insuficientes para sus más indispensables gastos.

Este es el momento en que el niño reflexiona y hace el propósito de disponer en forma más práctica la próxima asignación que le de su padre.

Difícil es predecir cuándo un joven tendrá el verdadero concepto del valor del dinero; mas es indispensable hacer cuanto esté a nuestro alcance para que lo adquiera cuanto antes.

Muchos son los casos en que una repentina desgracia de familia ha dejado a los hijos en el más absoluto desamparo, agravado por una total falta de experiencia.

Existen padres que niegan al hijo o a la hija el placer de ausentarse con sus amigos o con sus amigas, sin que para esta negativa haya otro motivo que el del dinero.

"Sé que se divertirá y que no hay ningún peligro", dirán éstos. "Pero sé también lo que ocurrirá: pasados unos días nos escribirá pidiendo más dinero".

Evidentemente es inevitable esta reflexión en los casos en que el presupuesto de la familia es tan estricto que no permite la más insignificante dilapidación sin que luego se sufran graves consecuencias. Mas no siendo así, los padres deberán cuidarse de caer en este egoísmo que forzosamente hará sufrir a los jóvenes.

Generalmente las niñas tienen más desarrollado el concepto de la responsabilidad pecuniaria. Cuando una joven dispone de una mensualidad para sus gastos personales y la administra mal, y ocurre que el momento llega en que debe rechazar una invitación por carecer de toilette adecuada, aprende que en lo sucesivo debe ser precavida y no gastar todo sus recursos en vestidos, que sólo le sirven de día, sin pensar que debe siempre tener en reserva uno para la noche. Las jóvenes son además mucho más sensibles que sus hermanos a las reconvenciones que puedan hacerles los padres.

Proporcione a sus hijos la oportunidad de gastar. Déjelos, si es necesario, que sufran un poco las consecuencias de sus errores, y piense que nada alecciona mejor que lo que se ha experimentado en carne propia.

YUKI NAITTO, la ARTISTA CHINA, ¿SE SUICIDO o su PADRE PROVOCO su MUERTE?

Nota por **Carlos J. Montes**

Yuki Naitto, la audaz acróbata que tuvo una muerte trágica en el famoso circo Price de Madrid.



La familia de la infeliz muchacha, acompañada por el novio de Yuki y un artista alemán. De pie, de izquierda a derecha: Ludwig Kunt, el artista alemán amigo de la familia; Kurt Güggenkeim (señalado con una cruz), el novio de la artista muerta y Rita, la tercera hermana de Yuki que trabajaba con ésta en el trapecio. Sentados: Walli, la más pequeña de la "troupe"; Hen Yu Naitto, el padre; la madre, de nacionalidad rusa, y Nior, la segunda hermana. En primer término, Nina, la penúltima hija del artista chino y de la rusa.

De cuando en cuando, como para no desmentir su tradición de tragedia, el circo devora a uno de sus artistas. Hoy es el domador de fieras, que perece entre las zarpas del león que siempre trabajó con él, metido en la jaula, con una docilidad de perro sabio. Mañana es la trapecista audaz, que ante el estupor de sus admiradores se precipita desde la altura vertiginosa para deshacerse en la pista de sus triunfos...

Uno de estos dramas más conmovedores ha ocurrido últimamente en Madrid, donde la artista china Yuki Naitto, en un día de ensayo, al romperse las sogas que sostenían el trapecio, cayó en los brazos de la muerte. Pero no se ha aclarado debidamente si fué accidente fatal o una jugarreta del destino. El caso es que una muchacha llena de vida, enamorada de un hombre que acababa de conocer en la capital de España, ha muerto, después de haber realizado muchas noches, ante el asombro de los espectadores, las más arriesgadas pruebas que puedan imaginarse.

YUKI NAITTO SE ENAMORA Y DESOBEDECE A SU PADRE

En el circo Price de Madrid hizo su debut la "troupe" de acróbatas compuesta por la familia de Yuki Naitto. Desde la noche de su aparición se granjearon la admiración y la simpatía de los madrileños, que no regatearon los aplausos, especialmente los tributados en honor de la bonita muchacha tan prematuramente desaparecida.

Hubo un joven alemán, Kurt Güggenkeim, que se prendó de la admirable acróbata, y ésta no tardó en corresponderle. Hasta que un día la joven se lo dijo claramente a su padre: ella no seguiría la jira por el interior de España, una vez que terminara la temporada en el Price. Estaba enamorada del joven que ya le había presentado y dispuesta a quedarse en Madrid, trabajando sola si fuera menester.

Hen Yu, su padre, frunció el ceño. Aquella rebeldía de su hija — la primera en su vida — le sorprendía y le indignaba.

Yuki Naitto, con objeto de quedarse en Madrid, propuso al empresario del Price hacer un número sensacional: el llamado "falso trapecio", que simulaba la rotura de uno, y en que la artista venía a quedar suspendida a escasa altura del suelo, ante la estupefacción de los espectadores, que creerían que había sucedido una catástrofe... El padre accedió a dirigir los ensayos del número impresionante, y la artista china ensayaba todos los días, pues era su mayor deseo permanecer trabajando en el Price cuando su familia continuara sus andanzas por el interior de España.

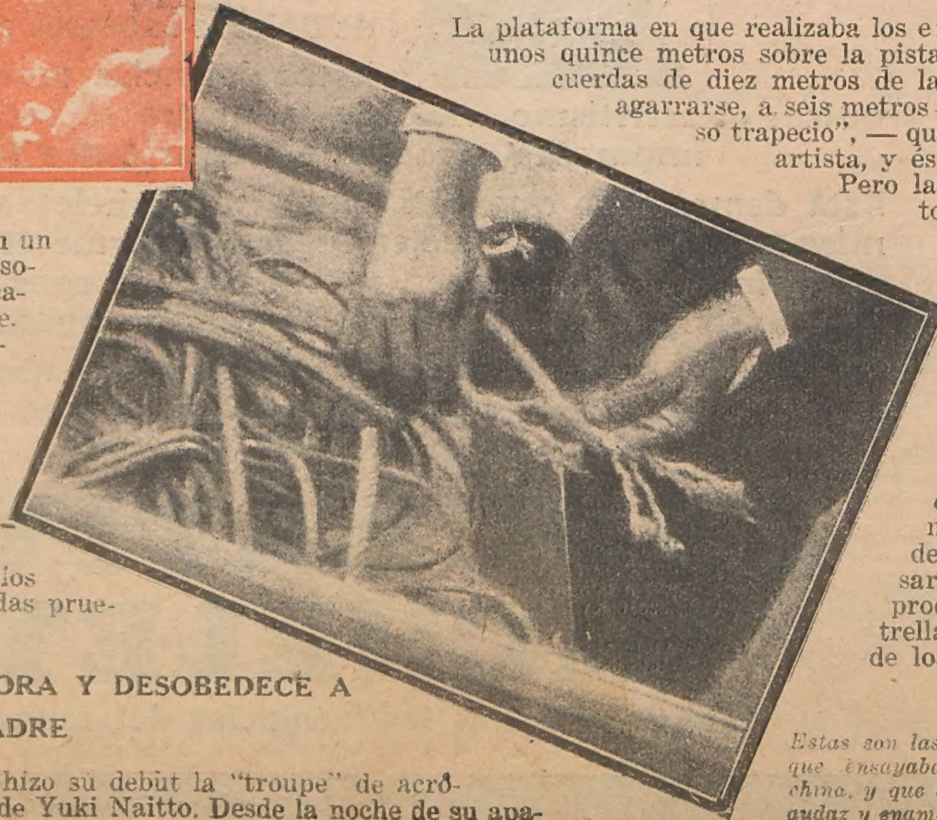
¿UNA IMPRUDENCIA DEL PADRE, UN CRIMEN O UN SUICIDIO?

La plataforma en que realizaba los ensayos la infeliz joven se elevaba a unos quince metros sobre la pista. Yuki Naitto, atados los tobillos con cuerdas de diez metros de largo, se arrojaba al espacio para ir a agarrarse, a seis metros de distancia, de un trapecio — el "falso trapecio", — que se rompía al quedar prendida de él la artista, y ésta entonces caía espectacularmente...

Pero las cuerdas que la tenían sujeta de los tobillos poseían en sus extremos unos dispositivos de goma que atenuaban la brusca conmoción del cuerpo al lanzarse al vacío. Resultaba, pues, un espectáculo impresionante, novedoso y seguro.

Sin embargo, la tragedia se produjo. ¿Cómo ocurrió ella? Se atribuye a una imprevisión (¿fué imprevisión realmente?) del padre de la artista, que no se dió cuenta de que las cuerdas atadas a los tobillos de la chinita, al rozar repetidas veces con el filo de hierro de la plataforma, tenían necesariamente que cortarse. Esto fué lo que produjo la caída de Yuki, quien fué a estrellarse en el suelo, a la entrada principal de los palcos y plateas. La socorrieron en

(Continúa en la página 27)



Estas son las cuerdas que sostenían el trapecio en que ensayaba su número sensacional la artista china, y que al romperse provocaron la caída de la audaz y enamorada trapecista, causándole la muerte.



Por **VENANCIO MONTIEL**

RIENDAS DE LUJO



...le resultaron al buenazo de Eudoro las riendas modestas que estaba haciendo; pero fué a costa de uno de esos desengaños que nos dejan marcados para toda la vida.

CUANDO a doña Cándida Loreto le dijeron que su hijo Eudoro visitaba muy seguido el rancho de las Fernández, frunció el ceño y comentó:

— Malo... ¡Las Fernández!... Malo, porque m'hijo es tierno, y ellas..., asigún dicen, no hay rendija del mundo ande no se haigan asomau...

Pero se tranquilizó pensando que las visitas de su hijo obedecerían, como las de tantos otros varones del pago, más a un llamado de la sangre que a un hervor del corazón.

Su preocupación obedecía a algo. Nada menos que a ese "algo" que de ellas se decía. Las Fernández eran tres hermanas, huérfanas de padre y madre, que vivían de los lavados de la mayor, de la aguja de la segunda y de lo que llevaban las visitas — hombres casi todos — que iban para conversar un rato con la menor, Celina, una pampita muy tirando a linda, con formas en pleno crecimiento, de quien se decía, por sus movimientos al caminar, que llevaba culebras adentro.

Por las culebras o por lo que fuera, la verdad es que Celina llegó a ser para las madres de las muchachas decentes algo así como una fuente de contagio que era necesario evitar.

Se le imputaban ligerezas y faltas graves. Entre las primeras, formaban el descaro y su constante estar con hombres en la tranquera y en el patio, y entre las faltas graves, el haber tratado muy íntimamente a más de uno.

Cierto o no, para doña Cándida, se decían cosas, y esto fué más que suficiente para que temblara de miedo cuando la enteraron de las andadas de su hijo por el rancho de las huérfanas.

Madre, y con carácter (llegó hasta a retarlo a Eudoro cuando hacía dos años, volviendo del camposanto, adonde habían ido a enterrar al finado Loreto, le preguntó: "Y áhura, solos, ¿qué hacemos, máma?"), decidió hacer una disimulada incursión por los dominios de su hijo.

Le sacó en limpio un movimiento de hombros, que tradujo así: "Dejemé divertir, máma", y la seguridad que "venía teniendo" de que su hijo, tarde o temprano, se le haría hombre.

"¡Claro! — pensó al recibir la confidencia. — Ya anda queriendo mirar de otro modo a las mujeres." Y todavía lo ayudó a que buscara su cauce, diciéndole:

(Continúa en la página 13)

Los cuentos gauchos de "MUNDO ARGENTINO"

PARA LAS MADRES

Por "EL MEDICO DE GUARDIA"

DIVULGACIONES MEDICAS

LA ATREPSIA

Se llama atrepsia al estado de extremo debilitamiento que produce la desnutrición o desasimilación, de detención en su desarrollo, que en ocasiones ataca a niños de pecho de menos de tres meses de edad.

La atrepsia, provocada generalmente por la alimentación artificial mal ordenada o como consecuencia de una gastroenteritis, se manifiesta por un adelgazamiento más y más pronunciado, que aparentemente no se ve acompañado por ninguna otra perturbación digestiva. Parece que el niño no utilizara ni asimilara ya cuanto ingiere.

El aspecto de la piel se modifica; el niño parece "disecarse" produciéndose una demacración esquelética y adquiriendo todo el aspecto de un viejito. Muy a menudo en los talones, en la base del dorso, etcétera, se forman ulceraciones debidas a frotaciones. El interior de la boca encuéntrase rojo, seco y a veces invadido por una especie de afta. La temperatura es baja. La evolución normal no es otra que la muerte por bronconeumonía o por efecto de accesos múltiples.

CUANDO SE HA DESTETADO UN NIÑO ANTES DE TIEMPO, LA LECHE Y LUEGO LAS PAPILLAS LIGERAS Y EN PEQUEÑAS CANTIDADES DEBEN CONSTITUIR DURANTE ALGUN TIEMPO EL REGIMEN EXCLUSIVO DEL NIÑO. OBRAR DE OTRA MANERA, REPETIMOS, ES TAN PERJUDICIAL QUE MUCHAS VECES HASTA PUEDE COSTAR LA VIDA DEL NIÑO.

En muchos casos podrá evitarse la atrepsia por medio de una higiene alimenticia conveniente, ya que se debe a una alimentación defectuosa y mal ordenada, o a perturbaciones digestivas demasiado prolongadas. El mejor tratamiento preventivo es la alimentación al seno.

Se colocará al niño en una habitación bien clara, cerca de la ventana. Se le llevará frecuentemente a pasear y a tomar el aire puro; se le tendrá siempre bien abrigado, rodeándolo de bolsas de goma con agua caliente y se le tendrá al abrigo de todo contagio microbiano, aislándolo, si fuese necesario, en una habitación previamente desinfectada.

• •

LOS LUNARES

Los "lunares" pueden combatirse y hasta hacerse desaparecer. Un procedimiento corriente es la electricidad. Si los tiene, ensaye.

Cdo. a "Preguntona".

• •

PURGANTE

Para purgar a un niño no debe recurrir al aceite de ricino, tan malo de tomar. Hay muchos purgantes agradables, preparados especialmente para los niños. En cualquier farmacia le indicarán uno de ellos.

Cdo. a "Mariosa", de La Paz.

LAS CEBOLLAS

Como tónico nervioso, las cebollas tienen extraordinarias propiedades. Picadas y metidas entre dos rebanadas de pan con manteca, las cebolletas proporcionan un sueño tranquilo y reparador.

Creo que esto es lo que usted desea saber, pues su carta no está muy clara que digamos.

Cdo. a "Elisa de Robles", Temperley.

Lo que comen los niños



Hay muchas madres que no prestan la debida atención a sus hijos; que les dejan comer de todo, sobre todo golosinas, a cualquier hora, sin pensar si les hará bien o les hará mal.

A pesar del peligro que entraña esta falta de cuidado, un niño que puede comer a su antojo, es un niño que acabará por ser glotón y no saber comer moderadamente. Al mismo tiempo que debe vigilársele los alimentos, debe también enseñársele a comer. Un niño que no come correctamente no sólo es una vergüenza para él mismo, sino que también lo es para los padres.

Muchas veces un niño no se siente bien, y su madre, en lugar de pensar que su malestar obedece a haber comido demasiado, o algo que no debió comer, atribuye su estado a otra causa, y de ahí que muchos niños acaban por enfermarse de cuidado porque sus madres, en vez de vigilarles los alimentos, les han dejado comer a voluntad.

Y es que algunas madres creen que después de haber dado el ser a sus hijos, ya ha terminado su misión.

LAS POSTURAS DE LOS NIÑOS

Entre las recomendaciones de un médico de niños, todas por cierto muy útiles para las madres, tomamos estas, que se refieren a este punto de tanta importancia, muy descuidado, desgraciadamente.

"La postura defectuosa, si es grave en los mayores, lo es doblemente en los niños, pues puede comprometer su futuro, determinando un encorvamiento de la espina dorsal y otras deformaciones físicas que perturban el desarrollo físico e intelectual, y disminuyen a menudo la resistencia a las enfermedades. La respiración profunda por la nariz y los ejercicios de gimnasia rítmica son de gran importancia en tales casos.

"La postura física perfecta, que pone los músculos, los órganos, la circulación y hasta el cerebro y el sistema nervioso en relación armoniosa, adecuándolo a su mejor funcionamiento, se expresa acabadamente en la escultura griega de los años 500 al 600 antes de nuestra era, época en que los espartanos alcanzaron la supremacía helénica.

"Las posturas defectuosas son tantas, que no pueden enumerarse aquí. No obstante, después de comprender lo que significa la buena postura, puede fácilmente adoptarse una que sirva de norma y cualquier desvío de esa norma se considerará como un peligro para la salud. Como sucede tratándose de la fatiga de la vista, del trabajo excesivo, de las preocupaciones de orden moral o del abuso de la bebida alcohólica, en mucho dependen de las condiciones físicas y mentales del individuo las consecuencias nocivas de una mala postura. Pero es innegable que de todos modos resulta dañina.

"La enseñanza de la postura adecuada de pie, en marcha y sentado, debiera formar parte de toda disciplina escolar, como ocurre en los establecimientos militares; sobre todo porque los escolares tienden a inclinarse sobre el pupitre, tendencia que frecuentemente inicia la desviación de la postura natural. Antes de ir a la escuela, el niño tiene, por lo común, un porte erguido y hermoso, formando su cabeza ángulo recto con los hombros, y este porte lo pierde al inclinarse sobre el banco, siendo difícil que lo recobre después."

De esto se desprende que las madres están obligadas a velar por que sus hijos no tomen malas conformaciones, debido a las malas posturas adquiridas desde la primera infancia.

• •

EL TE

En efecto, el té se recomienda para curar los resfriados, porque facilita la transpiración, pues pasa directamente a la sangre. También da buenos resultados en los casos de indigestión, pues arrastra consigo, compeliéndolos hacia adelante, los alimentos que no han sido digeridos.

Para el caso que nos indica en su carta es también eficaz.

Cdo. a "Lectora preguntona", de General Alvear.

• •

MAL ALIENTO

Entre las recetas de uso corriente para combatir el mal aliento, podemos indicarle las siguientes, que usted podrá ensayar. La primera consiste en comer un poco de perejil; la segunda, en masticar un poco de papel de ese llamado de estraza, y la tercera, bebiendo leche azucarada.

EL DESTETE EXTEMPORANEO Y LA COMIDA PREMATURA, QUE ES SU CONSECUENCIA ORDINARIA, SUELEN SER LAS DOS PRINCIPALES CAUSAS DE LA MORTALIDAD DE LA PRIMERA INFANCIA. MUCHAS MADRES ESTAN EN LA CREENCIA DE QUE CUANDO UN NIÑO HA DEBIDO DESTETARSE ANTES DE LA EPOCA OPORTUNA PARA FORTALECERLE, ES NECESARIO PROPORCIONARLE UNA ALIMENTACION MUY NUTRITIVA, Y LAS CONSECUENCIAS SUELEN SER FATALES.

Creemos difícil que una de las tres no le dé el resultado esperado.

Cdo. a "Mal aliento", de Saladillo.

• •

PRIMEROS PASOS

Si su nena no tiene más que esos pocos meses, hace usted muy mal en querer enseñarle a caminar. Esto le traerá como consecuencia que se le arqueen las piernas, sobre todo si es tan rolliza de cuerpo.

Espere un poco más para hacerlo, y saldrán ganando usted y su nena.

Cdo. a "Iris", de Coronel Dorrego.

• •

PARA LIMPIAR LOS DIENTES

He aquí una fórmula de fácil preparación para limpiarse los dientes:

Clorato de potasio en polvo	30	gramos
Sabol	10	„
Creta preparada	10	„
Carbón vegetal en polvo	10	„
Quina en polvo	10	„

No obstante haber puesto nosotros el clorato de potasio antes que los demás ingredientes, debemos recomendar que éste debe agregarse en último término. No debe olvidarse que es explosivo nada más que por simple percusión.

Cdo. a "Chilenita", de Totoras.

(Continúa en la página 49)

Los niños deben ser vigilados constantemente. Este es el principal deber de las madres

Riendas de lujo

(Continuación de la página 11)

— Divertite, Eudoro; pero e s o sí: andá siempre de paso. No desensiyés hasta que no encontrés una que valga de verdá.

Tanto se le grabó a Eudoro este consejo, que al tiempo la abordó para preguntarle:

— Máma, ¿a qué llama usté una mujer de verdá?

De todo traía la pregunta; pero doña Cándida se mostró todo un tratado en cuanto a "valer" en las mujeres. Emitió su parecer:

— Valen las mujeres que de mañana hacen esto, de tarde esto otro y de noche lo de más allá.

Ollas, plancha, jabón, agujas, tijeras, palotes, todas esas herramientas de la pobre vida figuraban en su manual.

A Eudoro le debe haber sido fácil meter a la Fernández chica dentro de esa categoría, porque desde e s e día empezó a visitarla con más frecuencia, y también a sentirse molesto por los "otros" que iban.

Como al mes vinieron a decirle a doña Cándida.

— Haga alguna cosa, porque se dice que su hijo visita en serio a la más loca de esas tres.

¡Pataplum! Doña Cándida vió que de golpe se le venía al suelo el alambrado donde hasta el presente había tenido empotrerado a su hijo.

Pensó en una segunda excursión por el alma de su hijo, pero necesitaba un motivo. Se lo dió el mismo Eudoro una tarde que le pidió permiso para cortar la única rosa que le daba un poco de color a su rancho.

— ¿Pa qué la querés?

— Pa llevársela a Celina, máma.

— Güeno, te la doy, pero primero sentáte, que tenemos que conversar.

— ¿Pa qué me quiere, máma?

— Me han dicho que andás noviando con la Fernández chica...

— Le han dicho un cierto, máma.

— Cuidáte, m'hijo. Mirá bien lo que estás haciendo. No te dejés llevar por el entusiasmo, que a lo mejor mañana te arrepentís. A n d á al tranco, y de mientras pensá el paso que vas a dar...

"Ir al tranco" significaba para doña Cándida explorar primero lo que se va a querer, confirmar o desmentir lo que se dice, saber qué número le ha de tocar a un novio, por qué comen bien y visten mejor ciertas mujeres. Y "pensá en el paso que vas a dar", le sabía a arrepentimientos tardíos, a lamentaciones sin remedio, lunas y mal genio por cosas que se han llegado a saber, y a patadas que rompen uniones que no nacieron limpias.

Eudoro la escuchó sin chistar, pero...

Pero... resulta q u e a los veinte años, cuando se gusta de una mujer, lo que de ella se dice, lo dice y cree todo el mundo menos el gustador.

Tal le pasó a Eudoro, quien, a pesar del alerta de su madre y de las prevenciones de sus parientes y amigos, siguió visitando a las Fernández; pero no como antes, que iba por cualquiera de las tres; ahora no disimulaba su interés por Celina.

También esto lo supo doña Cándida. Cuando se lo dijeron, reaccionó en forma tan violenta y a tantos gritó su desazón, que hubo quien llegó a temer por la vida de Celina y quien creyó conveniente aconsejarles a las Fernández que se mudaran.

Exageraciones de gente amiga de escándalo. Doña Cándida era una mujer tranquila, serena como las aguas de esas lagunas que forman las lluvias en medio del campo. Cierto que por el bien de un hijo cualquier madre se vuelve loba; pero ese "¡ah, no!" con que reaccionó, no pasó de un simple deseo de matar en su hijo la inclinación por Celina.

Decidido el ataque, ¿por dónde empezó doña Cándida? A Eudoro lo descartó por el momento. Alistó sus armas y trazó sus planes.

Primero que nada, decidió acumular datos ciertos de la muchacha en cuestión. Se oponía al noviazgo de su hijo por "esas cosas" que se decían de Celina, y, queriendo proceder en firme, se largó a la caza de chismes.

Pensó: "Seguramente Eudoro no se echa atrás porque todos le alcanzan con cucharón los defectos de Celina, pero yo me voy a enterar y le voy a decir: "De aquí renguea la Fernández chica, y por esto y por aquello debés abrirte."

Tres o cuatro tardes anduvo doña Cándida recorriendo la vecindad.

Cosa rara. Antes, cuando Eudoro visitaba a las Fernández para pasar el tiempo, todo el mundo caía a su rancho con un cuento, y ahora, justo cuando por ellos se movía, Celina no vivía en la boca de nadie.

Y todo porque ya había corrido por el pago la noticia de que Eudoro noviaba en serio.

"Son unos cobardes — pensaba la madre en su aflicción. Ahora es cuando deben hablar." Y cansada de esperar, tomaba la iniciativa con esta pregunta:

— ¿Y?... Pa mí, por áhi po el lau de m'hijo, ¿no hay nada?

Entonces sí. Celina era un estercolero.

Oyó hasta cosas de no creer.

En resumen, las Fernández vivían de Celina.

Le dieron nombres, horas y sitios; pero doña Cándida, para creer, se aferró más a lo bien que comían (supo que en ciertos meses el "fiau" de la pulpería llegaba hasta cincuenta pesos), y a la "enormidá de plata" que gastaban en trapos. (El turco a quien le compraban, que antes aparecía por el pago una vez por mes, desde que las tuvo por clientas, achicó sus andadas por la comarca para estar de vuelta todas las semanas.)

Pesada de verdades, esperó una ocasión propicia para hablar con su hijo. Confiaba en que se le habría de presentar sin buscarla. Además, la última vez que hablaron decidieron no nombrar más a Celina para no exponer la armonía en que vivían.

Siempre llega ese "algún día" de los que esperan.

Para doña Cándida llegó así:

Una tarde estaba en la cocina picando peya (para guardar la grasa y comerse los chicharrones), cuando a su espalda sintió que le decían: "Máma".

Era Eudoro. Éste se había levantado ese día resuelto a terminar unas riendas que desde hacía tiempo tenía empezadas. Ocupó la mañana sobando y desbirando los tientos, y por la tarde decidió coserlas.

Demasiado joven para ser guasquero de esos que se pasan veinte horas cosiendo una guasca sin hablar con nadie, se arrimó a su madre para ir cosiendo "de mientras conversaba".

Empezaron por cualquier cosa:

— ¿Qué dice, mi máma?

— Ya lo ves. ¿Y cuándo acabás con esas riendas?

— Esta mesma tarde, si Dios quiere.

— ¿Lisitas las hacés?

— Lisitas me gustan. Crioyitas, de doble tiento y cosidas...

Doña Cándida retaceaba la grasa y Eudoro hacía tranquear el tiento, enseñándole a caminar con la lezna.

Hablaban de bueyes perdidos, y de cuando en cuando los unía un silencio cómplice.

— ¿Calcula que le van a gustar mis riendas, máma?

— Veremos cuando las terminés...

— Mirelás áhura y digamé cómo le parece que van.

— A ver. Sí... Al parecer, parece que bien.

Pero el pícaro de Eudoro, que por algo se había acercado a su madre, se encargó que los ojos de ésta, al ir de paso hacia las guascas, tropezaran con algo que no podría pasarle inadvertido.

Y doña Cándida, al mirar las riendas en manos de su hijo, respondió a la maniobra de éste:

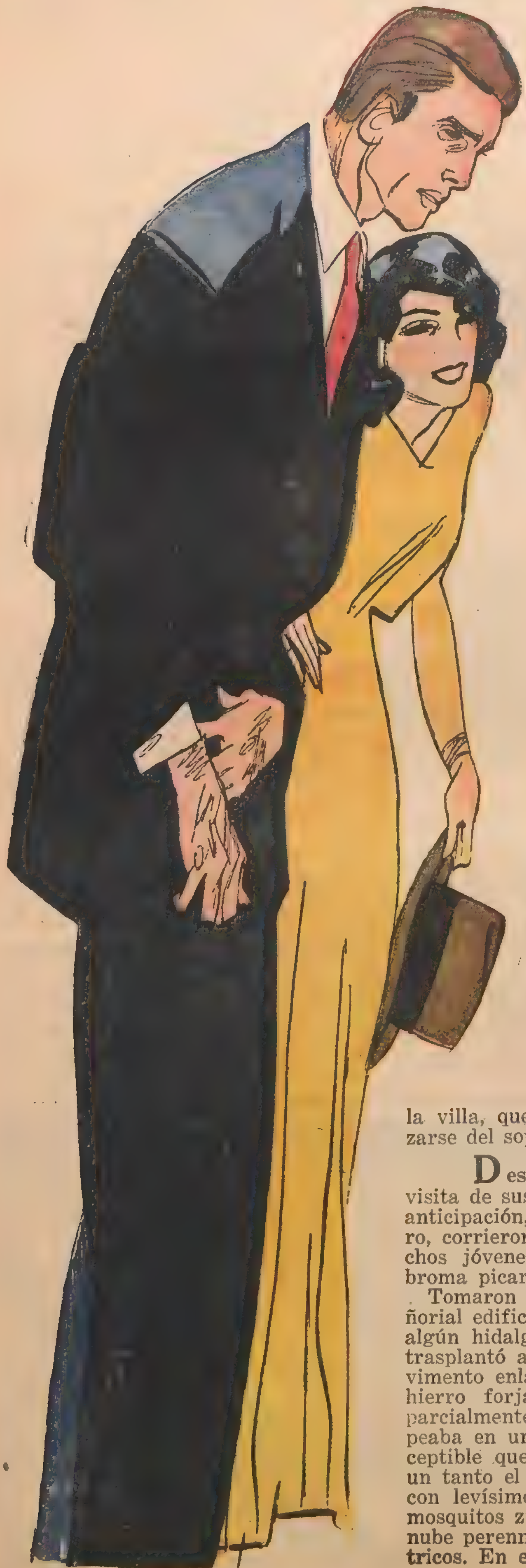
— ¡Ah! Pero... no lisas del todo van a ser tus riendas.

— Sí, máma; mire bien.

(Continúa en la página 47)

"FLOR del AIRE"

...es la muchacha provinciana que se enamora sin cálculo del porteño e ingenuamente se entrega a las efusiones de su cariño, sin pensar en el desenlace y sin arrepentirse nunca de haber amado con toda su alma.



I

EL convoy entró en agujas y segundos después se detenía jadeando bajo la marquesina de la estación.

Echevarrieta se desperezó con un largo bostezo; se sacudió con el pañuelo el polvo adherido a las ropas, y tomando su valija, salió al andén.

Era una tarde dominguera, y en la estación, desafiando el calor, se hallaba, al parecer, lo más representativo de la juventud local. Dos o tres cadetes, sin duda en goce de licencia, gallardeaban enfundados en sus impecables uniformes. Algunas muchachas con ojos morunos, encuadrados en rostros ovalados y broncíneos, paseaban cotorreando en grupos bulliciosos, tomando a la vez impresión de los pocos viajeros que el expreso de la metrópoli iba dejando en la apartada estación provinciana.

No es extraño, por lo tanto, que las miradas convergiesen hacia Echevarrieta durante el corto intervalo que aquél empleara en recorrer el espacio comprendido entre el pullman y la puerta de salida. Su traje gris de corte impecable, un tanto arrugado por la violencia de las posturas a que obliga un largo viaje, su porte de hombre despreocupado y consciente de su recia personalidad, eran factores que lo destacaban siempre en el conjunto de toda concurrencia.

Por su parte, apenas si reparó un momento en lo que le rodeaba, dirigiéndose directamente racia la plazoleta de la estación, donde varios aurigas ofrecían, con tonada cantora, los respectivos servicios profesionales. Echevarrieta tomó el primer vehículo que se le ofreciera y dió el nombre de un determinado hotel. El conductor hizo restallar el látigo, a cuya contundente insinuación el caballejo despertó de la modorra en que la edad y la canícula parecían haberlo sumido. El armatoste comenzó a dar tumbos sobre las guijas del empedrado hacia el interior de la villa, que en aquellos momentos parecía desperezarse del sopor de la siesta.

Después de cenar, Echevarrieta recibió la visita de sus ayudantes, llegados con algunos días de anticipación, y que, avisados del arribo del ingeniero, corrieron a ponerse a sus órdenes. Eran muchachos jóvenes y decidores, siempre dispuestos a la broma picaresca y a la aventurilla galante.

Tomaron café en el patio del hotel, vetusto y señorial edificio de tipo colonial, patrimonio antaño de algún hidalgo, descendiente de aquellos que Castilla trasplantó a tierra americana. Grandes arcadas, pavimento enladrillado y aljibe con artístico brocal de hierro forjado. Las plantas trepadoras tapizaban parcialmente las paredes. Un naranjo enorme campeaba en un ángulo del patio. La brisa apenas perceptible que enviaba la serranía próxima, atenuaba un tanto el ardor de la noche estival, estremeciendo con levísimo susurro las hojas de las plantas. Los mosquitos zumbaban incansablemente, formando una nube perenne y movediza alrededor de los focos eléctricos. En el hotel reinaba ya el silencio, apenas interrumpido por los intermitentes y truncos acordes que la brisa nocturna traía desde la cercana plaza donde se realizaba le retreta tradicional.

Se habló de temas generales; de la labor que les esperaba, del lugar, de las mujeres, y, por último, encendidos sendos cigarros, convinieron en saturarse un poquito del localismo asistiendo a la retreta.

Para los ayudantes de Echevarrieta, porteños de nacimiento y de alma, aquel ambiente patriarcal les ofrecía los encantos de una noche de matices exóticos. Impresionábalos agradablemente la paradisíaca quietud de la ciudad, con su vida sin complicaciones, con sus gentes sencillas y hospitalarias, con sus mujeres de rostros bronceados, de mirar dulce y cantarina tonada. Hasta las flores y los frutos tenían aroma y sabor más pronunciado que en las márgenes del Plata. La vida allí debería constituir un tónico confortador para los nervios gastados en el tráfago agitado y artificioso de la metrópoli.

Todo esto le iban explicando los ayudantes al ingeniero Echevarrieta. Los muchachos se hallaban aún invadidos por el encanto de la primera impresión y se esforzaban por transmitir su entusiasmo al jefe y amigo. Éste se limitaba a sonreír con cierto dejo de ironía, mientras mascaba el cigarro y miraba distraídamente a los grupos de muchachas que se cruzaban con ellos. A él no le asombraba nada. Había estudiado en Berlín, y después de obtener su título, muertos sus progenitores, se encontró con una regular fortuna que empleó casi totalmente en viajar. Su firma abreviada y nerviosa quedó registrada en los más grandes hoteles del mundo. Las cosas típicas de su país le hacían sonreír con lástima después de haber conocido las "ragazze" napolitanas con rostro de madonnas que sirven en la tratorías de Procida y Possilipo el cálido vino del Vesubio. Había libado manzanilla en los colmados gitanos de Albaicín de Granada y del barrio de Santa Cruz en Sevilla; había bailado con meretrices chinas en los tugurios de Shangai y de Hong-Kong y había oído tañer el shamisén en Tokío por las geishas del Yosiwara. Amaba, sí, a su tierra, pero contagiado por una idea lamentablemente generalizada, creía que lo bueno no está en nuestro propio hogar, sino en el ajeno.

Aquella quietud que ya conocía por permanencias anteriores, le llenaba el alma de pesimismo. Lo interpretaba como atraso, como anquilosamiento de las fuerzas vitales de una raza. Le aburrían y exasperaban aquellos hombres apegados a prejuicios insalvables, sin otra preocupación que una politiquilla localista y misérrima; sin más anhelo que la obtención del consabido doctorado y sin más distracciones espirituales que la tertulia del club, donde campeaba el

NOVELA CORTA
POR
AMADEO A. COUREL

chisme o la verborrea de algún vate achinado de la hornada casera.

—Sí, muchachos; ya sé, ya sé. A ustedes les encanta esto porque es la primera vez que salen de Buenos Aires. Cuando lo conozcan como yo, cambiarán de opinión. Esto es muy hermoso, pero tiene la hermosura de los cementerios. Aquí la gente está muerta; nació muerta y vive muerta, valga la paradoja. Esto es muy lindo para inflar temas de nuestro pobre folklore con que poder alternar los tangos llorones, nada más.

Por la plaza discurrían en grupos las muchachas hablando con encantadora entonación norteña. Talles esbeltos, cabellos de azabache y ojos rasgados. Las mamás, opulentas y respetables "misias", de esas que solemos representarnos ureoladas por la dignidad de las matronas patricias, permanecían sentadas en los bancos bajo los paraísos y departían gravemente, mientras miraban el paseo central por donde circulaba la gente moza. Los hombres también conversaban gravemente, con entonaciones arrastradas, sobre el trascendental momento político. Los don Nilamón, los don Marco Aurelo, los don Agenor y los dos Rubén consideraban con solemne preocupación los males del siglo y la necesidad de poner una valla a los desmanes de la anarquía y de la disolvencia que se iban enseñoreando del ambiente, relajando las costumbres y quebrantando la austera moral legada por los antepasados.

En el centro de la plaza, sobre un kiosco de mampostería, tocaba la banda municipal. Valses romanticones alternados con algún tango de factura más reciente y algún trozo de ópera arbitrariamente sazonado, componían el repertorio musical, al que no faltaba el inconfundible acento de la tierra que los músicos parecían trasmitirle a través de los instrumentos.

Por supuesto, la leve curiosidad que despertara aquella misma tarde en la estación la llegada de Echevarrieta, se acentuó progresivamente durante el paseo nocturno en la plaza. Aquellos tres hombres llamaban la atención. A dos de ellos ya los conocían, pero no a aquel tercero, llegado recién, y que ofrecía el relieve de una fuerte personalidad. Su estatura aventajada, su rostro enjuto, de rasgos enérgicos, su tez morena y su complexión atlética, y, por último, su elegancia sin exagerados atildamientos, lo hacían destacarse poderosamente entre el conjunto. Las chicas, con el apresuramiento característico de estos casos, en seguida dedujeron las posibilidades de tres candidaturas al flirteo. Aquellos tres hombres, de inconfundible estampa porteña, constituían ya, inmediatamente, el epicentro de alocadas y juveniles ilusiones. Miradas de soslayo convergían hacia los tres forasteros. Hasta las opulentas mamás y los graves papás creyeron oportuno intercalar el paréntesis de su curiosidad en los trascendentales temas del momento.

—Parecen gente bien los mozos, ¿no?

—Sí, pues, y si el doctor Temístocles de la Canal no nos ha engañado, deben ser los ingenieros que vienen por el asunto del dique.

El misterio había durado poco. Con la celeridad característica con que se propagan las novedades en las ciudades pequeñas, ya se conocía la misión que traía a los tres hombres hacia aquella apartada ciudad norteña que dormitaba, blandamente recostada en las estribaciones serranas, la somnolencia de su vida patriarcal.

II

—**Usted tenía** que caer, ingeniero; ya se lo decíamos nosotros. La dulzura de esta tierra se infiltra en la sangre y se trepa hasta el corazón. Estas mujercitas norteñas son un sueño. No saben casi nada de complicaciones modernas. Apenas si imaginan la existencia de un supuesto mundo brillante entrevisto en alguna trasnochada película cinematográfica.

Echevarrieta fumaba y sonreía, mientras escuchaba con displicente complacencia a los dos muchachos. Sobreponíase dominante su prestancia de hombre maduro y corrido. A la altura de sus treinta y ocho años, muchas, muchísimas mujeres habían desfilado por su existencia sin dejarle todas más que un conjunto informe de sensaciones y recuerdos.

—Pero vea, jefe, dicho sea con el mayor respeto, "Flor del Aire" es bocado de cardenal. Por una cosa así vale la pena perder el sueño.

Echevarrieta seguía fumando y sonriendo.

—En algo hemos de pasar el tiempo que nos dejan libre nuestras tareas — decía por último. — Ustedes no lo ven así porque son muy jóvenes y algo poetas. Probablemente cuando vuelvan a Buenos Aires han de marear a empresarios y editores con la literatura que les ha inspirado este desierto. Yo contemplo las cosas a través de otro prisma. Además, creo que ustedes saben que yo tengo mi novia en Buenos Aires...

Alejandro Echevarrieta argumentaba con toda la lógica fría del hombre de mundo; pero la verdad era que había comenzado a interesarle aquella muchachita bella y frágil. Al principio, fué mera curiosidad. Luego esta curiosidad se acentuó hacia una afectuosa consideración, que poco después ofrecía ya los matices de un tenue cariño.

La conoció, por supuesto, en la plaza, durante las noches de retreta. Llamóle la atención aquella criatura por contraste con su propia contextura física. Él era casi un gigante. ¿Qué tal pareja haría con aquella muñequita de rostro sonrosado y ojos dulces? Les formuló la pregunta a sus dos amigos, y éstos rieron. Echevarrieta siguió mirando instintivamente a la chica. Ésta, ruborosa y atolondrada, recibió las pullas de sus compañeras, pero miró, a su vez, a Echevarrieta. Sobrevino un cambio de saludos, y, por último, la presentación.

A los pocos días, Echevarrieta visitaba la casa de María Luz, o "Flor del Aire", denominación con que era más comúnmente conocida entre su familia y relaciones, acaso por la similitud que existía entre la bella flor y su frágil y delicada personalidad.

Echevarrieta tuvo necesidad de ajustar su relación a los cánones impuestos por el código social del medio. La familia de María Luz, gente hidalga y pobre, recibió con íntimo alborozo la buena nueva; pero un mozo "bien" no debe festejar a una niña sin someterse a las normas que impone la clase. Nada de entrevistas con tapujos y a escondidas. Echevarrieta visitaría a María Luz en su casa y en presencia de sus padres. Por las noches podrían ir a la retreta y conversar sentados bajo los naranjos.

El ingeniero se dejó llevar por la dulce corriente de aquella nueva distracción. La construcción del dique iba para largo y se



DON PÁNFILO Y SU PERRO ADOLFO

¿GON LA GOMISERÍAS? ¡BRONTO, UNA FRIGADA DE AGENTES!
HAY UNA ESTAFAS SENSACIONAL.
¡GUAU!
R-R-R-WHEE-EE-EE-OO-OO-OO-OO
D.P.
¿COSA PASA CUÍ?
GUE MI BERRO SE LLAMA BROCOPIO, DE ACOERDO GON ESTOS PAPELES.
¡ADEMÁS LO HAN SEGOESTRADO!
¿COSA IMPORTARE CUESTO AL MONDO?
¡EL PERRO BATACLÁNICO!
¡GUAU!
¿ERA UN ASTRO DE LA PANTALLA?
¿QUI DETENGO TUTI LO AUTOSSE O BICICLETESES CON PERROS?
BIEN.
R-R-R-WHEE-EE-EE-EE-EE
D.P.

imponía algún pretexto en qué pasar el tiempo que le dejasen libre sus ocupaciones profesionales. Por otra parte, aquella chiquilla se le iba adentrando en el alma. En sus soliloquios de hombre escéptico, llegó a recriminarse aquella inusitada flojedad en sus sentimientos; pero en honor a la verdad, la muchachita era un encanto; era algo que él todavía no había conocido en su peregrinar por la vida. El sabor primitivo de aquella naturaleza virgen todavía no se le había ofrecido en el cáliz de las degustaciones exóticas y mundanas que hasta entonces había apurado. Las mujeres que antes había conocido siempre le habían dejado un recuerdo como saturado de olor a perfume barato o a farmacia. Era, acaso, la desproporción física y moral, precisamente, lo que constituía un incentivo para su inclinación hacia María Luz. Él tenía treinta y ocho años; ella, diez y seis; él era un hombre mundano y altético; ella, una frágil criatura de naturaleza cándida y primitiva. "Flor del Aire" lo miraba entre asombrada y extática. El cariño de la muchacha fué como una eclosión de delicioso estupor. Aquel hombre para ella era un dios. Acaso soñó más de una vez con el advenimiento del príncipe azul encarnado en un personaje como Alejandro; acaso lo vió en la gráfica y fugaz visión de algún galán cinematográfico. Pero el hechizo se hizo materia y realidad. El hombre vino, la miró entre protector y rendido y le susurró la dulce promesa, mientras la estrechaba contra su pecho fuerte de varón:

—Te amo, mi virgencita serrana; te amo, mi "Flor del Aire"...

III

Habían pasado varios meses desde el arribo de Echevarrieta. El noviazgo del ingeniero con María Luz Figueroa, "Flor del Aire", pasó a ocupar el lugar predestinado a los grandes acontecimientos que de tarde en tarde se registraban en los anales de la villa.

—Naturalmente que es un mozo bien — decían las damas en rueda tertuliana y con no mal disimulada envidia, cuyas hijas estaban irremisiblemente destinadas a algún doctor poeta y político, en el mejor de los casos, o a la tabla salvadora de algún sórdido mercader extranjero. Eso "de llevarse" un señor ingeniero tan buen mozo, tan hombre de mundo y con tan brillante carrera, era cosa de cuento de hadas que se había hecho venturosa realidad en la vida de María Luz.

Alejandro Echevarrieta había llegado al logro de sus propósitos. Aquella naturaleza cándida y virgen se le entregó sin restricciones. La mujercita encontró su dios en la tierra y se dió toda a él, acaso con mucho de mística adoración. Nada malo pudo sospechar de quien era para ella todo en cuerpo y alma. Sus facultades se condensaron en un sentimiento de adoración perenne que a Alejandro llegó a molestarle; aquella frágil criatura llegó a marearlo con el exceso de su ternura. "Flor del Aire" terminaba por mirarlo intensamente, en actitud extática, con aquellos ojazos inmensos, aureolados por unos tenues manchones cárdenos.

—No hay duda que esta chiquilina se me ha ganado un poco en el alma; pero esto no puede seguir así — decía en sus recientes soliloquios. — Mi porvenir no puede estar asociado al de esta lugareña, que es una cordera sumisa, muy bien educada, sin duda; pero sin voluntad, sin iniciativa y sin más pensamiento ni más acción que su adoración fervorosa.

Luego asociaba estos pensamientos al recuerdo de Julia, su novia de Buenos Aires, de quien recibía cartas periódica e indefectiblemente, reclamándole con insistencia su retorno.

Por la naturaleza sensitiva de "Flor del Aire" pasó, al fin, el ramalazo de una indefinible sensación de desgracia. Su instinto de mujer manifestábase en forma cada vez más clara, anunciándole la proximidad de un peligro inevitable. Alejandro, su Alejandro, le venía hablando vagamente de tener que irse a Buenos Aires a fin de realizar, decía, "los preparativos para la boda". Además, su misión tocaba a término. De un momento a otro llegaría otra comisión de técnicos para continuar la obra empezada, y a él lo enviaría el ministerio a otro lugar muy distante de la república. Él iría a Buenos Aires. Sería cuestión de un par de semanas, a más tardar, lo suficiente como para "arreglar todo", regresar y casarse, para después irse juntitos.

—Tú no volverás — decíale ella con aquella dulce tonadita que a él tanto le cautivara en otro tiempo.

Alejandro trataba de reírse. La atraía hacia sí, la aupaba, la besaba y la mecía en sus brazos fuertes como a una criaturita.

Ella lo miraba intensamente, como si por aquellos ojazos criollos se desbordara el sentimiento de angustia y de pasión en que parecía diluirse todo su ser.

La mala nueva no se hizo esperar. La trajo una tarde el expreso de la metrópoli. Echevarrieta debía ausentarse después de hacer entrega de las obras del dique a la nueva comisión técnica.

María Luz recibió la noticia sin mayor sobresalto. Ya se había hecho a la idea de la desgracia que parecía cernirse sobre su destino.

La despedida tuvo lugar una tarde en el comedor de la casa de María Luz, mientras los viejos, tomando mate en la cocina, soñaban con la próxima y venturosa unión de los muchachos.

Era ya entrado el invierno y de las sierras próximas bajaban ráfagas de aire frígido, que al colarse por las junturas de los cristales producían intermitentes sensaciones de escalofrío. El antiguo reloj del comedor lanzó la voz isócrona de su campana, reposada y noble, como el viejo hogar donde venía midiendo el tiempo desde varias generaciones. De las torres de la colegiata también se esparcieron voces de bronce en toque de ángelus. Una calma claustral envolvía las cosas. "Flor del Aire" se sintió invadida por

la infinita tristeza de la hora y del lugar.

—No volverás, mi bien, no volverás; me lo dice el corazón.

—Volveré, "Flor del Aire", volveré y nos casaremos y seremos muy felices. Así pienso exponérselo a tus papás ahora cuando me despida.

—¡Pobres viejos! — musitó "Flor del Aire". — Viven forjando en sus imaginaciones candorosas un mundo de dichas para nosotros, para sus hijos; pero ignoran que no has de volver y que yo he de sucumbir a mi desventura...

—No, "Flor del Aire", bien mío, mi virgencita serrana; tú no morirás. Tú vivirás muchos años para endulzar mi existencia con el néctar de tu cariño sin mácula. Tú serás la santita de mi devoción y la reina de mi hogar. Yo he de volver, te lo juro.

Acaso Echevarrieta hablara en aquel instante con verdadera sinceridad. Acaso renació en él un profundo sentimiento de amor y de lástima hacia la frágil criatura; acaso en aquel instante se juró a sí mismo romper los obstáculos que se le pudieran interponer con respecto a María Luz. En un segundo se acordó de su novia de Buenos Aires, una mujer hermosa, de refinada educación, de fortuna y de sentimientos; un partido envidiable que lo redimiría del porvenir incierto y que lo encumbraría a altos destinos. Se acordó de Julia, y con la intensidad de los fogonazos de bengala determinó romper con ella renunciando a fortuna y honores que no fueran conquistados por su propio esfuerzo. Él era para "Flor del Aire", para aquella criatura delicada y adorablemente femenina que sabía amar con la intensidad de las almas primitivas. ¿No era eso la verdadera felicidad?

"Flor del Aire", invadida por un tenue rubor, aprovechó el momento para susurrar al oído de Alejandro algo muy íntimo, muy confidencial. Luego agregó un poco más alto y con el tono de un dulce reproche:

—Ya ves, mi bien, que no debes dejarme. ¿Qué será de mí? ¿Qué será de tu pobre "Flor del Aire"?

Echevarrieta se despidió, por fin, de María Luz y de toda la familia, ajustando esta despedida a supuestas circunstancias transitorias. Los provincianísimos y bonachones padres de "Flor del Aire" creyeron en su regreso, pero "Flor del Aire" no. Pese a las protestas de pasión de la despedida, "Flor del Aire" entrevió el drama con su sutil espíritu de mujer.

Alejandro Echevarrieta no volvió.

IV

—No puedes ocultarme, Alejandro, por mucho que te esfuerces, que sobre tu alma pesa la sombra de una preocupación ineludible. Tu decantada presencia de ánimo, tu espíritu fuerte de varón, sufre las alternativas de un quebranto progresivo. Una sombra espesa y negra parece interponerse entre el hombre de ayer y el de hoy. Y lo que es peor, me abruma la sospecha de que en el fondo de todo esto germina una latente indiferencia hacia mí, una indiferencia rayana en el desvío.

Echevarrieta terminó de revolver papeles en la carpeta de su escritorio y, levantando la cabeza, miró a su mujer.

—Julia, tus manifestaciones me sorprenden y anonadan. Quisiera que determinaras en una forma más precisa tu pensamiento. No puedo encontrar asidero viable a tal género de suposiciones. Creo — prosiguió después de una breve pausa — que no puedes exponer la más leve queja a mi conducta de esposo.

—No, aparentemente no puedo echarte nada en cara; nada puedo recriminarte, pero noto que no eres el mismo de antes. Presiento en ti una amargura que corroe lentamente tu espíritu y que mina tu organismo. Algo, en fin, como si un crudo remordimiento de conciencia te atormentara sin tregua. Y ello parece ofrecer una leve y muda acusación hacia mí, como si yo compartiese la responsabilidad sobre el estado de latencia tormentosa que se mantiene en lo más recóndito de tu ser. Nos casamos hace poco más de tres años, a tu regreso del Norte. Al poco tiempo empezó tu decadencia espiritual. Ni los viajes, ni tu trabajo profesional, ni el cariño mío han podido disipar esa amargura que ya no puedes ocultarme.

—¡Pero, Julia!...

—No, querido, no te esfuerces. Tú sufres, Alejandro. ¿Será, acaso, porque entre nosotros no se ha interpuesto el puente de perlas de una carita sonrosada? Si tuviésemos un hijo, acaso la felicidad volviera a entrar por esta puerta...

Alejandro hizo girar el sillón, y dijo mientras estrechaba una mano de su mujer:

—No, Julia, no. El exceso de cariño te hace delirar, te hace ver visiones creando en tu imaginación un globo de preocupaciones y de dudas. Todo nos halaga, somos jóvenes, disponemos de fortuna... Es cierto que se colmaría la medida de nuestra dicha con el advenimiento de un querubín; pero ¿qué le hemos de hacer? Acaso venga como un legado providencial...

—Bien — terminó Julia. — Puede ser que mis presentimientos sean infundados, pero mi instinto de mujer me advierte, Alejandro, que algo nebuloso se interpone desde hace tiempo entre nosotros. — Luego agregó, tras una prolongada pausa que empleó en ponerse los guantes: — Te dejo entregado a tus ocupaciones. Vine a dar una vuelta por el estudio, pues siempre temo por ti; pero me voy algo más aliviada. Esta explicación ha tranquilizado un tanto mi estado de ánimo. Haré algunas visitas. ¿Vendrás a comer a casa?

—Sí, mi hija. Anda tranquila y reposa confiada en mí. Nada temas.

Alejandro acompañó a su mujer hasta el ascensor. Ya iba a retirarse de nuevo hacia su despacho, cuando un empleado lo llamó aparte con cierto misterio.

—Don Alejandro; ahí en el archivo de los planos hay una señora que desea verlo. Demostró tanta insistencia, que no pude convencerla para que volviese en otra oportunidad. Disculpe, don Alejandro, pero como su señora estaba ahí, hice pasar la visita al cuarto de los planos. Ahí está esperando.

Alejandro Echevarrieta presintió la proximidad de algún extraño suceso. Mujeres recibía frecuentemente en su estudio, pero su estado de ánimo le avisaba de que ocurría algo fuera de lo común. No en vano su mujer había adivinado el drama que se desencadenaba en su alma desde hacía mucho tiempo. Dió orden de que pasara la visita y penetró de nuevo en su despacho.

Echevarrieta sufrió los efectos de una alucinación. Su fortaleza flaqueó como abatida por un relajamiento súbito y total. Instintivamente se asió a los brazos del sillón. Apenas si pudo musitar con voz desfallecida:

—¡"Flor del Aire"!...

Tres largos años se esfumaron en el proceso del tiempo para plasmarse en su imagición la idea vívida de su viaje al Norte. Las noches de retreta, el embriagador aroma de los naranjos, la noviecita serrana, cándida y virginal, la grácil muñeca blanca y rosa,

(Continúa en la página 47)

Elegante motivo de bordado



Delicado centro bordado en colores, utilizando para ellos los puntos postes, tronco, espiga, nudo. El mismo modelo bordado con lana fina, resultará muy indicado para almohadones, carpetitas, etc. Es de muy fácil ejecución.

AMANECER *en* PLENO CAMPO



Días pasados recibimos una carta de un señor, que decía ser viejo cliente nuestro. Nos pareció interesante, y por eso nos complace transcribir algunos párrafos:

"Regresaba de Mar del Plata en auto, de madrugada; y a la hora de marcha divisé a la vera del camino una enorme silueta confusa; cuando estuve cerca, contemplé una escena que parecía una decoración teatral. Un carro de ruedas gigantescas insinuaba sus recias líneas en la semiobscuridad, mientras sus 16 caballos pastaban por las inmediaciones.... Tres paisanos genuinos mateaban en torno al fuego, y, callados, casi inmóviles, estaban iluminados fantásticamente por el rosavioleta del amanecer y el tenue resplandor del fuego. En medio de aquel gran silencio, de aquella inmensa serenidad, parecían bronces alegóricos.... Mi muda contemplación fué interrumpida por una invitación: "Si gusta...", a la que no me negué. Saboreé unos mates hábilmente cebados, y tan substanciosos, que me interesé por la yerba. Sorpresa: ¡Flor de Lis!... Proseguí mi viaje; y horas más tarde, aún me parecía tener ante el camino aquel cuadro inolvidable... ¡Pleno campo..., 400 kms. de mi casa... y Flor de Lis, presidiendo la reunión!..."

Nosotros, por nuestra parte, no queremos agregar ningún comentario; sólo nos resta dar las gracias a ese amable colaborador espontáneo.



YERBA PARÁGUAYA

FLOR DE LIS

de la selva virgen

CORREO CINEMATOGRÁFICO

Por KING

★ No te extrañe haber leído esas cositas raras acerca de **DOUGLAS FAIRBANKS** padre, pues parece que les ha colgado la galleta a los de Hollywood y dedicado sus actividades al cine y la nobleza de Inglaterra. Naturalmente, los periódicos de la Meca chillan a más no poder, censurando con bastante veneno algunas declaraciones hechas por **Douglas**. Además, lo que no le perdonan es que haya dejado plantada a **MARY PICKFORD** que, como tú sabes, fué "la novia del mundo", el crédito de Hollywood, el lirio de la pantalla y otras yerbas. Pero Douglas, que además de ser muy inteligentito tiene dinero, no les da importancia a los que chillan, y sigue en Inglaterra, en cuyas compañías cinematográficas tiene metidos muchos miles...

a **Nueva lectora.**

★ ¿Es esta la primera vez que lees el **Correo Cinematográfico**? ¡Porque mira que no saber que **JOSE MOJICA** tiene treinta y seis años! Y lo mismo ocurre con **CLARA BOW**, de quien todos los lectores saben que nació en **Brooklyn (EE. UU.)**, el 29 de julio de 1905. **NILS ASTHER** mide m. 1.80 y está divorciado de Vivian Duncan. La última de **EDDIE CANTOR** es **Roman scandals** (Escándalos romanos), todavía sin título oficial en castellano.

a **Antonio Capannari.**

★ **El signo de la cruz** me pareció una cosilla así, así (estoy haciendo un gesto un poco despectivo). Creo que a **CHARLES LAUGHTON, FREDRIC MARCH, CLAUDETTE COLBERT** y **ELISA LANDI** no se les exigió mucho.

a **La amiga de King.**

★ **JEAN HARLOW, CLARK GABLE** y **STUART ERWIN** fueron los principales en **Tú eres mío**. La esposa de Clark se llama Ría Langham, y si no se le ve por ninguna parte es porque además de ser bastante fea el marido le ha prohibido que se exhiba. Y como ella es buena y recuerda que en el Registro Civil prometió obediencia a su consorte... Aquí tienes la carta que puedes remitir a **Clark**, a **METRO GOLDWYN MAYER STUDIOS, CULVER CITY, CALIFORNIA**: Dear Sir: I would take it as a special favour if you would send me one of your photos, as I am an ardent admirer. Trusting you will pardon the trouble. (Firma.) **JEAN HARLOW** es, sin maquillage, bastante diferente que con él. Y puedo garantizarte que la diferencia no la favorece precisamente...

a **Rosa de Abril.**

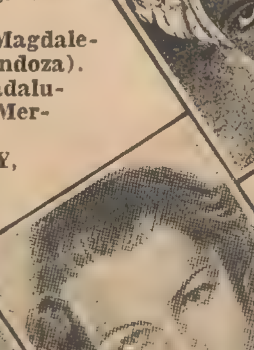


2


3


4


5


6


7


8

9

2.—UNA MERKEL, por Teresa Licata, de Godoy Cruz (Mendoza).
3.—CLIVE BROOK, por José Bustos, de General Paz 158 (Mendoza).
4.—HELEN HAYES, por Amalia Calderón, de Rodeo del Medio (Mendoza).
5.—WALLACE BEERY, por Santiago Navarro (h), de Lanús.
6.—JOAN BLONDELL, por Fernando Espí Tarrats, de La Quiaca (Jujuy).
7.—RAMON NOVARRO, por Magdalena Núñez, de Guaymallén (Mendoza).
8.—GWILI ANDRE, por Guadalupe J. Guanter de Otero, de Mercedes (San Luis).
9.—ROBERT MONTGOMERY, por Heraldo Daglio, de Movelos 2823 (Avellaneda).

Tu carta me ha parecido un poco confusa, pues no entiendo bien si los datos que pides corresponden a mi persona o a **MADGE EVANS**. Sin embargo, como te supongo poseedora de muy buen gusto, voy a darte los de Madge; nació en **Nueva York (EE. UU.)**, el **1 de agosto de 1909**, y ese es su verdadero nombre.

a **Malvina Martone.**

★ Tengo entendido que el pasatiempo favorito de **GRETA** es sentarse de noche en la playa y contemplar la mar. ¡Oh, la mar! Es allí donde Greta, despojada de su aureola de artista y de sus pestañas postizas, medita, lee y contempla las aguas que van y vienen haciendo ¡brrrrum!, ¡brrrrum! y ¡brrrum! ¡Oh, los genios solitarios!...

a **Me muero por Greta.**

NORMA SHEARER; Metro Golwyn Mayer Studios, Culver City, California.

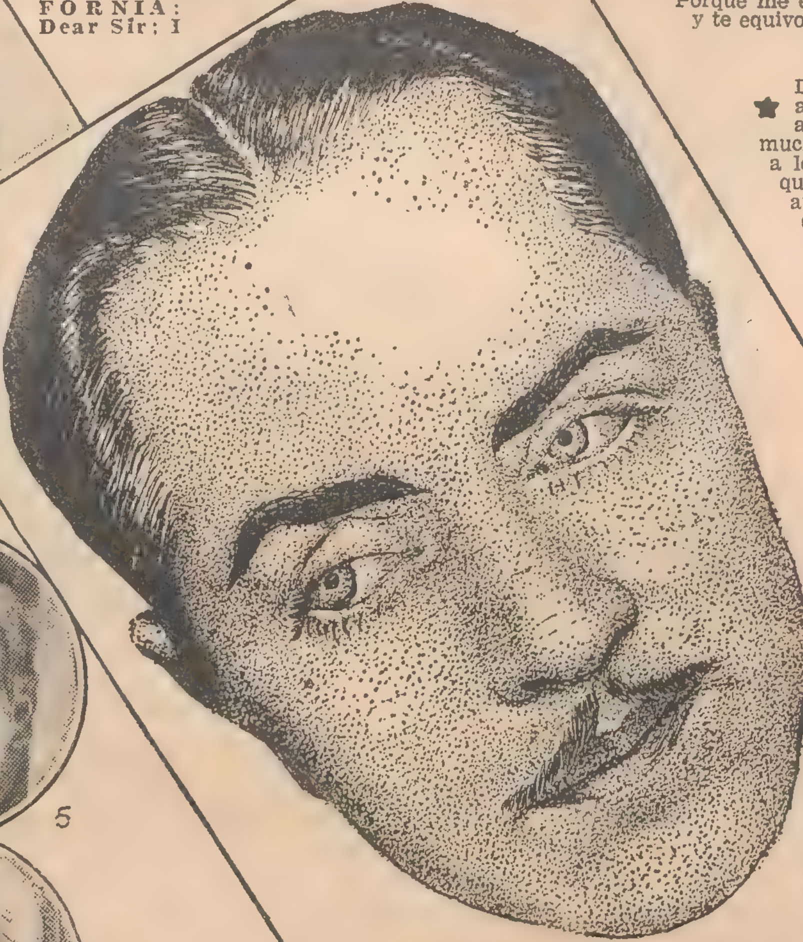
a **O. P. C. (Rosario).**

Hijo mío; cre[illegible] has equivocado la dirección. Eso de que te escribí **una vez para bat[illegible] mi amor y mi amargura; de que me dejaste la bronca de saber que fuiste mío; de que desde mi catrera campaneo tu sombra que se agita y te juno sin penas ni rencores; de que sentís ganas de arrinconarme para gritarme tu cariño** (¡atropellador había sido!); de que **te chamuyé todo lo pasado** y de que **el pucho, quemándote la boca te hace su última guiñada**, debías habérselo enviado a Francisco Canaro o a Juan de Dios Filiberto para que le pusieran música de tango. Créeme, "Alma rea", has equivocado la dirección. Y lo peor del caso es que en este momento posiblemente cualquiera de los dos se devane los sesos tratando de comprender por qué a uno de sus admiradores se le habrá ocurrido escribir para preguntarle cuál es la última cinta de **Ramón Novarro** o la fecha de nacimiento de **Kay Francis**. Porque me está pareciendo que escribiste dos cartas y te equivocaste al ponerlas en los sobres...

a **Alma Rea.**

★ De la intervención del gobierno norteamericano en los sueldos que ganan los artistas puedo decirte que no ha causado mucha gracia. Parece ser que quieren obligar a los dueños a no pagar esas barbaridades que han estado pagando hasta ahora. Los artistas chillaron de lo lindo y hasta han organizado comisiones para entrevistarse con las autoridades y hacerles comprender la barbaridad que intentan cometer. Bien mirado, no es para menos, pues ¿qué crees tú que hará, por ejemplo, **LUPE VELEZ** si en lugar de pagarle quince mil dólares por película le pagan solo diez mil? ¿Y qué hará **JOHN BARRYMORE** con sólo doce mil dólares de sueldo por semana? ¡Nada! La pobreza, la miseria, el hambre...

a **Luz y sombra.**



WILLIAM POWELL

por RICARDO OLIVARES

En 25 de Mayo 102, San Rafael (Mendoza), vive el autor de la ilustración premiada esta semana. Es un niño, pues cuenta sólo diez y seis años, a pesar de lo cual su habilidad para el dibujo es muy grande. El que aquí reproducimos fué hecho sobre madera, detalle este que da una idea de la rara inteligencia de Ricardo Olivares, en quien, sin duda alguna, se está gestando un artista de gran porvenir.

★ Al tratar a los lectores y lectoras de "tú" y no de "usted" no he otorgado ningún privilegio. Lo hice sencillamente porque me pareció más exento de protocolo y mucho más fácil para intimar. Además, creo que cuando dos personas jóvenes se conocen, después de un cierto tiempo nace la confianza y se impone el "tú". En cuanto a ti, sólo me resta brindarte mi amistad, que a falta de palabras verbales, por hallarnos tan lejos, podrá ser mantenida por una correspondencia más o menos frecuente. Así, será hasta tu próxima.

a **Leonel Lescano.**

★ La letra de esa canción debes pedirla al jefe de publicidad de la **Metro Goldwyn Mayer**, Corrientes 2120, capital.

a **Don X.**

★ En un párrafo de tu carta me dices que me haces preguntas, no por interés en los astros, sino por ver qué diablura te contesto. Y ya estoy a punto de explotar de indignación cuando, al seguir leyendo, veo algo que me causa gracia. Es esto escrito por ti: "Yo soy una **henemiga** declarada de la silueta moderna." ¿Nada más que de la silueta moderna, mi querida lectora? Porque me está pareciendo que también le tienes un poco de rabia a la gramática...

a **La futura monjita.**

★ Joven lectora: tú me ofreces tu amistad y a continuación me preguntas la edad de **GRETA GARBO**. Y esto yo no sé si interpretarlo como una tomadura de guedejas o como un desconocimiento de las más elementales reglas vigentes en esta honorable página. Sin embargo, por hoy, que pase. Esa señora **cumplirá 29 años el próximo 18 de septiembre.**

a **Alma de 15 años.**



DON FERMÍN

POR DANTE QUINTERNO





















"PASARSE DE VIVO"

Ayer don Fermín Fierro apostó con un viejo vecino serrano, a que escalaba una sierra con fama de inaccesible. Don Fermín fué visto en la cima y los crédulos vecinos serranos le concedieron el premio de la apuesta. Pero uno de ellos, que no lo era tanto, volvió a mirar con largavistas hacia la sierra y ¡oh, sorpresa!, don Fermín estaba aún en la cima, saludando triunfante, al tiempo que recibía los cien pesos apostados.

Don Fermín no pudo convencer a los serranos de que él poseía el don de la ubicuidad y recibió una soberana tunda por querer sorprender la buena fe de los cordobeses.

Para la próxima, don Fermín, no olvide hacer quitar el muñeco que hizo colocar para el "bluff".



La mano inexorable de la ley parecía acusar abiertamente a aquel pobre muchacho que no había tenido participación alguna en el crimen, y cuyo solo delito consistía en haberse inclinado ante el cadáver y comprobado que era el extraño hombrecillo de los cabellos rojizos.



CRIMEN con CASTIGO

CUENTO POLICIAL POR HARRISON STEVENS

HACE ya muchos años, por aquellos tiempos en que recién había acabado lo que todos llamábamos "fiebre del oro", Alaska era un país promisor, pero nada saludable. Cuando sucedió lo que voy a narrar ya merodeaban por aquellos lugares los retrasados, vale decir, aquellos que no habían sido los primeros, sino los últimos en aventurarse a buscar el precioso metal.

Cierta tarde me hallaba en la cantina de la pensión donde vivía. Sentado ante mi mesa observaba a los pocos parroquianos que aún quedaban. Joven, fuerte y con bastante audacia, no me intimidaba el extraño aspecto de todo aquello. Además, sentía a mi lado derecho el contacto del flamante revólver del que nunca me separaba. Me puse a observar a tres hombres que en un rincón del salón jugaban a los naipes. Y tanto los observé que llegó un momento en que advertí que bajo esa aparente tranquilidad con que actuaban, prevalecía una fuerza oculta que los hacía actuar. Quien parecía dominar todo aquello era un individuo corpulento, con la cara poblada de barba y yos cabellos muy negros. Me sorprendió la fijeza de su mirada.

Había otro sujeto cuya apariencia no puedo recordar muy bien. Pero en cambio la figura del tercero jamás se borrará de mi memoria. Era pequeñito, con el cabello rojizo, y sus ojillos mansos e inquietos se atemorizaban continuamente ante la mirada del gigante. De vez en cuando uno de aquellos los cabellos muy negros. He sorprendió la fijeza de su mirada. regular hacía extremecer al hombrecillo. Parecía un perrito temblando ante la proximidad del golpe del amo.

Un individuo que estaba cerca de mí y que también observaba la misma escena, murmuró:

—Parece que habrá baile esta noche. Ojalá yo no esté aquí cuando comience...

Y se retiró. Pero yo permanecí allí, seducido por la posibilidad de presenciar un bochinche de taberna. Pero las horas pasaron y aquellos dos hombres no provocaron lío alguno. Entonces, ya cansado de esperar, ensayé un bostezo y subí a mi dormitorio. Me desvestí, puse mi revólver debajo de la almohada y me dormí tranquilamente.

Varios disparos de revólver me despertaron. Escuché atentamente y aún pude oír el ruido de algunos balazos más. Me levanté, tomé mi revólver y en paños menores corrí en dirección a la cantina. Esperaba encontrar allí gran cantidad de hombres peleando desaforadamente, pero no fué así. Aquello estaba desierto... Es decir, tanto como desierto, no. Porque desde arriba pude ver el cuerpo de un hombre tirado en el suelo. Me aproximé a él. Era el hombrecillo de los cabellos rojos. Me incliné sobre su pecho y constaté que su corazón ya no latía.

En aquel preciso instante se abrió una puerta y el dueño de la pensión apareció. Se aproximó a mí y miró alternativamente al cadáver y a mi hombro derecho. Yo también miré. Alguien, un individuo de rostro severo a quien yo no conocía, me apuntaba con su revólver. Delante mío dos hombres más me miraban fijamente en actitud amenazadora. Recién entonces, cuando me despojaron de mi arma, comencé a darme cuenta de la peligrosa situación en que me encontraba. Quise ensayar algunas palabras de protesta.

—Les juro que nada tengo que ver con esto. ¿O creen ustedes que yo lo he matado?

Pero los rostros de aquellos hombres no perdieron su impasibilidad.

—¡Yo nada sé...; yo estaba durmiendo, me despertaron los balazos... y bajé!...

Uno de ellos movió su saco y pude ver sobre su costado izquierdo una estrella, emblema de sheriff.

—¡Será mejor que nos vayamos!... — dijo con voz baja.

Yo los miré a todos, tratando de encontrar en alguno un rostro amigo. Pero todo fué inútil. En todos los ojos había la misma impenetrable frialdad.

—¡Usted sabe perfectamente que yo no lo he matado! — exclamé, dirigiéndome al dueño de la pensión.

—Yo no sé nada...

Alguien me empujó para que iniciase la marcha.

—Por lo menos dejen que me vista. No voy a salir a la calle así...

—¿Por qué no? Le hará bien refrescarse un poco...

Y un nuevo empujón me hizo proseguir la marcha. Salí de aquel sitio rodeado por cuatro hombres, sintiendo sobre mis costillas el frío del caño de una pistola. Silenciosa era la marcha. Nadie me preguntaba nada ni hablaban entre ellos. Dijérase que estaban conduciendo a un muerto. El frío era intenso y en más de una oportunidad tuve que mover los brazos para desentumecerlos.

Pero cada vez que yo parecía vacilar un poco, sentía que el caño de la pistola se hundía más aún en mis ya ateridas carnes. Ya a nuestro alrededor era bastante numeroso el grupo de curiosos que se había formado. Todos me miraban, y viéndome con semejante pobre vestimenta, sonreían.

Pero de pronto una idea cruzó como una luz por mi cerebro. Me paré de improviso y me dirigí al sheriff.

—¡Sheriff! — exclamé. — ¡Fíjese en mi revólver, observe el tambor y compruebe si ha sido usado o no!

Sin dejar de mirarme el sheriff dió una orden a dos de sus hombres. Uno sacó el revólver y el otro trajo una linterna. Lo abrieron y se pusieron a observarlo. El tambor estaba lleno. Uno de ellos aproximó su nariz a él, y confirmó:

—El muchacho tiene razón...

—Pero entonces — exclamó el sheriff, — ¿cómo es que usted se hallaba ante el cadáver cuando nosotros entramos?

Tuve que narrarle todo cuanto sabía, así como la extraña escena que el día anterior había presenciado. Entre el sheriff y sus hombres hubo miradas de inteligencia, y al fin dejé de sentir el frío del revólver sobre mi carne. El regreso a la pensión fué poco menos que triunfal, pues me olvidé de mi ridícula vestimenta. Pero lo cierto es que aquellos que el día anterior habían estado jugando a los naipes con el hombercillo de los cabellos rojos, no pudieron ser capturados con vida.

Porque al día siguiente sus cuerpos fueron hallados destrozados en el fondo de un barranco.



Alaska, país del oro. Tres hombres extraños que juegan a los naipes. Mataron, pero fué el suyo un...

Demasiado amigas

(Continuación de la página 7)

Pero el nene, en cuanto volvía a los brazos de Adelaida, callaba de pronto y clavaba sus ojitos azules en los de ella, sonriéndole, como agradecido y confiado.

Poco tiempo después "Gogó", empezó a decir sus primeras sílabas: "Pa... pa... pá..." "Ma... ma... má..." Oyéndole, Adelaida y Eladio no cabían en sí de felicidad. ¡Qué dicha sería la de tener un hijo así! ¡Un pedacito de las entrañas que llenase su vida de la mayor de las felicidades! Y "Gogó" repetía estas sílabas mirándolos y sonriéndoles. Pero cuando era Elisa, o su padre, quien le contemplaba, esperando oírle silabear, "Gogó" se cerraba en un mutismo inexplicable...

Esto empezó a remorder a Elisa la conciencia. En la soledad de su cuarto, junto a su marido, ahita de divertirse, echaba de menos el calor del hijo. Se le ocurría pensar que la otra se lo estaba robando; que debía traerlo a su lado y no separarse más de él. Y en medio de sus meditaciones llegaba a este frío razonamiento: "Gogó" ya está criado; ya no da tanto trabajo. Sí, sí, lo traeré a mi lado".

Y se lo reclamó a Adelaida. Pero ésta, que se sentía ya su verdadera madre, tuvo un gesto de rebeldía:

—¡No! "Gogó" es mío. Yo lo he criado; yo me he desvivido por él.

—Esas no fueron tus palabras cuando te lo cedí. Tú quedaste en devolvérmelo tan pronto como yo quisiera.

—Lo dije, es verdad; pero entonces yo no preveía esto: que iba a llegar a tomarle un cariño de madre. Si te lo diera, me moriría de pena y de dolor. Déjame conservarlo hasta que D i o s quiera acordarse de mí.

—¿Y si no se acuerda jamás de ti, como parece? En último caso —agregó brutalmente,— como "Gogó" es mío, yo me avendría a pagarte las molestias. Tú puedes pedir lo que creas que vale lo que has hecho por él.

—Eso no —saltó Adelaida, herida en lo más sensible de su ser.— Yo no me he vendido ni me he alquilado. Antes te lo cedo, destrozándome el corazón. Y para que veas que soy capaz de eso, llévatelo. Llévatelo inmediatamente, y no te importe si yo me quedo envuelta en el dolor.

Elisa no se lo hizo repetir. Tomó a "Gogó" de la cuna en que dormía y se lo llevó a sus habitaciones.

Adelaida no fué capaz de arrebatárselo de entre los brazos; no fué capaz de romper a llorar desconsoladamente. Se quedó como petrificada, como sin una gota de sangre.

Pero entre las dos amigas entrañables ya no volvió a reinar la cordialidad, a pesar de seguir ocupando la misma casa.

"Gogó", por ese instinto innato en los niños, empezó a sentir un gran miedo de sus propios padres y no se avenía a convivir con ellos. Había enmudecido y en sus labios no volvió a campear la sonrisa. Lloraba, negábase a tomar alimentos, y fué declinando sensiblemente hasta perder la lozanía y el peso adquiridos.

Elisa y Arturo vivían desolados; pero su orgullo no les permitía recurrir a sus amigos. Como despertado de pronto su instinto maternal, ella se esforzaba en prodigar a su hijito todos sus cuidados. Era inútil, y así fué cómo una noche Adelaida y su marido vieron entrar en la casa al médico.

Una emoción muy honda sacudió las entrañas de la madre defraudada. Quiso correr junto al enfermito y no se atrevió. ¿Para qué? ¿Para que le reprocharan que todo aquello ocurría por culpa de ella, por haberles robado arteramente el cariño del hijo? No; ella también tenía su orgullo.

Pero pensáronlo ellos o no, el caso fué que Elisa a poco se presentó en las habitaciones de su amiga, suplicando:

—Ven, Adelaida, hazlo por el nene, aunque nosotros no lo merezcamos. ¡Se nos muere! ¡Se nos muere!... ¡Y tú, sólo tú podrías salvarlo!

Corrió Adelaida a donde estaba "Gogó" y se inclinó sobre él, cariciosa, como en los tiempos en que le servía de madrecita. Y le habló dulcemente. Al oír su voz, "Gogó" entreabrió los ojos y la miró con sorpresa, con alegría... Instantáneamente pareció revivir. Su sola presencia bastaba para devolverle el júbilo perdido.

El angelito podía salvarse y era un deber de las dos mujeres contribuir a ello. Por eso, unidas las dos frente al dolor como lo habían estado antes frente a la felicidad, se aliaron generosamente para salvarle, y se aliaron sin pensar que luego, fatalmente, se verían la una frente a la otra, no como dos amigas entrañables, ni siquiera como dos enemigas, sino como dos madres que se disputan la posesión de un hijo..., cada una con un derecho inalienable.

F I N

La Virgen de Nueva...

(Continuación de la página 5)

que causan emoción. Veamos algunas tomadas al azar del libro de las súplicas:

"Virgencita, haced que vuelva papito que la ha dejado a nuestra mamá... Nosotros lo queremos mucho Virgencita de Pompeya. Haced que vuelva bueno, para estar con nosotros... — CACHITO y SUSANA."

"Te ruego, Virgen de Pompeya, hagas que mi Juan Carlos vuelva a conseguir su empleo. Yo y él te lo rogamos y te prometo que nos casaremos delante de tu altar. — MARIA LUISA P."

"Si yo he sido buena y cariñosa, ¿por qué me abandona cada día más Emilio?... ¿Será posible que ya no me quiera, después de todo lo que hice y de lo que me sacrifiqué por él?... No, Virgen mía, tú no podrías permitir semejante cosa, porque sería una injusticia inmensa. Protégeme, haz que vuelva a mí como antes. Si no, Virgen mía, yo no sé lo que será de mí. — ZULEMA P. F."

"Te pido, Virgen de Pompeya, que hagas todo lo posible para que María del Carmen no me haga sufrir como lo hace ahora. Estoy desesperado y acudo a ti, como al último recurso... Ella es buena, Virgen de Pompeya, pero está mal aconsejada. Yo la quiero de verdad y por ella estoy dispuesto a sacrificar mi vida. — ARTURO M."

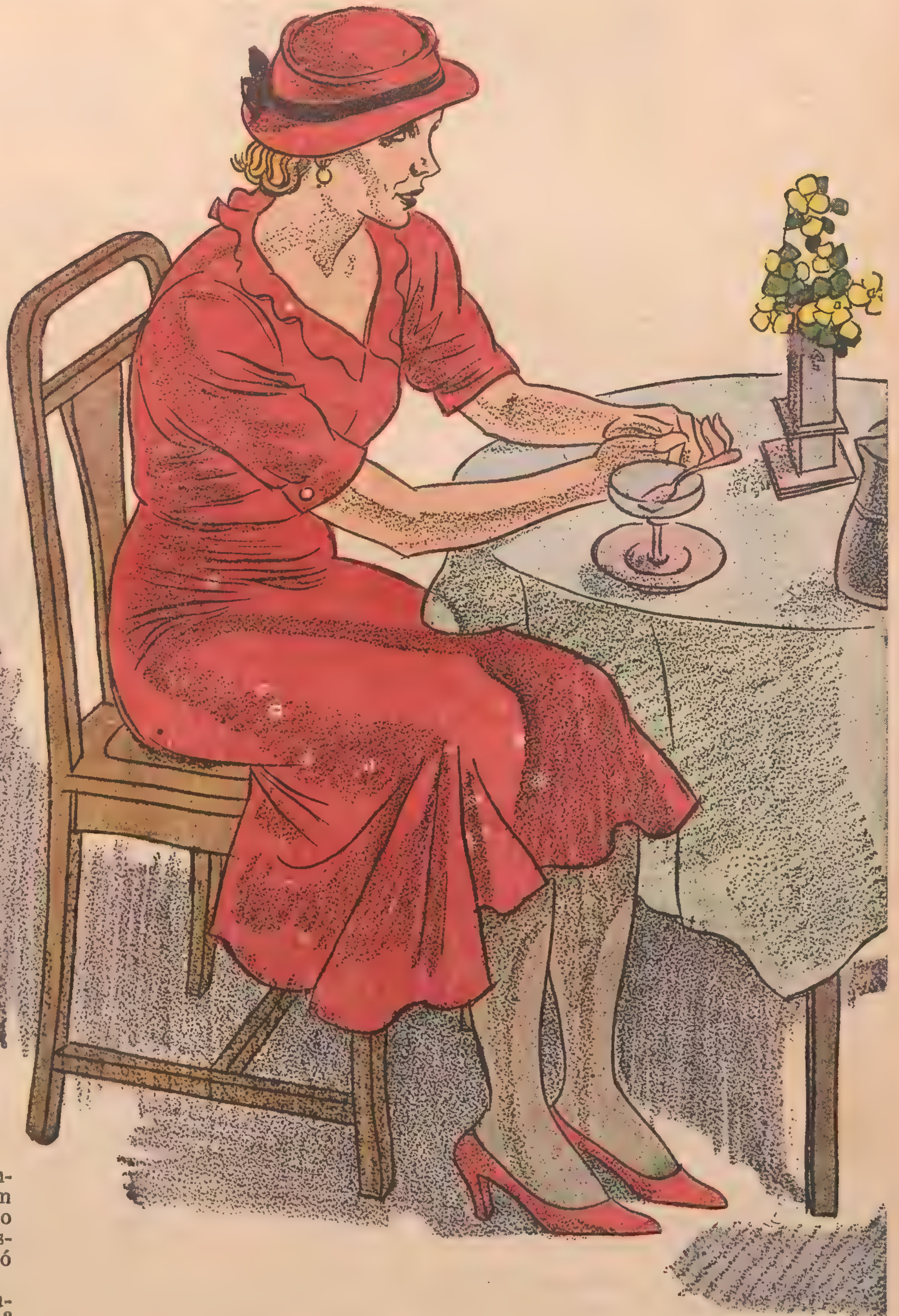
Pedidos como los que anteceden, y que han sido tomados al azar, se anotan por centenares, cada día, en los libros de promesas. Es la fe que llega allí en una súplica inmensa de última instancia, recurriendo a la bondad de Dios para que encauce el corazón humano.

Hombres y mujeres de todas las edades, pero sobre todo jóvenes, llegan hasta el camarín de la protectora de los

(Continúa en la página 49)

EL FOLLETIN DE RESCOLDO

Por HAZEL LIVINGSTON



RESUMEN DE LO PUBLICADO

Lilí Lansing tiene veinte años. Vive con una hermana en Oakland, para poder estudiar el canto en San Francisco de California, donde trabaja en una oficina. Traba amistad con Carlos Sargent, hijo de un rico propietario de barcos. La hermana le censura sus frecuentes paseos nocturnos con Carlos y logra que renuncie a su cariño para dedicarse a su carrera. En un nuevo encuentro, él le declara su amor. Durante una fiesta dada por los Sargent, Lilí conoce a Dora Sage, hija del socio del señor Sargent, a la que considera una rival más digna que ella de ser la esposa de Carlos. Decidida a partir para Nueva York a perfeccionar sus estudios, se despide de Carlos, expresándole que comprende que no podrán casarse jamás. Pero se deja convencer cuando él le propone un matrimonio inmediato, que realizan en secreto. Después visitan a sus padres: los de Lilí se muestran cordiales, pero la señora Sargent los recibe fríamente y los amenaza con la anulación del matrimonio por faltarle a su hijo dos meses para la mayoría de edad. Carlos rompe con su familia, consigue un empleo en otra empresa de navegación y se instala con su esposa en un departamento. Carlos se muestra preocupado; refiere que su padre ha estado a verlo para disuadirlo de su rebeldía. Por la noche, Lilí lo sorprende llorando

XIX

POR la mañana había cierta tirantez entre los jóvenes esposos.

"Sabe que lo he visto llorar; por eso se encuentra violento", suponía ella.

"Debe preocuparla lo de anoche", pensaba él.

El desayuno estaba preparado y Lilí lo anunció con una voz que quería ser natural y alegre como siempre.

— Estaré listo dentro de un minuto, amorcito — contestó él en el mismo tono.

Habitualmente, Carlos, antes de desayunarse, daba una rápida ojeada a la primera página del diario y otra a la de deportes. Pero esa mañana desplegó el periódico a modo de pantalla y se puso a leerlo mientras tomaba su refacción, de modo que Lilí apenas podía verle la parte alta de la cabeza.

— Estás muy silenciosa esta mañana — dijo él de pronto.

— Como te veía leer...

— No, no estaba leyendo — contestó apartando el diario.

— ¿Quieres más café?

— Siento mucho, pero se me hace tarde, querida.

Lo acompañó hasta la puerta. Carlos se despidió con un beso que a ella le pareció demasiado frío.

Un poco más tarde, Lilí salió de compras. Al entrar en una perfumería se encontró frente a frente con Dora Sage. Ya no había tiempo de echarse atrás, como lo hubiera deseado. También Dora pareció titubear unos instantes; pero luego, con una sonrisita nerviosa, le tendió ambas manos.

— ¡Oh, la recién casada! ¡Qué sorpresa! Me alegra mucho haberla encontrado. ¿No me acompañará a tomar algo? Estoy sola, y además en ayunas.

— La acompañaría con mucho gusto, pero...

— ¡No hay pero que valga! — exclamó, tomándola del brazo.

Entraron en una confitería.

— Cuénteme, cuénteme cómo ha sido eso...

— ¿Nuestro casamiento?... Un día se nos ocurrió de pronto. Y al otro nos casamos. Eso es todo.

— ¡La cosa más romántica que he oído en mi vida! A mí no me tomó desprevenida la noticia; al contrario, era un final previsto. Le he dicho a Carlos que deseaba con toda el alma que fueran ustedes felices. Créame que si algo puedo hacer por ustedes...

— Es mucha bondad la suya — dijo Lilí sin entusiasmo.

Ya en la calle, en el instante de despedirse, Dora le estrechó efusivamente la mano, al tiempo que le decía:

— Lamento mucho que Carlos se haya quedado sin empleo. Yo le aconsejé que no se preocupe demasiado. ¿Cómo le parece a usted que ha tomado la cosa?

Lilí no sabía qué decir. ¿Cómo era posible que Carlos hubiese quedado sin empleo y que ella no lo supiera? Por un instante tuvo tentaciones de preguntar a Dora si no se equivocaba. Mas no era posible demostrar a su antigua rival que estaba más enterada de los asuntos de Carlos que su propia esposa.

— ¡Oh, no se ha desanimado por eso! — exclamó alegremente. — Le diré que usted se ha interesado por él. Y ahora perdóneme, pero debo irme.

— Sí; yo también tengo prisa. Haga el favor de decirle que trataré de que papá le proporcione un empleo. No olvide mi encargo.



"MUNDO ARGENTINO"

de AMOR

—Se lo diré— prometió.

XX

Lilí volvió a su casa. Al entrar en el departamento se sintió en él como una extraña. Ese lugar debió haberlo ocupado Dora Sage. Con ella tenía que haberse casado Carlos, puesto que a ella le otorgaba sus confidencias...

Luego comprendió que Carlos tenía perfecto derecho para hablar con Dora, puesto que eran antiguos amigos. ¿Iba acaso a ponerse celosa? No; lo único que le dolía era que se lo hubiese dicho antes a la amiga que a la esposa...

No oyó entrar a Carlos, que, de pie en la puerta, la observaba con hosquedad.

—¿Qué haces ahí como una momia? — preguntó en vez de saludarla cariñosamente, como de costumbre.

Dos veces intentó hablar para transmitirle el mensaje de Dora. Mas comprendió que no debía hacerlo mientras él permaneciera callado, ocultándole la triste nueva.

La tarde transcurría lentamente. Carlos, sentado junto a la radio, parecía empeñado en jugar con los diales, saltando caprichosamente de una estación a otra.

Lilí se le acercó. Estuvo inmóvil y silenciosa delante de él, hasta que se dignó mirarla.

Creyó advertir en sus ojos la misma indiferencia con que habría contemplado a una desconocida. Lanzando un gemido, se arrodilló a sus pies, ocultando el rostro en su pecho.

—¡No puedo resistir! — exclamó con voz ahogada. — He tratado de resistir; ¡pero no puedo!...

—¿Qué es lo que no puedes? — preguntó con ternura, abrazándola estrechamente.

Lilí no contestó. Se dejaba estar en el grato calor de la reconfortante caricia.

—Perdóname que te haya tratado con tanta brusquedad, alma mía — prosiguió él suavemente. — Ha sido porque estaba atormentado por algo que no me atrevía a confesarte... Me he quedado sin empleo.

—¿Y a quién podías decírselo mejor que a tu mujercita?

—Es que tú no comprendes, querida — le dijo, acariciándole el cabello. — Yo deseaba que estuvieses orgullosa de mí...

—Sí, te comprendo, Carlos. Estoy siempre orgullosa de ti. Tengo confianza en ti. ¿Qué importa que te hayas quedado sin trabajo? ¿Acaso es tan difícil conseguir otro empleo? No te atormentes más, querido. Todo se arreglará en la mejor forma para nosotros.

De nuevo estaban alegres y optimistas.

Al día siguiente Carlos salió temprano en busca de alguna ocupación. Desde la ventana, Lilí lo vió partir en el auto contento y esperanzado. Antes de doblar en la esquina se volvió para saludarla con la mano. Ella devolvió el saludo, sonriente. Carlos no podía ver que sus ojos estaban llenos de lágrimas.

Sollozando, Lilí fué a echarse sobre la cama. La desconsolaba la idea de que ella era la única responsable de la desgracia de Carlos. Por su culpa se había realizado el casamiento; por su egoísmo. Había privado a Carlos del apoyo de su familia, obligándolo a luchar para ganarse la vida, que tan fácil y feliz era en su hogar. Ella, por su parte, abandonando su carrera, había defraudado las esperanzas de sus padres, que tantos sacrificios llevaban realizados para costearle los estudios...

Tardó largo rato en darse cuenta de que la campanilla de la puerta estaba sonando insistentemente. ¿Sería Carlos que regresaba? Se levantó de un salto y trató de arreglar el desorden de sus cabellos y de borrar de su rostro las huellas del llanto.

Tal vez Carlos le traía una buena noticia.

Continuaban llamando con impaciencia.

"Si fuera él, abriría con su llave — pensaba. — Aunque a veces suele olvidársela."

Se miró nuevamente al espejo y corrió a abrir.

XXI

Quedó desagradablemente sorprendida al verse ante el señor Sargent.

Lo hizo pasar, contrariada de que la encontrase tan desarreglada y con la casa en desorden.

—Mi querida niña — le dijo en tono paternal, — veo que ha estado usted llorando..

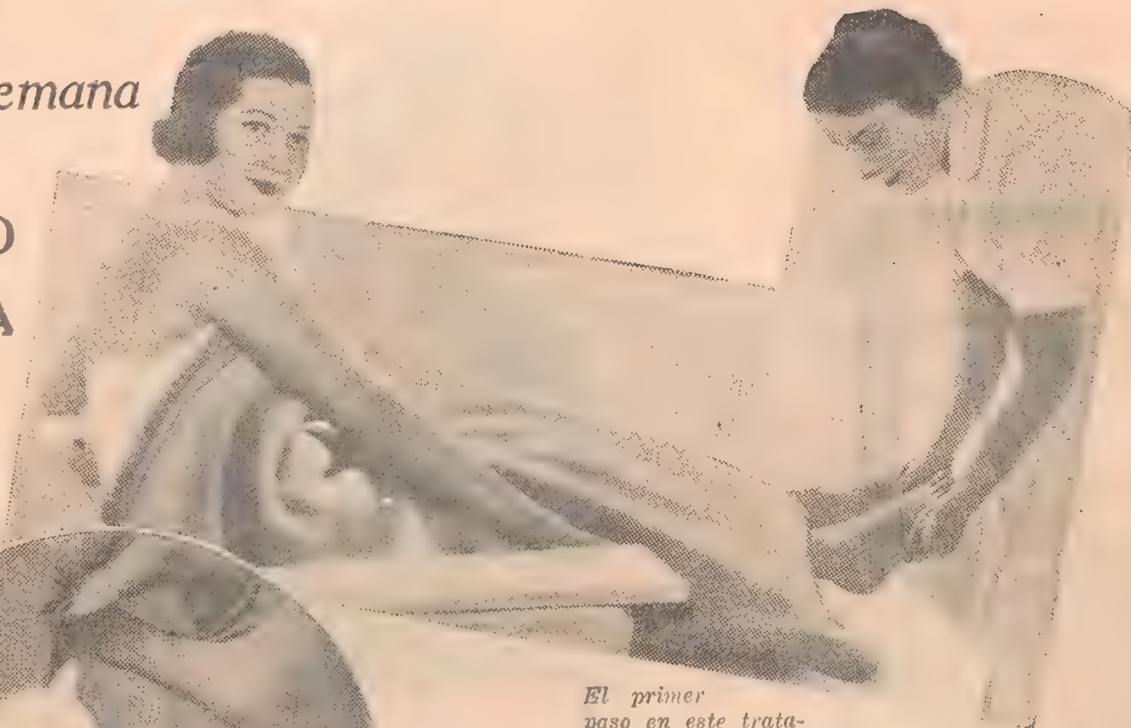
El anciano depositó sobre la mesa su cartera de papeles de negocios y tomó asiento en el sillón que le indicó Lilí. Ella se dejó caer en otro, tratando de asumir una actitud serena.

"Si piensa — decía para sus adentros — que voy a disculparme por mi desaliño y por mis lágrimas, (Continúa en la página 46)

Una Clase de Belleza por Semana

Por JOSEFINA HUDLESTON

NOVEDOSO TRATAMIENTO de BELLEZA que COMIENZA en los PIES



El primer paso en este tratamiento de belleza consiste en un buen masaje en los pies, con una cantidad generosa de crema.

UNA famosa especialista de belleza en Nueva York está poniendo muy de moda un tratamiento para la belleza del rostro que comienza con masajes en los pies. Poco debe sorprendernos, entonces, que mujeres con pies cansados y rostros tristes y fatigados vayan a este salón donde pueden dormir mientras que una experta masajista manipula los veintiséis huesos de los pies.



Se envuelve un pedazo de algodón mojado en tónico astringente alrededor del palmeador, y se enfría lo más posible con un poco de hielo.

Otra masajista, conocedora de los nervios faciales y de la columna vertebral, les da su debido masaje produciendo el mismo efecto descansador.

Mis lectoras, con seguridad, se preguntarán: ¿Por qué esta especialista en belleza comienza el tratamiento con los pies? La respuesta es muy sencilla. Ella sabe que un zapato que no nos calza bien marca el rostro con líneas y arrugas, dándole un aspecto de cansancio, del mismo modo que el acostarse tarde todas las noches o trabajar demasiado. Cuando los pies se cuidan con esmero, las comisuras de la boca se levantan, los ojos parecen más brillantes y el mentón se yergue dando a la expresión del rostro un aspecto más juvenil.



Después del masaje de los pies, se continúa con los tobillos y pantorrillas.

No siempre es el poco cuidado de los pies lo que marca las líneas faciales. Una postura incorrecta hace que la columna vertebral pierda su alineación y, por consiguiente, pesa demasiado sobre los pies y sobre ciertos músculos de las piernas. En realidad, el caminar mal es lo que fuerza los dedos, la planta del pie y los tobillos a llevar balanceando un cuerpo demasiado pesado. Y esto a su vez reacciona en los músculos y nervios de las piernas, reduciendo el vigor de los músculos y nervios que menos trabajan, especialmente aquellos del rostro y del cuello. Una postura correcta, ya sea sentada, de pie o caminando, permite que el peso del cuerpo esté bien distribuído entre todos los músculos y nervios.



Para terminar, se repiten veinticinco veces los movimientos indicados en el artículo.

Ahora bien, el masaje de los pies y piernas (y este artículo trata casi por completo sobre eso) descansa los nervios más importantes de esas partes, haciendo a su vez que los músculos faciales reaccionen favorablemente. Borra las líneas superficiales del rostro antes de que se formen gruesos surcos. Es un tratamiento maravilloso, y permítanme que se lo explique.

Primeramente se quitan los zapatos, las medias, el traje y cualquier ropa interior que ajuste, y luego una se sienta sobre una silla amplia y cómoda.



Se palmean bien los músculos del cuello y hombros con el palmeador envuelto en algodón mojado en tónico.

La masajista de los pies y piernas extiende entonces una espesa capa de crema sobre un pie. (El otro queda envuelto en una frazada de lana.) Los dedos son estirados y masajeados cada uno a la vez. Luego la planta del pie y por último, se le dan al talón ligeros golpecitos. Luego se extiende más crema sobre el tobillo y la pantorrilla, y los diestros dedos de la masajista manipulan enérgicamente los músculos y nervios más importantes. Después se quita la crema y se salpica y se friega con agua tónica.

Una vez dado el tratamiento a un pie, se le envuelve en la frazada y se prosigue a dar al otro el mismo masaje estimulador;

terminada la operación se cubre de nuevo con la frazada.

La segunda masajista comienza ahora con su labor. Después de cubrirle a una el cabello con una toallita o banda, la crema de limpieza es extendida sobre el rostro, cuello y espalda. Agiles dedos recorren la columna vertebral, manipulando y enderezando cada vértebra. Los hombros son enérgicamente masajados, desde donde comienza el brazo hasta la punta de las orejas. Luego la recuestan a una sobre un cómodo almohadón y la parte facial del tratamiento empieza.

Comenzando sobre los hombros y extendiendo los movimientos hacia la clavícula, la masajista golpea con suavidad la senda de los músculos faciales más importante. Ella cree que si los músculos grandes y vitales están en condiciones saludables, los nervios secundarios se cuidarán por sí solos. El músculo facial de más importancia se encuentra a los costados del cuello. Se llama "platysma", y cuando se le mantiene con elasticidad, los músculos más pequeños se nutren de él y adquieren vigor; es una operación muy importante para conservar el contorno del rostro y cuello juveniles.

El masaje del rostro y del cuello no se hace con tanta energía y tan profundamente como el de los hombros y espalda. Porque el masaje sobre el cuerpo ha sido fuerte y completo y porque los músculos del rostro y cuello ya han adquirido vitalidad debido a la circulación de la sangre. El masaje facial se hace superficialmente para suavizar el cutis y borrar cualquier línea que se dibuja en el rostro.

Luego se remueve toda la crema de limpieza y se palmea agua tónica sobre el rostro. Esto quita toda la crema de los poros. Ahora se extiende otra crema sobre el rostro y la papada para vitalizar los tejidos y el cutis. Esta vez la masajista pasa ligeramente los dedos sobre estas partes, pero dando especial atención a las líneas de los músculos.

Se pasa un palmeador especial, envuelto en algodón y empapado con un astringente o tónico, sobre un trozo de hielo, y luego se palmea con él el rostro y cuello.

Las palmadas comienzan sobre el pecho y se llevan hacia arriba hasta la boca. Cuando el cuello y la parte inferior del rostro han recibido estas palmaditas heladas, se continúa del mismo modo desde el mentón hasta los ojos. En esta parte debería darse, con preferencia a las palmadas, un masaje suave. El movimiento debería comenzar en el entrecejo. Se aconseja que se palmee o masajee ligeramente veinte veces alrededor de los ojos.

Estas palmadas o masajes con el palmeador helado despiertan las circulación y envían su efecto estimulante a los músculos y tejidos.

Una vez que el rostro y el cuello han sido estimulados con el astringente o tónico helado, se usa una servilleta de papel para secar el cutis. Luego un poco de algodón mojado en agua tónica y pasado por el rostro quita la crema que podría haber quedado.

Luego se hace el ejercicio para el cuello o la cabeza. Naturalmente que esto se puede hacer en casa con los mismos resultados satisfactorios; pero es parte del tratamiento.

Primeramente, la cabeza debe darse vuelta hacia la derecha todo lo que sea posible. El mentón debe estar erguido. Luego, la cabeza se deja caer despacio hacia atrás y después se hace un movimiento giratorio muy suave hacia la izquierda. Esta posición se conserva durante una fracción de minuto cuando la cabeza está caída hacia atrás sobre los hombros, luego se gira hacia la derecha. Este ejercicio debería hacerse veinticinco veces por día.

Una aplicación de tónico para el cutis es palmeada con suavidad sobre el rostro y cuello. Los pies y piernas son masajeados de nuevo por un ratito, y una vez terminado el tratamiento una se siente nuevamente joven y llena de vigor.

Aunque una no necesite el masaje facial, el masaje de los pies y piernas resulta muy conveniente, porque despierta la circulación, descansa los pies y músculos doloridos y da al contorno del rostro y cuello un aspecto de juventud y frescura.

FIN

Yuki Naitto...
(Continuación de la página 10)

seguida, pero todo fué inútil: Yuki había recibido heridas tan graves, que murió poco después, provocando la consternación de su familia, de su novio, que la adoraba, y de los muchos admiradores que la aplaudían todas las noches.

UN COMPAÑERO LE HABIA PROFETIZADO SU MUERTE

Hace algunos años, en Bruselas, un compañero del circo había vaticinado la muerte de Yuki Naitto guiándose por las líneas de su mano. El hombre era un tanto quiromántico, y tomando la diestra de la joven, le dijo:

—Morirás, Yuki, siendo muy joven todavía...

La muchacha lanzó una sonora carcajada.

—Sí, Yuki: no te rías. Las líneas de tu mano me lo dicen. Y morirás cayéndote del trapecio.

Yuki no era supersticiosa ni creía en adivinaciones de ninguna especie. Creyó que lo que le decía su compañero era una broma y bien pronto se olvidó de la profecía que poco después resultó una trágica realidad. ¡Tantas veces había jugado con la muerte, que puede decirse que ya no la temía! Además, amaba, era joven, optimista, querida por el público... Todo le sonreía en la existencia. La catástrofe la sorprendió como si un rayo la hubiese fulminado estando bajo techo.

EL PADRE DE YUKI, HOMBRE MISTERIOSO

Los periodistas españoles quisieron reportear al padre de la artista desaparecida. Pero todos fracasaron en su intento. Es un hombre que habla un dialecto chino, ni siquiera el idioma oficial de su país, y está casado con una rusa, de quien tiene varias hijas, las cuales forman la "troupe" de acróbatas que hacían arriesgadas pruebas en el circo Price.

Aun valiéndose de intérpretes, los representantes de la prensa no consiguieron aclarar nada. El chino se ha encerrado en un formidable mutismo y nadie ha conseguido hacerle hablar. Tampoco parece lamentar mucho la suerte de su hija, y la madre, las hermanas de la infeliz Yuki y su novio son las únicas personas que lloran su muerte. El padre permanece aparentemente tranquilo... ¿Está resignado con la pérdida de su hija, o es que ha preferido verla muerta antes que sentirse abandonado por ella? ¿Se suicidó la joven, o sucedió realmente un accidente? He aquí el misterio.

El caso es que la chinita Yuki Naitto ya no emocionará más a los públicos del mundo con sus acrobacias tan originales como impresionantes. Ha muerto en la flor de la vida, cuando el amor y la fama le sonreían. Ha muerto, acaso, víctima de su propia pasión, por querer **sacrificarlo todo en aras de su amor.**

FIN



Los cuentos de MAMA NONA

LA CARTA

Nos encontrábamos todos reunidos tomando el desayuno, cuando Brígida se acercó trayéndonos una carta.

La abro, y una vez enterada de su contenido la leo en voz alta. Deseo saber la opinión de mis hijos:

"Amiga mía:

"Hace cuatro años que no abandono esta estancia. Como tú sabes, la salud de mi marido es muy mala y se resentiría aun más si yo, por no sacrificarme, le obligara a vivir en la ciudad; además, mis hijos se encuentran bien en esta libertad de que tan ampliamente gozan.

"A pesar de todas estas ventajas, hay momentos en que mi espíritu se resiente un poco por el aislamiento en que vivo, y me invade la tristeza.

"Sólo tú con tu excesiva bondad eres capaz de correr en mi ayuda. ¿Te animarías a pasar un mes en nuestra compañía?

"No he olvidado que tu familia ha aumentado, que Roque es en tu casa un hijo más, y mi invitación se hace extensiva hasta él."

Mi hijos saltaron de dicha; sólo Roque no se atrevió a manifestar su alegría, pero sus ojos lo traicionaron.

Rulito. — ¡Contestarás que sí, madre!

Señora. — No sé, hija mía. Temo que el veraneo os resulte algo monótono.

Blas. — ¡Oh! no por cierto. Hemos conocido ya muchas cosas hermosas, pero nunca hemos visto una estancia y a mí se me ocurre que esto es casi una vergüenza. Una estancia es algo así como la cuna de nuestra tradición.

"Y quizá tengamos la suerte de conocer algún gaucho viejo, de esos que saben tantas historias."

Rulito. — Y quizá veamos una yerra.

Blas. — Y una doma de potros. ¿No ves, madre, que es una vergüenza que de todo esto tan criollo sólo sepamos por lo poco que hemos leído?

El entusiasmo de mis hijos me divierte y para prolongarlo finjo indecisiones que no siento.

Blas. — ¿Verdad que responderás que sí?

Rulito. — Estarán ya grandes las chicas y seremos muchos para jugar. ¡Nos divertiremos mucho, mamita!

Roque nada ha dicho. De pronto se levanta y pasando su brazo sobre mis hombros, dice:

—Hágales usted el gusto. Seremos muy felices, y yo, que soy el mayor, cuidaré mucho de todos para que usted pueda disfrutar de la compañía de sus amigos.

—Y bien; sí, os llevaré. Saldremos de aquí la semana próxima, pero antes hay que pensar en todo aquello que os puede hacer falta para andar a caballo, y para llevar una vida agradable en aquel ambiente tan diferente al de la ciudad.

* * *

Como bandadas de pájaros salen todos del comedor. Les oigo saltar y reír y hacer mil proyectos disparatados. Nunca los vi tan alegres.

Yo contesto de inmediato a mi amiga, y cuando termino voy a

(Continúa en la página 43)



De distintos puntos de la república la gente se volcó en Mar del Plata durante los días de carnaval

Mar del Plata resultó pequeño para albergar a la muchedumbre que llegó a sus playas los días de carnaval. Los hoteles, desde el más suntuoso hasta el más modesto, se vieron excedidos en su capacidad a fin de "hacer un rincón" (para emplear la clásica frase de los hoteleros) a los veraneantes que en un solo día sumaron alrededor de cuatro mil personas. MUNDO ARGENTINO ha registrado fotográficamente diversos aspectos de Mar del Plata invadido por el contingente de excursionistas que quiso asomarse los días de carnestolendas a la primera playa argentina, consagrada ya por la voluntad popular.



En esta fotografía obtenida en la Rambla Bristol la primera noche de carnaval, puede apreciarse debidamente la cantidad de público que se dió cita en nuestro primer balneario.



Los coches dormitorios del ferrocarril fueron utilizados para alojamiento de gran cantidad de personas que no pudieron obtener comodidades en los distintos hoteles. Aquí vemos a un caballero haciéndose la "toilette" matinal en uno de los coches del ferrocarril.



Con el indumento de baño vemos aquí a uno de los veraneantes alojados en los coches del ferrocarril listo para dirigirse a la playa. Al verle así, tan solemne, se diría que desciende la escalinata del hotel.



No faltó el hombre prevenido que, según dicen, vale por dos. Cómodamente, en plena "negligée", este veraneante gusta de su "amargo", a la vez que desde la ventanilla del vagón recibe los beneficios de un baño de sol.

"Sirenas" y "Mojarritas" en la pileta del Club de Gimnasia y Esgrima de La Plata

Señoritas Luisa Bassotto, Juana Fernández y Amalia Montenegro, preparándose para una zambullida colectiva en la pileta del mencionado club.

Después del baño, las sirenas platenses se preocupan muy seriamente de dar los toques de "rouge" que el agua borró en pocos instantes.

Un cigarrillo después del baño parece resultar algo muy agradable; es lo que opinan las señoritas Alcira de Ferrari y Rosa García Alemán.

Después de haber demostrado sus aptitudes como nadadora, esta bañista coqueta mientras su toilette colocándose las sandalias.

Señoritas de Galloway, Sofía Ricci y Elida Gardella, tomando el reconfortante baño de sol en la escalera principal de la pileta



Las bañistas más chicas de la pileta del club son también las más animosas, que pasan sus largas horas ejercitándose en la natación.



Señoritas A. y E. Saiz, E. Gardella y O. Ayechu, momentos antes de darse el baño en la pileta, posando para MUNDO ARGENTINO.



Este numeroso grupo de "mojarritas" ha dibujado en el césped una original rueda, en cuyo eje se ha colocado la más pequeña del núcleo.



Señoritas de Peña, Galossi, Panero Ruiz y Paladino, en los hermosos jardines que rodean la pileta del club.

Fotos de la Mela



La señorita Ana Goya, considerada como una de las nadadoras más completas de las que frecuentan la pileta del Club de Gimnasia y Esgrima.

Este aspecto inofensivo tiene el frente de la casa de la calle French entre Brown y Alvear, en Quilmes, en cuyo interior funcionaba activamente un consultorio, atendido por el curandero Enrique Rumi, a quien la policía de Quilmes ha echado el guante y puesto por una temporada entre rejas.



El "mano santa" Enrique Rumi ha sido sorprendido mientras conversaba en su consultorio con varias mujeres del pueblo que iban a someterse a sus curaciones. El hombre para todos sus pacientes tenía una palabra de esperanza, pués él no desahuciaba a ninguno, asegurándoles que con el tiempo todos se curarían.

Enrique Rumi, el "MANO SANTA" de Quilmes





En estos bancos esperaban turno los hombres, mujeres y niños que aguardaban la palabra del curandero quilmeño. Una de las habitaciones era el consultorio, y la otra la sala de espera, donde a veces había más de cuarenta personas esperando pacientemente turno.



He aquí el escritorio del "sabio", lleno de floreros y chucherías de pésimo gusto. Pero este rincón revela bien a las claras que el curandero vivía cómodamente a costa de los ignorantes que iban a someterse a sus curaciones milagrosas. La policía ha venido a desbaratar su comodidad.

Desde hace años se viene combatiendo el curanderismo en nuestro país; pero fuerza es confesar que los explotadores de la ignorancia del pueblo medran como en sus mejores tiempos y viven embaucando al prójimo sin tregua. Recientemente se ha producido el allanamiento de una casa en Quilmes, situada en la calle French entre Brown y Alvear, donde un tal Enrique Rumi tenía un consultorio dedicado al curanderismo, y en el cual la policía quilmeña detuvo al curandero y sorprendió a más de cuarenta personas que esperaban turno para ser atendidas por este discípulo de Pancho Sierra, aquel famoso médium criollo que se decía curaba con palabras. Damos en esta página la información gráfica de la casa donde se explotaba a los incautos que iban a ponerse en manos del hombre que curaba con intervención de los espíritus.



La cocina del curandero siempre estaba bien provista de buenas viandas y botellas de vino, las cuales se encargaban los mismos clientes de hacer llegar a las manos del "hermano". De esta manera el "mano santa" tenía resuelto el difícil problema de la subsistencia.





Este es el escritorio del curandero, lleno de flores, papeles y cuadros de santos. La policía, al hacer el allanamiento, lo ha revuelto todo, y por eso aparece con este desorden, del cual es enemigo su dueño, quien tenía todo muy bien arreglado, como si se tratara de un honesto profesional que es esclavo del método.

El busto que aparece sobre esta mesa y el cuadro de la derecha representan a Pancho Sierra, de quien se decía discípulo Enrique Rumi. Con estas imágenes quería impresionar las pobres mentes incultas de las gentes que entraban en su casa a dejar los pocos pesos que traían consigo.

Fotos de la Fuente.

AUNQUE PAREZCA MENTIRA...



Los tripulantes de este junco anclaron, en circunstancias en que había marea alta, en algo que al principio les pareció un poco duro. ¡Y cuál no sería su sorpresa cuando a la salida del sol, ya baja la marea, se encontraron haciendo equilibrios en la cima de una roca, a seis metros de altura sobre el mar!



El ingeniero italiano Ferraguii asegura la posesión de un automóvil cuyo motor funcionará a fuerza de carbón y leña. Aquí se le ve en la parte trasera del novedoso coche.



Aquí, sobre las tumbas colocamos flores como recordación a los muertos. En cambio en Katanga (Africa), con un sentido tal vez un poco más práctico de las cosas, aunque menos romántico, ponen los objetos que el difunto acostumbraba a utilizar. Aquí por ejemplo, han colocado sus sombreros y los recipientes en que comía.



En Alemania se halla muy difundida la transmisión radiotelefónica del canto de los pájaros en los bosques. Al efecto, en sitios estratégicos son colocados receptores con los implementos necesarios. Aquí aparecen tres personas disponiendo las instalaciones para la transmisión.



En Inglaterra ha sido bien recibida la idea de colocar en los paracaídas que utilizan los aviadores una poderosa linterna a fin de que, en caso de forzoso descenso nocturno puedan ser avistados fácilmente, lo que servirá para facilitarles la ayuda necesaria. Puede advertirse aquí cómo se dispone el foco de luz.

EL CARNAVAL HA MUERTO ... ¡VIVA EL CARNAVAL!...



No faltaron los trajes de fantasía en los bailes del Club Atlético Ferrocarril Oeste; tampoco faltaron las chicas lindas, que prefirieron presentarse a las fiestas con el vestido de gala, como si el carnaval no existiera.



Tres interesantes figuras femeninas, con trajes de la época, que lucieron su elegancia en uno de los bailes del Club Ferrocarril Oeste.



En las pistas de bailes del Club River Plate pudo desarrollarse ampliamente el programa carnavalesco, que consistió en una sucesión de grandes bailes al aire libre. He aquí a dos gitanas asediadas por unos cuantos aspirantes.



Esta manola ha sido sorprendida en el Club River Plate. Como es natural, su cara larga se justifica por la larga espera a que la tiene sometida el galán que no llega y que ha de andar confundido entre la mascarada.



Los salones de la quinta que ocupa el Banco Hipotecario en San Fernando, se vieron, en las noches de carnaval, "extraordinariamente" concurridos, según lo demuestra en forma elocuente esta fotografía. ¿Las máscaras?... En los corsos...

La tradición de los bailes de máscaras en el teatro de la Opera se perpetuó en las reuniones del último carnaval. He aquí un grupo de concurrentes, con originales indumentarias, que contribuyeron al éxito de la fiesta.

En la sala del Colón, donde los bailes del carnaval democratizaron la sala, se vieron muchos pajes tan lindos y atrayentes como éste que aquí aparece muy solitario y muy sonriente, dispuesto a divertirse toda la noche.



En el Club Atlético San Isidro, punto de reunión de calificadas familias, los bailes de carnaval tuvieron el atractivo del "negligée"; las niñas se vistieron de gala, pero los jóvenes optaron por el fresco y democrático terno de "palm beach".



El corso de Belgrano tiene bien ganado prestigio de ser uno de los que cuentan con la predilección del buen público. Este palco demuestra el interés con que las niñas de aquella zona reciben el carnaval.



Estas gitanas tuvieron en jaque a los concurrentes al baile del Club Argentino, que reunió en sus salones a un crecido y calificado número de familias conocidas.



Abundaron las chicas lindas y elegantes en los bailes del teatro Pueyrredón, de Flores. También se hicieron notar algunos mascarones graves, mezcla de egipcios y jinetes, como el que aquí aparece fotografiado en el conjunto.



En la avenida Costanera el corso tuvo carácter oficial. Los palcos presentaron animado aspecto y, según refieren las crónicas, se jugó con entusiasmo y animación durante las distintas noches del carnaval.

ESTE CARNAVAL HA HECHO REVIVIR LA



La "víctima" aparece totalmente cubierta por una formidable descarga de baldes de agua. Se trata de un galán, a quien tienen totalmente acorralado todas las mujeres del barrio, que ejercitan su venganza para aplacarle sus ardores.



En el acecho, con una cacerola, dispuesta al ataque por sorpresa contra el enemigo que ha de hallarse oculto detrás de la reja. La atacante está provista, según se ve, por una capa de goma, que ha de preservarla de los efectos del agua.

El juego con agua en carnaval fué prohibido cuando los excesos llegaron a colmar la medida de lo razonable. Es posible que esta medida determinara un cambio brusco en la animación de los carnavales porteños, reducidos a los lanzamientos de serpentinas y papel picado. Pero a pesar de las disposiciones policiales, en Buenos Aires se juega con agua al carnaval. Claro es que no será posible hacerlo en las calles céntricas de la ciudad, pero lo evidente es que en los barrios familiares e íntimos de los extremos, el juego con agua tiene entusiastas cultores que se arman de baldes, cacerolas y jarros, para iniciar con ellos ardorosos combates vecinales. El conjunto de fotografías que aparecen reunidas en la presente página, muestran distintos momentos de un combate con agua que tuvo por escenario una de los calles familiares de nuestra metrópoli.



Un accidente en medio de la batalla: uno de los combatientes ha caído, a causa de un resbalón y el otro acude presuroso en su auxilio para salvarlo del posible ataque que le están preparando los adversarios, empeñados en llenar los baldes en la canilla del patio, la más a mano.



El atacante avanza con su carga repleta; la defensa parapetada en la puerta, se apresura un tanto en arrojar el contenido de su cacerola, que cae al suelo. No es difícil vaticinar la eficacia del ataque, que sabe reservarse para el mejor momento.

VIEJA COSTUMBRE DE JUGAR CON AGUA



Otro momento en plena acción; desde el medio de la calle un vecino ataca con puntería a las de enfrente, que han agotado sus municiones... Una idea de la intensidad de la lucha acuática la da la cantidad de agua que corre por la zanja de desagüe.



Listas para repeler un ataque. Las tres vecinas, armadas de sendos baldes, aguardan la presencia de los adversarios, que no aparecen. A lo mejor, de puro confiadas, las damas no suponen que el ataque les llegue por retaguardia, y queden hechas una sopa.



Un avance peligroso: el atacante llega hasta la misma trinchera ocupada por tres damas que aguardan su llegada. El encuentro se ha producido y se ha hecho una descarga simultánea de dudosa eficacia. El miedo ha hecho vacilar el pulso de los combatientes.



Llegaron los atacantes por uno de los flancos y la emprendieron a baldazo limpio, recibiendo también en la refriega su correspondiente parte. La cuestión es ensoparse hasta los huesos, que el carnaval parece exigirlo otra vez así.

Fotos de Bejarano.

Las GRANDES EXTRACCIONES DE S… LA EFICACIA DEL L…

Esta fotografía, que parece de una región antártica, ha sido obtenida en el lago de Epecuén, donde abunda la sal que se destina a fines medicinales. Las huellas que se señalan en la fotografía han sido producidas por uno de los carros recolectores que se dedican a recoger la sal, que se paga a razón de setenta centavos el metro. Según se afirma, las aguas del lago Epecuén están perdiendo su eficacia, debido a las grandes cantidades de sal que se extraen diariamente. Y si las cosas continúan así, se llegará a la extinción completa de la sal, y, por consiguiente, el lago de Epecuén perderá su atracción para los miles y miles de enfermos que van en busca de un remedio para sus males a las aguas del lago famoso.



Este es el tipo de vehículo que se emplea para la conducción de la sal hasta los carros recolectores que han de llevarla luego hasta la estación de embarque. Son, como puede verse, el tipo de las viejas rastras criollas, tan en uso en las chacras para el transporte del maíz o del trigo hasta los galpones.



Los obreros forman pequeños montículos, que son luego colocados sobre rastras que circulan sobre la extensión salitrosa, lo mismo que lo hacen los trineos sobre la nieve. La sal ha sido acumulada por el viento en la orilla y es necesario entonces aprovechar la baja marea para extraerla.

Hasta los menores se emplean en los duros trabajos de extraer la sal de la laguna. Descalzos, y sometidos a los rigores de la estación estival, trabajan sin tregua en su afán de ganar unos pocos centavos. ¿No sabe estas cosas el Departamento de Trabajo de la provincia de Buenos Aires? La prueba documental la tiene en la presente fotografía, en la que, junto a una persona mayor, aparecen dos menores.



SAL, ESTAN PERJUDICANDO LAGO EPECUEN





La sal que se extrae de la laguna forma en la orilla estas montañas, que luego conducen los carros hasta el lugar donde son embolsadas. Difícil es establecer con precisión las grandes cantidades de metros de sal que se extraen diariamente, sin que se trate de contener esta obra destructora de una positiva riqueza.

Como el agua dulce se encuentra a una distancia considerable y la naturaleza del trabajo despierta una sed insaciable, los pequeños trabajadores que se emplean en tan rudas faenas, beben en damajuanas forradas en cuero, porque ésta es la substancia que la sal menos corroe.

Aquí vuelve a repetirse el caso de otros menores empleados en la ruda labor de trabajar en aquellas salinas del lago Epecuén. El trabajo debe hacerse con celeridad y sin treguas, para evitar que la marea impida la extracción de sal en la forma que ilustra la presente fotografía.

Fotografías de Press Graphic News

MAR DEL PLATA, LA PLAYA DE TODOS



En los pasados días de carnaval, Mar del Plata ofreció un aspecto pocas veces visto. Su capacidad normal se vió colmada hasta el exceso; en los hoteles, en las pensiones y hasta en los propios vagones del ferrocarril, los alojamientos resultaron escasos. El espectáculo que ofreció la orilla del mar a la hora del baño, fué también extraordinario. Se calcula que en la playa Bristol más de veinte mil personas se hallaban reunidas a mediodía, disfrutando de los encantos del veraneo. La presente fotografía, obtenida desde la terraza del Club Mar del Plata, da una idea de la enorme cantidad de bañistas que se congregaron en las pasadas fiestas en aquel balneario, que es ya, por derecho de conquista, el balneario de todos.

Fotografía de Bay Baudoin

LOS SOBRINOS DEL CAPITAN

Por KNERR





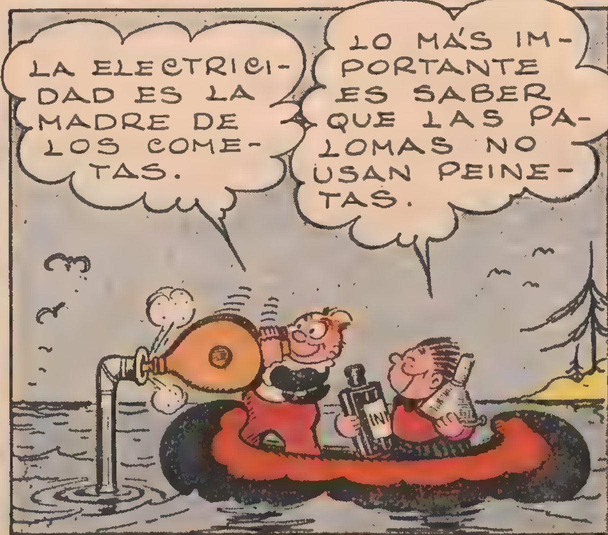


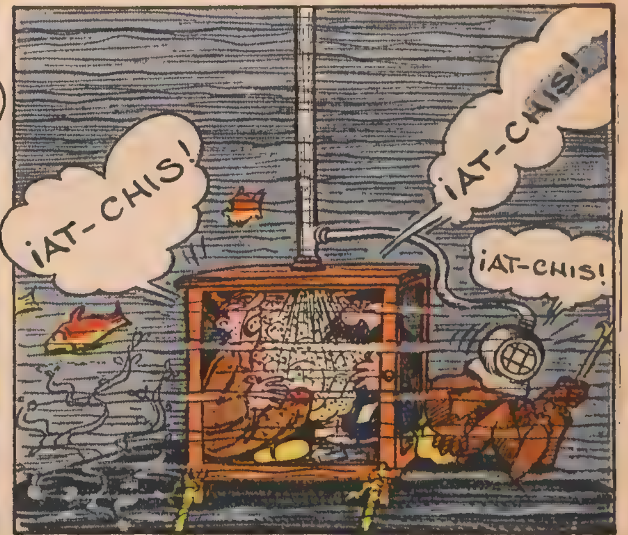


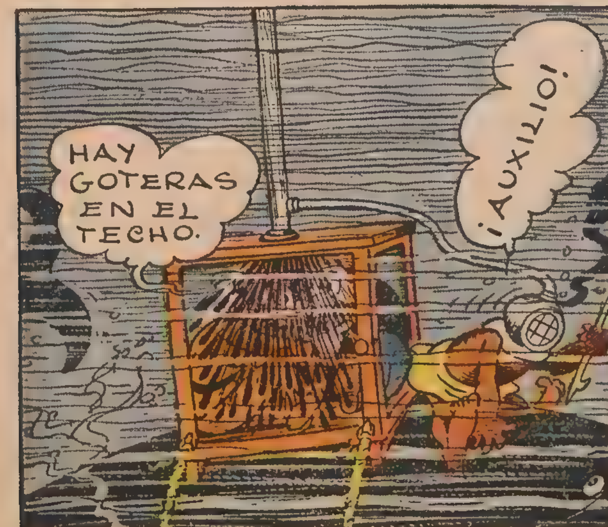


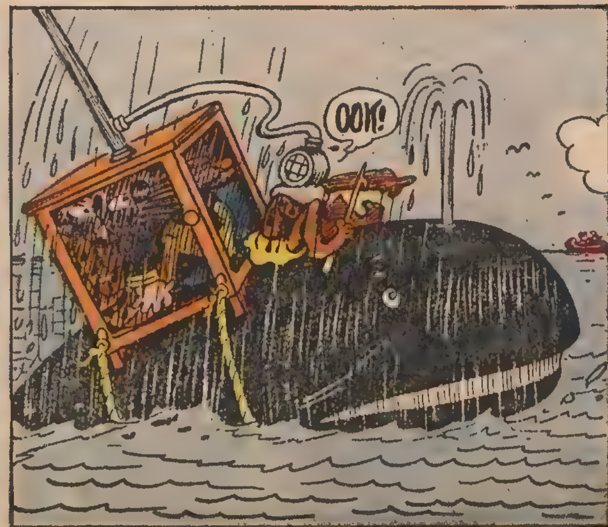














¡DOMANDO FIERAS!...

Los primeros síntomas de tormenta bastaron para que prevaleciese en las fieras una gran nerviosidad. Yo casi no obedecían a mis órdenes y hube de realizar grandes esfuerzos para contenerlas firmes en sus puestos.

Las tormentas constituyen, sin duda, un grave peligro para los circos en los momentos en que las funciones se están realizando. Los factores que en tal situación obran en detrimento del circo son varios y de gran importancia. Pero hay uno que prevalece por sobre todos los demás, y es el constituído por las propias fieras. Es intenso el pánico que frente a una de estas tempestades experimenta una fiera. Su terror es tal, que pierde por completo el control de sí misma, y de no tener a su lado un hombre cuya influencia mandataria obre decisivamente sobre ella, sembraría en torno suyo la desolación. Por eso el propio Clyde Beatty ha elegido este aspecto de la vida circense por considerarlo harto interesante y emotivo.

COMO manejar a las fieras en caso de tormenta, es una de las principales enseñanzas que todo domador de fieras debe adquirir. Si se considera que algunos animales enloquecen o poco menos por el pavor que ella les causa, es necesario que él descubra en ellos esos signos característicos de inusitada nerviosidad que en todos se advierten antes de que la tormenta se desencadene. La dificultad más grande que encontré en mi vida la afronté, no hace aún mucho tiempo, en junio de 1932. Fué durante una matinée, al comienzo de la cual no advertí en el cielo nada que me hiciese suponer un cambio tan grande.

Empezó la función y, como de costumbre, ésta se desarrollaba sin dificultad alguna. Estaba trabajando cuando de improviso una gran parte de la pista se obscureció. De inmediato pude escuchar el ruido de las sacudidas de las lonas y un ligero movimiento oscilatorio en el poste central. Empero, como no podía quitar ojo de encima de las fieras, me conformé con esos detalles y seguí actuando. Fué notable la reacción experimentada por aquellas fieras en el mismo instante en que la pista se obscureció. Todas, sin excepción, tuvieron la pronta intuición de que algo anormal ocurría.

Esto bastó para que prevaleciese en ellas una total nerviosidad. Poco a poco aquel estado de cosas fué en aumento hasta llegar a su punto culminante. Las fieras ya casi no respondían a mis órdenes. "Linda", una leona con la que en aquellos momentos actuaba y que era sumamente dócil, acabó por inquietarse también. Estaba caminando sobre la esfera de madera, pero a cada instante vacilaba, como si temiese algo. Yo trataba desesperadamente de salvar la situación. El público que me rodeaba era numeroso y la función sólo podía ser suspendida en caso de extremo peligro.

Mis órdenes eran imperiosas. Chasqueaba el látigo y mis brazos incitaban al animal a no abandonar su puesto. Pero por más que hice no pude evitar la caída. Un trueno fortísimo asustó tanto a "Linda", que perdiendo completamente el equilibrio cayó al suelo junto con la esfera. La situación se complicaba. Si yo renunciaba a proseguir el acto con "Linda", el público acabaría por creer que en verdad algo muy extraño ocurría y que la tormenta significaba para todos un grave peligro.

Fueron enormes los esfuerzos que hube de realizar para lograr que nuevamente "Linda" subiese a la esfera, pero al fin lo conseguí. A todo esto la tormenta parecía ya muy próxima. Las lonas eran sacudidas cada vez con mayor violencia y las luces oscilaban bastante. De fuera venía el rumor sordo del viento huracanado y el público comenzaba ya a dar muestras de su inquietud. El palo central, que sostenía casi totalmente la armazón de la carpa, se movía





Cuando sus ocupaciones le permiten algunos días de descanso, Clyde Beatty se dedica a la aviación, aunque confiesa que se siente más seguro en tierra, al lado de un tigre, que en los aires piloteando un aeroplano.

Una serie de EMOCIONANTES ALTERNATIVAS *en la* AZAROSA VIDA *del* GRAN DOMADOR CLYDE BEATTY

peligrosamente. Pronto comenzaron a caer las primeras gotas que medio minuto después se convirtieron en verdaderos chorros de agua, a juzgar por el ruido característico que se escuchaba.

A todo esto algunas de las fieras habían abandonado ya sus pedestales y se amontonaban en uno de los lados de la pista, frente a mí afortunadamente, rugiendo en tono amenazador. Decidí terminar aquello, pues a juzgar por las perspectivas era demasiado peligroso mantener a los animales en la pista. Instigué a "Linda" para que apurara su marcha, cosa que hizo no sin muchos momentos de gran nerviosidad. La tormenta continuaba desencadenándose cada vez con mayor fuerza, sacudiendo por momentos la carpa entera que yo sabía muy bien asegurada. Afuera, algún soporte debía haberse roto, pues veíase un trozo de sobretoldo completamente destrozado por donde entraba el agua.

Entonces no dudé más.

—¡Abran las puertas de salida! — grité a mis ayudantes.

Me había parecido que era aquel el instante preciso pero me equivoqué. Las fieras, demasiado excitadas o demasiado temerosas, no se animaban a avanzar. Preví el peligro. ¿Qué sucedería si por cualquier circunstancia los animales cobraban su libertad y ganaban las plateas para mezclarse con los espectadores? Aquello acabaría por convertirse en un verdadero circo romano como el de la época de Nerón.

Me acerqué a ellas dispuesto a jugarme una carta demasiado brava. Cinco, diez, veinte veces chasqueé mi látigo y otras tantas apreté el gatillo de mi revólver. Algunas comenzaron a dispersarse y hacia ellas dirigí mi ataque. Sabía que bastaría con que dos o tres se encaminaran a las puertas de salida para que el resto las imitara. Pero no querían dejarse dominar. Se volvían hacia mí abriendo la boca y mostrándome sus peligrosos dientes en señal de advertencia.

Mientras, el público, ya previendo el peligro que corría, demostraba sus temores. Gritos femeninos me indicaron que había comenzado los desmayos y voces de hombres me exigían que finalizara pronto con todo aquello. De vez en cuando veía pasar ante mis ojos las chaquetillas rojas de mis ayudantes que trataban de imponer calma, asegurando que no había riesgo alguno. Pero era inútil. Los gritos hostiles iban en aumento, y yo, con la presión nerviosa por un lado y el cansancio físico por el otro, me debatía para sacar a las fieras de la pista y llevarlas al conducto subterráneo que habría de conducirlas a sus jaulas.

Afortunadamente una de ellas, un tigre, se desprendió del grupo y velozmente enfiló en dirección a su túnel. Bien pronto otro lo siguió. Mi látigo continuaba chasqueando, tratando de inducir al resto de los animales para que siguiesen el mismo camino. Y por fin, después de diez minutos de ardua lucha, todos echaron a correr, atropellándose desesperadamente esta vez por ser los primeros en salir. Exhausto bajé los brazos. Instantáneamente cesaron los gritos del público y una cerrada ovación saludó la desaparición del último animal en la pista. Todo cuanto después se hizo fué poco menos que cosa fácil. Renacida ya la tranquilidad, todos colaboramos y en pocos minutos los desperfectos fueron arreglados.

El recuerdo de aquella tarde horrible permanecerá imperecedero en mi memoria. Por largos minutos el crédito del circo en que actuaba reposó sobre mis hombros. Pues ¿qué público habría asistido después a las representaciones de un circo cuyo domador había permitido que las fieras se avalanzaran sobre los espectadores? Por eso las tormentas, sobre todo las que vienen precedidas de fuertes golpes de viento, constituyen un grave peligro durante las representaciones. Las carpas, que por bien construídas que sean, no pueden tener la resistencia de un edificio, pueden abrirse en cualquier momento. Las fieras, con su acendrado terror por esas anormalidades de la naturaleza, siembran el pánico con su conducta por demás atemorizadora. Y todo así contribuye a que una de esas tempestades pueda dejar un jalón rojo que obligue al circo a disolverse por carecer del natural crédito, en cuanto a la seguridad del público se refiere.

FIN

Rulito y Blas

(Continuación de la página 28)

las habitaciones de mis hijos. Rulito y Blas escriben; Roque ha sacado las valijas y puesto en orden los objetos del nécessaire (como siempre, trata de hacerse útil).

—¿Qué escribes, Rulito, con tanto afán?

Rulito. — Estamos haciendo la lista de todo lo que hemos de comprar antes de irnos.

Señora. — ¿Y qué es lo que deseas?

Rulito. — Yo quisiera un breach y unas botas muy lindas de charol y un látigo, y...

Señora. — ¡Sí, sí, y la tienda entera, además! ¿Y tu lista, Blas?

Blas. — Eso mismo, mamá, y, además quisiera unas boleadoras y un lazo muy largo, muy largo para aprender a enlazar.

Señora. — Y tú, Roque, ¿qué deseas?

Roque. — Yo tengo siempre mucho más de lo que hace falta.

No quiero insistir. Roque tendrá lo mismo que Blas; por algo son hermanos en el afecto; pero quiero que ello sea una sorpresa.

Rulito. — Hace tanto que no vemos a esos amiguitos que casi los he olvidado. Irene y Cholita se llaman las chicas, ¿verdad?

Blas. — Sí, y además hay un varón que se llama Carlos y allí también hay un niño llamado José, que como tú, Roque, no tenía padres y encontró un hogar.

Señora. — No, hijos míos; José en nada se parece a Roque. Es esta una historia de ingratitud que nunca os conté para no entristeceros. Voy a referírosla desde el comienzo para que Roque también la conozca.

"Vivían mis amigos en una amplia casa en Palermo, y muy cerca habitaba una familia que había recogido a una criatura que contaba apenas diez años. En aquella casa le obligaban a trabajar en toda clase de menesteres; a veces los menos apropiados para su edad, y cuando no conseguía dar gusto a sus improvisados patrones, le castigaban duramente.

"Mi amiga se indignó, y después de consultarlo con su marido resolvieron llevar el pobre niño a su casa.

"José dijo estar bajo la tutela del juez. Después de muchos trámites obtuvieron que José les fuera entregado. Y así fué cómo José llegó una tarde a casa de mis amigos, sucio y harapiento, sin saber leer ni escribir.

"Todos en aquella casa se dedicaron a enseñar al niño, que era simpático e inteligente. Junto con los niños de la casa concurrió al colegio. Juntos disfrutaron de teatros y diversiones, pero... ¡qué enorme tristeza! José dejó ver bien pronto dos enormes defectos. ¡Era mentiroso y ladronzuelo!

"Mi amiga se desesperó y luchó cuatro o cinco años contra aquellos defectos, hasta que comprendió que aquel niño sería muy pronto un mal ejemplo para los suyos. Deseosa de corregirlo y de hacer de él un hombre de provecho, solicitó y obtuvo que entrara en la marina. Y bien, ¿sabéis lo que hizo José en su primera visita? Pues robó en aquella casa todo cuanto encontró a mano.

"Las malas acciones raras veces quedan ocultas, y aquella se descubrió muy pronto. La paciencia de mi amiga estaba ya agotada, y sobre todo, su prudencia le aconsejaba que debía alejar definitivamente a aquel mal niño de sus propios hijos. Creo que mi amiga no ha vuelto a saber nada de José, a quien, sin embargo, quiso como a un hijo."

(Continúa en la página 57)



El *HOMBRE* de

SEVERO..., el perro, hacélo callar!...

Tres días sin dormir, en constante tensión nerviosa, habían enloquecido a la mujer. Afuera, seguía la tormenta. El hombre se acercó a la puerta de la choza y limpió un vidrio con la manga. Frente a él no había más que piedra. El paredón de la sierra, extendido como una ancha sombra. Arriba, el caserío blanco, enfilado al borde de la cantera, rodeaba el gran socavón como un brazalete metálico. Bandas de humo se esforzaban en alcanzar el cielo espumoso.

Severo apretó sus ojos, ahuecados en la sombra sucia de las pestañas. Un suspiro de rabia ahogó la maldición que escapaba de sus labios ante la fría potencia de la montaña, hecha telón, mostrando coloridos de un cristal de Murano.

—¡Severo, el perro..., hacélo callar!...

—Es l'agua, m'hija...; no te destapés...

Ella, con los ojos abiertos de espanto, recogía los ruidos más pequeños. Ahora imaginaba una legión de demonios silbando sobre la sierra. Demonios rojos, negros, con caras de un solo ojo, preparados para atacar la choza.

Las curvas y figuras estrambóticas del viento sobre aquella inmensidad de abandono aumentaron la angustia del hombre. Antonia, con la cabeza oculta debajo de las colchas, había cedido al martirio. En medio de la feroz barraúnda de la tormenta que parecía reírse a través de las grietas de la casa, sólo se oyó el golpeteo matemático de una gota de agua que se estrellaba sobre la tapa de una barrica. Las grúas abandonadas, las vagonetas detenidas en medio de las vías, pedían protección. El agua chorreaba con rabia sobre el hierro muerto, olvidado por los hombres de la cantera.

—¡El perro, Severo..., hacélo callar!...

Agua, agua, agua... Siempre esa repetición de amarga solemnidad en su mente trastornada. La mujer esperaba furiosa, dolorida, que la casa se abriera en dos y un torrente destruyera su hogar para siempre. Severo meneó la cabeza desconsolado. Después, tornando hasta la mesa, recogió un bizcocho abandonado sobre el hule negro. Los silbidos penetrantes e iracundos picoteaban en el tejado para desclavar el techo.

La enferma rezaba. Severo, con el bizcocho en la mano, recordaba, atontado, la escena de un número de circo que había visto hacía muchos años. La puerta de la choza se estremecía; el viento empujaba victorioso.

Una semana. Más horas todavía de soledad. Esa maldita soledad de los dos. Ella enferma, esperando el momento de la asistencia médica; él, a punto de estallar en ese grito, que nunca asomaba a sus labios y que le mordía el corazón.

Contempló su saco colgado, su sombrero manchado de tierra seca; su mujer abandonada al dolor; el retrato ese de cuando se casaron, que recién ahora volvía a mirar; una estampa cristiana, cuyos personajes le pareció haber visto otra vez en algún lugar lejano; ese armario sin lustre que amenazaba caerse; el paisaje descolorido pintado en la cabecera de la cama; la pared de ladrillos sin revocar; todo en vertiginosa andanza visual. Aquello era nuevo. Suspiró, abierto su pecho al dolor reconocido. Perdido en extrañas cavilaciones no hubiera podido retener una idea, si de pronto le hubieran interrogado sobre su pensamiento. Era el cansancio de cuatro días, amenazado por la furia de la naturaleza. Acobardado por su incapacidad de reunir una forma debajo de su cráneo, el hombre se puso a silbar. Se detuvo de golpe, cuando vió que su mujer pedía socorro con los ojos abiertos, muy abiertos, como si el huracán hecho personaje hubiese entrado en la choza.

—No te destapés... Ya'stá parando...

Y el desconsuelo le clavó sus patas envenenadas. El hombre, desconsolado, no podía solicitar ayuda de la enferma. Ella necesitaba reposo. Entonces fué cuando Severo sintió deseos de romper el vidrio de la puerta de un puñetazo. Y llorar, llorar, porque nunca lo había hecho. Sus ojos, empavorecidos ante una desgracia próxima, se habían secado de golpe. Hizo fuerza para arrancar el llanto. Pensó en su mujer, en sus padres, en todo lo que pudiera darle la gracia del llanto. Pero adentro suyo, su corazón tenía una costra.

—Severo...

—Dormí, que te hace mal...

Y la besó en la frente. Entonces sí pudo llorar el hombre.

La mujer se quedó dormida.

Severo aprovechó para entrar en la cocina y encender el fogón. Mientras preparaba el fuego observó las paredes grasientas de humo. Ahora que llegaba el hijo había que reparar la casa. Una mano de blanqueo no le vendría mal. Además, ya era tiempo de colocar ese vidrio que faltaba en la ventana.

Todo, todo se arreglaría con la llegada del hijo.

Absorto en sus pensamientos, apenas oyó que afuera, mezclado con los ruidos de la noche tempestuosa, un hombre avanzaba por el deshecho camino de ladrillos que conducía a los fondos de la casa.

Cuando se abrió la puerta, el hombre se apareció frente a Severo. Tenía todo el aspecto de un linyera. Barbudo, de cara y barba rojas, el abandono le bajaba por el cuerpo.

—¿Podría pasar la noche aquí?...

—Entre.

—Me perdí con la tormenta...

—¿Quiere algo caliente?... Tengo caña...

—Nada. Sólo quiero descansar...

—Tomaremos unos mates...

Aquel hombre no le causaba extrañeza al dueño de la choza. Además, su manera de ser no era para desconfiar. Cuando Severo tuvo todo listo, el hombre de la cara roja le indicó:

—Yo haré el mate... Atienda lo suyo... Y gracias por dejarme estar aquí, lejos del agua...



la CARA ROJA

CUENTO POR
ELISEO MONTAINE

—Mi mujer está enferma... Ahora se ha dormido...

—Vaya, vaya al lado de ella... Dejemé...

Cebando un mate, agregó:

—Este es para ella...

Severo agradeció sonriente:

—No pueden tomar mate cuando están así...

Y salió de la cocina.

—¿Quién era, Severo?

—Un pobre hombre que quiere pasar la noche en la cocina...

—¡Severo!... ¡Ese hombre!... ¡Ese hombre!...

—¡Vamos, Antonia..., que ni siquiera lo has visto!...

—¡Ese hombre... es el que se escapó!... Vos lo sabés, se escapó el miércoles. ¡Severo!

El miércoles dieron la noticia. Un preso de Sierra Chica había fugado, cubriendo la retirada a balazos.

—¡Psch!... No puede ser... Este no tiene cara de criminal...

—Es..., es..., sí..., por favor, echálo, decile que se vaya..., me voy a morir, Severo!

—¡Bueno, bueno, no te pongás así!

En la cocina, el hombre de la cara roja se lavaba una herida que tenía en el hombro. Había oído toda la conversación. Él era el fugitivo, a él lo habían herido en el hombro los guardianes de Sierra Chica, cuando escapaba. Y le dolió sentirse llamado criminal por aquella mujer que no le conocía. No lo era. Se lo hubiera demostrado. Pero, ¿acaso puede demostrar algo un fugitivo de la justicia?... Por eso se apuró a vendar nuevamente su herida, antes que entrara Severo.

Éste, sin embargo, lo sorprendió cuando abrochaba nerviosamente su saco.

—Me caí contra las piedras... Un resbalón, ¿sabe?

Y se pusieron a tomar mate. En silencio, sin preguntarse nada. Severo se sintió incapaz de interrogarle acerca de su persona. Prefirió llevarle unas colchas y acomodarle en un lugar de la cocina para que descansara. El hombre de la cara roja no hacía más que darle las gracias. Un respiro de alivio escapó de sus labios cuando Severo regresó junto a su mujer.

—¿Se fué?

—No, es un canterista de la "María Luisa"... Es de Tandil; yo lo conozco, lo vi otra vez... Por eso lo dejo pasar la noche aquí...

—¿De veras?

—Sí, Antonia... Y si querés le pongo la tranca a la puerta... Mirá...

Cuando atrancó la puerta, Antonia lo llamó a su lado.

—Quedáte así..., todavía tengo miedo... Quisiera dormir... Dame agua.

Después de beber un gran sorbo de agua, ella se recostó de nuevo. Severo, acariciándola suavemente, no despegaba sus ojos de la puerta de la cocina. La mujer, entre sueños, le recomendó:

—El kerosén, ponéle más kerosén a la lámpara... Y después tapáme los pies...

Cumplió Severo y al rato tuvo la satisfacción de ver dormida otra vez a su pobre esposa.

Eran las siete y media. El viento y el agua seguían ametrallando la casa.

Paseándose, yendo y viniendo por el estrecho espacio del cuarto, Severo fué tratando de impedir el sueño. Ya lo atacaba en prolongados bostezos, que él remataba con un gruñido. Se sentó frente a la mesa, bajo la mecha de la lámpara y descansó con la cabeza entre el arco de sus brazos.

Levantándose de improviso, como atacado por algo invisible, Severo corrió a la puerta y con el oído pegado a ella, trató de escuchar.

En la cocina, el hombre de la cara roja había vuelto a curarse la herida. Palabras confusas y un sordo y prolongado aullido, fueron escuchados por Severo.

Éste volvió a la mesa, levantó la luz y se dirigió al armario. De allí sacó una escopeta, regresando a la puerta de la cocina. Apoyado contra ella, con el arma entre sus brazos, aguardó.

Somnoliento, sentía la fatiga que le hacía doler las piernas. El despertador había ido acrecentando la marcha en sus oídos. El tic tac se ensanchaba. Afiebrado, sudoroso, bajó la mano buscando alivio en el frío del caño de la escopeta. Su imaginación iba trabajando como una trepanadora. Sentía el cráneo agujereado y por el agujero meterse un tumulto de arañas negras. Apretó los ojos y cuando los abrió, un círculo verdoso en la pared hizo lagrimear su vista. Miró al techo y el círculo verde estaba en el techo. Miró al piso y seguía la mancha de ajenjo. Hasta que un golpe de sueño le inclinó la cabeza hacia adelante.

Al otro lado, el fugitivo no dormía. Escuchaba también. Estaba seguro de todo lo que acontecía, después de su llegada a la choza. Por dos veces intentó acostarse. Pero prefirió mantenerse en pie. Así fué cómo oyó otra conversación entre los de la casa. La mujer se quejaba dolorosamente. Severo le pedía calma. Ella, a gritos, le dijo que necesitaría pronto un médico a su lado. Cuestión de horas.

Al descolgar su impermeable, Severo exclamó, como sintiendo un tajo de la cabeza a los pies, por la espalda:

—¡El Immaccio!...

El Immaccio era su primo. Un primo que veinte años atrás juró vengarse de él. Severo le robó la mujer y huyó con ella. Desde entonces, no volvió a saber nada de aquél. En una carta que recibió de Italia, lo informaban de su muerte. ¿Por qué le había asaltado de pronto la idea del Immaccio? Se la *había* traído ese que estaba en la cocina.

Perseguido por la visión, debilitado por el sueño y apenado por el estado de Antonia, se entregó. Sólo pensaba que el hombre de la cara roja había venido como un mandato del pasado.

"No, no... no es él... Además lo hubiera conocido pronto..."

Pero... ¡maldito forastero que le trajo el recuerdo!... Y ahora que iba a ser feliz enteramente. Feliz después de veinte años en las canteras, hecho una bestia de carga. Veinte años oculto *con* su mujer, pobres, cuidando el pan hora por hora y la vida también. Porque el Immaccio había jurado por la "Vérgina"...

Dejó el impermeable y otra vez, con la escopeta lista, se acercó en puntas de pie a la puerta de la cocina.

Severo repetía "in mente": "El Immaccio... El Immaccio..."

Justamente ahora, ahora que su sacrificio exigía por derecho un día de fiesta, el recuerdo lo arrastraba a la pesadumbre.

(Continúa en la página siguiente)

¿Por qué eligió mi casa?... ¡Si hay tantas en la cantera!...

El hombre de la cara roja comprendió que debía continuar su fuga. Pero también le iba a demostrar a aquella gente que no era un criminal. Calculó la trayectoria. Desde la choza saldría cortando camino hasta el arroyo Gardey y de aquí hasta el pueblo, para dar en la plaza Independencia. Allí, aunque lo reconociera la policía, iba a exponerse a llamar un médico y enviarlo a la cantera donde la mujer de Severo necesitaba pronto socorro.

Cuando el canterista oyó abrirse la puerta de la cocina, la que daba al campo abierto, levantó la tranca que impedía el paso a su habitación. El forastero ya no estaba. Severo asomó su rostro a la ventana con ansiedad. De pronto, vió surgir la figura del fugitivo que reaparecía del fondo de una loma. Corría agitadamente, librándose del agua con una bolsa extendida sobre su cabeza. Severo apoyó el caño de su escopeta en el marco de la ventana y le hizo fuego a la sombra. Hizo en dos una palabrota por no haber podido dar en el blanco. Volvió a apuntar. Esta vez hizo el impacto. A la luz de un relámpago, vió cómo el hombre de la cara roja se inclinó sobre la tierra para levantarse después trabajosamente. Pero siguió corriendo.

Ahora el que huía estaba justamente, por la perspectiva, delante del palo del alero de la casa. Severo manejaba su arma en abanico. Hasta que consiguió alcanzarlo otra vez.

Con los labios ensangrentados de tanto apretárselos, y sudando copiosamente, junto con la última bala envió al desgraciado fugitivo una frase rabiosa, como si fuera el Immaccio el que moría, contra aquel que había venido a perturbarlo; a traerle el recuerdo amargo en el instante de su felicidad.

Adentro, Antonia deliraba:

—El perro... Severo, hacélo callar...

FIN

Rescoldo de amor

(Continuación de la página 25)

está muy equivocado."

El señor Sargent la observaba con admiración creciente. Comprendía que era una mujer de carácter, y eso le encantaba.

—¿Puedo saber la causa de su pena? — le preguntó después de un largo silencio.

—Lloraba porque Carlos ha quedado sin trabajo — contestó llanamente. No creyó necesario ocultarlo, puesto que todos se conocen en los círculos navieros y el señor Sargent no podía ignorar la noticia.

—¿Y eso le hace temer por su porvenir?

—No por el mío, seguramente — se apresuró a aclarar. — ¡Por el de Carlos!

El señor Sargent se sonrió.

—¿Tanta fe se tiene usted?

—Supongo que no ignora, señor Sargent, que cuando me casé con su hijo yo estaba estudiando la carrera lírica. Hace años que trabajo y me basto a mí misma.

—Lo sabía, en efecto.

—Bien. Ahora que le he dicho el motivo de mis lágrimas, ¿me explicará usted el de esta visita... que me hace en momentos en que sabe que su hijo no debe encontrarse aquí?

—Advierto que no tendremos dificultades para entendernos. Ha dicho usted bien. He venido porque sabía que no estaría Carlos.

Lilí conocía muy bien lo que iba a decirle el señor Sargent. Comenzaba a tener miedo.

—He venido — continuó él — para pedirle que devuelva la libertad a mi hijo.

Lilí se puso de pie, nerviosa.

—¡No soy yo quien lo retiene!

—Preveía su contestación, hijita.

Lilí volvió a cobrar ánimos.

—Es Carlos el que no quiere dejarme. Y usted lo sabe perfectamente. Por eso recurre a mí, ¿verdad?

—Así es. El muchacho no es un peón al que se le pueden ordenar las cosas.

—No lo es..., pero usted parece empeñado en que llegue a serlo. ¡Usted!...

—Por favor — la detuvo él gentilmente, — siéntese. No he venido a discutir con usted, sino a conversar...

—Sí, a convencerme de que sea yo quien lo deje a Carlos. ¡Todo porque usted tiene otros planes para él! ¿Por qué no lo deja actuar de acuerdo con sus inclinaciones? Él sabe muy bien lo que quiere: salir de las oficinas, ocuparse directamente en el movimiento de las líneas de navegación, desarrollar sus ideas acerca del intercambio comercial con la América del Sur...

El señor Sargent la escuchó pacientemente, mientras ella repetía los conceptos que tantas veces le había oído explicar a Carlos.

—Es mejor que se vuelva a su casa, señor Sargent. Estoy un poco turbada y no quisiera decirle algo de que después tuviera que lamentarse. No deseo ofenderlo porque usted es el padre de Carlos...

El señor Sargent, sin escuchar la invitación de marcharse, se quedó en su asiento y tomó calmosamente la palabra.

—Los dos queremos mucho a Carlos; pero me atrevo a asegurar que también los dos hemos obstaculizado su vida. No es más que un muchacho, mientras que usted — dijo sonriendo — es una mujer de carácter y con experiencia. Puedo hablarle a usted de igual a igual, cosa que con él no podría hacerlo.

—Usted piensa así porque es su padre. Todos los padres proceden lo mismo. También el mío cree que soy una chiquilina.

—Quizá tenga usted razón. Pero en este caso, desgraciadamente, mi creencia es justificada. Tengo que decirle algo que me duele reconocer. Carlos tiene poca cabeza. Tal vez no sabe usted que ni siquiera pudo terminar el bachillerato: no era nada estudioso. Quería trabajar en los buques; pero también de eso se cansó pronto...

—Usted pretende ahora prevenirme contra él...

—Absolutamente no. Es mi hijo, mi único hijo. Le daría mi vida si fuera necesario. Creo en él, además. Creo que algún día será un hombre de provecho. Pero, todavía no lo es...

Lilí sollozaba.

—Cuando la conoció a usted — prosiguió el señor Sargent — comenzaba a marchar bien por primera vez en su vida. Tal vez le diría a usted que no le gustaba el trabajo que yo le había asignado. Perfectamente. Hay muchas cosas que debemos hacer contra nuestro deseo. Pero hay que comenzar por el principio. Le agradan los buques. Algún día será propietario de la compañía, de la compañía más poderosa de los Estados Unidos, si los planes que tenemos con el capitán Sage se llegan a realizar...

—¿No pueden realizar esos planes sin contar con Carlos?

—Carlos tiene ideas, sí, como usted dice. Pero no está preparado para materializarlas. Sólo lo conseguirá estudiando, aprendiendo prácticamente, desde su base, todos los elementos del negocio. Carece por completo de experiencia y de preparación técnica.

Lilí sacudía la cabeza.

—Sin embargo, en la empresa de

Hojeando los últimos Libros

COMENTARIOS por ANIBAL PONCE

LUIS E. HEYSEN: "PRESENTE Y PORVENIR DEL AGRO ARGENTINO"

Editorial "Librería Peruana" — Lima

El nombre de Luis E. Heysen es familiar a los estudiantes argentinos. Desterrado del Perú por obra y gracia de una de sus tantas dictaduras, Heysen terminó en la Universidad de La Plata los estudios que había interrumpido en la de Lima. La circunstancia de haber sido elegido presidente de la Federación Universitaria de La Plata dice bien a las claras cómo era de hondo su prestigio entre las masas estudiantiles que lo acogieron como a un camarada. El hecho, además, de que su tesis sobre la cuestión agraria argentina fuese recomendada con elogio por el tribunal universitario designado para juzgarla, dice también con cuánto respeto se lo veía entre el grupo de sus profesores y de sus maestros.

Luis E. Heysen

Uno de éstos, el doctor Tomás Amadeo, pone prólogo ahora al libro de su ex alumno, y en la simpatía que se trasluce en el prefacio queda como un eco de aquellos días en que el desterrado peruano vivía intensamente nuestra vida argentina.

Si insisto sobre el pasaje de Heysen y la huella cordial que dejó entre nosotros, es para separar mejor lo que corresponde al efecto de una vieja amistad y lo que exige a la frialdad del crítico los problemas planteados por su libro. "Presente y porvenir del agro argentino" deja como primera impresión la de haber sido escrito precipitadamente. No sólo el estilo es incorrecto, y a ratos casi vulgar, sino también inoportuno por momentos. Se detiene a veces, con insistencia cargosa, a polemizar con personajes de quinto orden, y rompe a menudo la seriedad de la exposición doctrinaria con "humorismos" desventurados.

Pero más grave que las objeciones relativas a la forma son las que se desprenden del fondo de su tesis. Tal como es costumbre en el "aprismo" — y Heysen cuenta entre sus jefes más resueltos, — "Presente y porvenir del agro argentino" no olvida algunas embarulladas alusiones a la dialéctica hegeliana, con su devenir histórico y su negación de la negación... Pero como ocurre también con el aprismo, tantos nubarrones doctrinarios se desatan al final en la "garúa" más tranquila.

El señor Heysen, tras de las huellas de todos nuestros escritores, reconoce en el latifundio el rasgo económico más marcado en la realidad argentina. Atribuye a él con razón de estancamiento de la evolución nacional, y propone para remediarlo el crédito agrícola y la colonización...

"Los progresos de la patria no los obtendremos sin que nuestros labradores sean propietarios": así escribía Manuel Belgrano en los albores de nuestra revolución. Más o menos remozado es lo mismo que el señor Heysen nos propone ahora. Y no deja de ser curioso que lo que aquél había encontrado en los fisiócratas, siga resonando en este otro después de siglo y medio bajo la máscara aparentemente revolucionaria de la "tesis" y la "antítesis".

Cierto es que no otra cosa se podía esperar de una obra puesta por su mismo autor, en la primera de las páginas, bajo la advocación bien elocuente de Goethe y Henry George, de Alberdi y Haya de la Torre...

ROBERTO VALENTI: "DOMINGOS DEL TIEMPO BUENO"

Editorial "Anaconda" — Buenos Aires

Con "suave tristeza de hombre manso y sencillo", el señor Roberto Valenti recuerda en "Domingos del tiempo bueno" aquella edad dichosa en que por diez centavos se compraba la alegría. Callejuelas de Palermo con sus garabatos de carbón, sus calesitas del domingo, sus novias de trenzas largas, sus "capillas humildes como cobres de dos": a todo eso se canta en el libro de Valenti, con versos dulces y tiernos, quizá a veces sensibleros, pero de los que se desprende una emoción tranquila y limpia. "Era la vida un simple problemita de suma, como esos problemitas de primero inferior."

Aníbal Ponce

Hoyt y Wickley le habían dado empleo.

—Un trabajo sin ninguna importancia, hijita, más para llevarme la contra que para otra cosa. Y bien poco le ha durado. Ahora Carlos se ve solo. Entretanto, el capitán Sage me ha hecho una proposición para después que Carlos haya vuelto a él y arreglado sus disgustillos con Dora...

Lilí no decía nada; pero las palabras del señor Sargent no la sorprendían. Todo lo veía claro ahora. La oposición a su matrimonio se fundaba, evidentemente, en las intrigas de Dora. Era ella, sin duda, la que había influído sobre su padre para reconquistar lo que Lilí le había arrebatado...

—Es necesario unificar nuestros intereses con Sage—continuó el señor Sargent.—¡Se trata de millones! Mi sueño de toda la vida..., la felicidad de Carlos, si usted lo deja...

Lilí se sentía aniquilada por el dolor. Pidió al señor Sargent que se fuera, que la dejara sola.

El anciano se puso de pie, contemplándola con simpatía.

—Créame, querida niña, que lo siento mucho por usted...

—No tiene por qué compadecerme, señor. ¡Sé bastarme a mí misma!

—Eso no—dijo él, yendo a tomar la cartera que había dejado sobre la mesa.—Yo he arreglado las cosas de otra manera...

Lilí se sintió próxima a desvanecer.

—Debió usted esperar hasta que fuera necesario—dijo con desesperación.—Todavía no he decidido dejar a Carlos. Cuando lo resuelva, a él mismo se lo diré. ¡Entre nosotros dos..., entre nosotros dos solamente!...

No pudo proseguir. Se puso a llorar convulsivamente.

El señor Sargent le puso las manos sobre los hombros.

—Mi querida niña..., lo siento en el alma. ¿Carlos no le ha dicho nada?... ¿No sabe que ayer su matrimonio ha sido anulado?

(Continúa en el próximo número.)

¡HOLA!...
¿Con quién hablo?



CHICHO.—*...Pero por lo menos dígame si se llama Marta.*

MARTA.—*Pues bien, me llamo Marta, ¿y con eso?*

CHICHO.—*¿Y se obstina en no decirme nada más?*

MARTA.—*Hace tres días que el que se obstina en llamar es usted, sin acordarse que no tengo el gusto de conocerlo.*

CHICHO.—*¿Jamás ha intentado acercarse a un hombre sin conocerlo?*

MARTA.—*Jamás, y no sé por qué le doy tantas explicaciones.*

CHICHO.—*De puro buenita que es.*

MARTA.—*No, es porque temo que mañana llame otra vez y prefiero terminar hoy mismo con el asunto.*

CHICHO.—*Este puede ser un gran asunto.*

MARTA.—*No me tome el pelo: dije "asunto" porque no me salió otro término.*

CHICHO.—*Bueno, no haga cuestión de palabras.*

MARTA.—*¿Quién es usted? ¿Qué quiere? ¿Qué se propone?*

CHICHO.—*Hacer de usted una chica sincera.*

MARTA.—*Pero, ¿cómo se atreve?...*

CHICHO.—*Hace un minuto me dijo una mentira.*

MARTA.—*¿Qué mentira?*

CHICHO.—*Que nunca había buscado el acercamiento con ningún hombre desconocido.*

MARTA.—*Y es verdad.*

CHICHO.—*Haga memoria.*

MARTA.—*¡...!*

CHICHO.—*Su silencio es elocuente.*

MARTA.—*Hable, por favor.*

CHICHO.—*¿Usted lee "Mi barrio"?*

MARTA.—*¿La revistita?*

CHICHO.—*Sí, la "revistita".*

MARTA.—*Alguna que otra ha caído en mis manos.*

CHICHO.—*¿Y usted escribió al "Consultorio matrimonial"?*

MARTA.—*¡Qué esperanza! ¿Por quién me ha tomado?*

CHICHO.—*Por una criatura curiosa, nada más; no se alarme.*

MARTA.—*¿Quién se lo dijo?*

CHICHO.—*Confiesa, ¿eh? Me lo dijo mi hermanita, me contó su broma.*

MARTA.—*A lo mejor me cuesta. Empieza a gustarme el muchacho que me contestó. Pero... ¿quién es usted?*

CHICHO.—*El hermanito de una de las tantas chicas a quienes le contó su humorada.*

MARTA.—*¡Ja, ja, ja!*

CHICHO.—*Y también soy un chico de buen humor.*

MARTA.—*¡No diga!*

CHICHO.—*Tienes que ser más humana en tus frases, más tiernas, más...*

MARTA.—*¡Señor!*

CHICHO.—*Señor... Jorge.*

MARTA.—*¡Jorge!*

CHICHO.—*¡Marta!*

MARTA.—*¡Qué juego peligroso!*

CHICHO.—*Y todo por escribir a una "revistita".*

MARTA.—*¡Bendita sea!*

CHICHO.—*Y no la olvidaremos al suprimir nuestras confidencias por escrito.*

MARTA.—*¡No! ¡Bendita sea!*

LA TELEFONISTA INDISCRETA.

Riendas de lujo
(Continuación de la página 13)

—¡Cómo! ¿Y esas argoyas?

—Está mirando mal, máma. No son argoyas.

—Y entonces, ¿qué?

—Anillos de compromiso, máma...

Doña Cándida no rodó por el suelo porque estaba sentada.

Entraron de lleno en el asunto por el cual ambos, sin decir nada, descaban encontrarse.

—Este... ¿Y esos anillos son tuyos?

—Uno sí; el otro es pa Celina.

—¿Quiere decir, entonces, que te vas a comprometer?

—Mañana o pasau, máma, y pa casarme dentro'e muy poco...

—¿Ansina que no querís escuchar mis güenos consejos y que tampoco te paran las cosas que de Celina dice la gente?

—Sus consejos los apreceo, máma; pero lo que dice la gente me tiene muy sin cuidao, porque son tuitas mentiras.

—Eso de que son mentiras habrá que verlo. Yo sé d'ella verdades verdaderas, y si te interesan, son tuyas.

—A ver, empiece. Tantas verdades d'esas he oído...

—Mirá que me agencié una grandota, ¿eh?

—Güeno, güeno. Vaya largando...

Y una a una fueron saliendo de la boca de doña Cándida todas las torceduras que dejaban malparada la conducta de Celina.

Eudoro, al tiempo que la escuchaba, cosía sus riendas; pero tan pertrechada estaba su madre, que poco a poco fué despreocupándose de las manos para dedicarse por entero a sus orejas.

Por ahí le nombró a un tal Catalino que al criollo lo tenía muy preocupado.

Al sentir ese nombre se encrespó:

—¡Celina no tuvo nada con ése, máma!

—Paráte, que ayer, visitando a la madre'e Catalino, que es muy amiga mía, me mostró una carta que hace un tiempo le mandó tu novia; carta ande le pide que le aconseje a su hijo que la salve.

—¿Que la salve de qué?

—De alguna vergüenza sería. Y parece que Catalino la salvó encomendándola a una comadre que vive en el pueblo, a dos cuadras de la plaza, en una casita sin revocar, mesmo al frente de la comisaría.

—¿Y?

—Que me fuí hasta allá. No te extrañés; ¡yo por vos hago otro que cinco leguas!... Y güeno, que hablé con ella.

—¿Qué le dijo?

—¿Ella o yo?

—Ella.

—¡Ah! Este... De gratis no me quería largar prenda; pero yo, que soy mujer precavida, me vine con diez pesos menos, pero también con un secreto de tu novia.

—¿Qué supo, máma?

—¡Que la salvó! Si querís saber cómo, ensiyá, y ya sabés: una casita sin revocar, mesmo frente a la comisaría.

Y levantándose, agregó:

—Y áhura, yo me voy a fritar esta grasa, y vos hacés con esos anillos lo que te dé la gana. Comprometete o tirálos.

A Eudoro se le "murieron" las manos. Cayeron al suelo las riendas y clavó con rabia la lezna en el banco.

Pensó en Celina y escupió. Miró al campo, empuñó la lezna, tomó las guascas y se puso a mirarlas.

Y aquellas riendas que nacieron sencillas, "pampas" en su intención, se convirtieron en prenda de lujo, gracias a un violento proceso librado en el alma del paisanito.

Partió de un tajo los cuatro tientos, y después los unió de dos en dos, usando los anillos como argollas.

Al rato se le acercó su madre. Eudoro, canturreando, cosía, y ella, al ver el destino que su hijo daba a los anillos, le dijo, palmeándolo en el hombro:

—Con esas riendas tan lujosas, ¡cómo no vas a conseguir una novia decente!...

FIN

"Flor del Aire"
(Continuación de la página 17)

como amasada con flores silvestres y nieve de cerros.

"Flor del Aire" era la misma, pero más empequeñecida, más insignificante, más débil. Era la misma carita de muñeca fina, pero más flaca. Los ojos, aquellos ojazos mansos y bellos, se habían agrandado con una cárdena aureola. Con pasitos menudos, como una criatura que se presenta al maestro después de cometer una falta, María Luz se fué acercando al escritorio. Y allí se quedó un instante, con la cabecita ligeramente ladeada, mirando a Echevarrieta con la misma fuerza de expresión y de mansedumbre con que lo mirara durante su noviazgo bajo los paraísos y los naranjos de la tierra natal.

—Te venía presintiendo desde hace tiempo, "Flor del Aire" — acertó a proferir nuevamente Alejandro con una voz como un sollozo.

Habló ella con vocecita débil y sin perder la tonada norteña. A veces debía interrumpirse para toser.

—"Flor del Aire" vuelve a ti, Alejandro. Vuelve a ti para despedirse. Ahora es ella la que se va para no volver, pero no quería irse sin recibir una postrera visión de ti...

Alejandro le tomó las manos menuditas y transparentes, atrayéndola hacia sí con espontánea ternura. Ella continuó:

—No te preocupes, bien mío. Casi nada tengo que contar y menos que reprocharte. Reprocho al destino que tan injusto es con algunas criaturas. La historia mía de estos tres años es

(Continúa en la página 65)



Entonces salimos a la terraza, para despejar nuestra mente...

Las cosas imprevistas ponen en la vida un matiz de emoción o humorismo que la hacen más grata...

Un PREMIO INESPERADO

...constituye el matiz en la vida de los protagonistas de este cuento humorístico de final inesperado.

CUENTO POR

J. FARJEON

Os ha ocurrido alguna vez regresar de compras y encontraros con un cerdo muy orondo en vuestro hall?... Sí; un cerdo vivo, con dos ojos como cuentas de azabache y una trompa rosadita, húmeda. Puedo aseguraros que tal situación es de lo más extraordinario y que las emociones que se sienten en tal caso son de lo más complejo que se pueda imaginar.

El hecho es que al abrir la puerta del hall nos encontramos con el animalito.

—¡Mi Dios! — fué lo único que pude exclamar.

Mi esposa no dijo nada; se sentó, o mejor dicho, se dejó caer en la alfombra del umbral que ostentaba en su centro, en letras rojas, la hospitalaria palabra: "¡Bienvenido!..." Posiblemente, a mi mujer le pareció inapropiado el término y decidió borrarlo.

—¡Fuera! ¡Juana! — grité.

La primera expresión iba dirigida al cerdo; la segunda a nuestra sirvienta, que acudió corriendo desde la cocina.

—¿Cómo llegó esta cosa, este animal aquí? — le pregunté a la doméstica.

—¡Ah, atorrante! — gritó la cocinera.

Estaba a punto de protestar, advirtiendo que yo no había traído aquel cerdo, y que aunque así fuera, ella no disfrutaba del privilegio de criticarme, cuando una recia palmada me contuvo. Era la cocinera que le había pegado al animal en uno de sus flancos grasos.

—¿No te dije que te quedaras en el botinero? — le preguntó.

El cerdo se volvió y salió corriendo, y mientras la cocinera trataba, a juzgar por el lío descomunal y el ruido de cacerolas que se oía en sus dominios, de atrapar o encerrar al interesante cuadrúpedo, mi esposa se levantó y Juana nos refirió lo que había sucedido.

—Vino — nos informó.

—Yo sé que ha venido — repuse — y también sé que se irá. Pero ¿cómo vino?

—Vino en un carro, señor.

—Es de suponer que no llegó solo. Presumo que él no manejaría el carro, ¿no es así? Alguien debía venir con él.

Juana se confundió, y sin responder a lo que yo preguntaba, me anunció:

—Venía dirigido a usted, señor.

—No sea tonta — exclamó mi esposa. — ¿Cómo puede un cerdo venir dirigido a nadie?

—¿Usted pretende decir que venía en una encomienda?

—¡Sí, y con sus estampillas correspondientes!

—No, señora — rezongó Juana. — Traía una etiqueta atada a una pata.

—Tal vez sea una paloma mensajera extraviada — observó mi mujer, riéndose histéricamente.

—¡A ver la etiqueta! — grité.

Juana se encaminó a la cocina. Ciertos ruidos que provenían del fondo probaban que la cocinera todavía no había capturado al cerdo. Tratando de interpretar esos ruidos, se llegaba a la conclusión de que el animal se había calzado entre dos grandes ollas.

—¿Qué espera? — le pregunté a Juana.

—Es que atropella — murmuró, y volvió a alejarse, mientras yo recogía un sombrero mío que, al parecer, había sido probado por nuestro raro huésped.

La puerta de la cocina se abrió y hubo un aumento de voces.

—¡Vamos! — gritaba la maritornes. — Sal de ahí, que vas a romper los huevos.

No cabía dudar que el animal se sentía fatigado y buscaba descanso.

—¿Qué vamos a hacer? — preguntó mi esposa.

—¿Qué sé yo lo que vamos a hacer? — respondí. — Es una situación extraordinaria. Evidentemente, la cocinera no sabe lo que hay que hacer.

—¿No convendría que fueras a ayudarle?

—¡Qué coincidencia más extraordinaria, querida; justamente estaba pensando si tú no debías ir a hacer eso!

Un ruido inusitado le reveló que el cerdo estaba rompiendo los huevos. En aquel momento llegó Juana con la etiqueta. Me apoderé de ella. Estaba mal escrita y parecía haber atravesado mucho mal tiempo. Era necesario

acercarla mucho a los ojos y al mismo tiempo mantenerla lo más lejos posible de la nariz.

—¡Escucha! — gritó mi esposa.

—No importa — respondí, tratando de resolver las varias situaciones difíciles que se presentaban; — los vidrios están asegurados.

—¡Afuera! — chillaba la voz de la cocinera. — ¡Fuera de ese balde!

El cerdo parecía igualmente deseoso de salir del balde, aunque le resultara difícil, pues parecía que ese adminículo le ajustara con demasiada precisión. Tragué saliva y leí: "Chañar Pequeño."

—¿Es ese el nombre del animal? — indagó mi esposa.

—Si así fuera, debemos agradecer que no sea Chañar Grande — repuse.

— ¡No seas tonta! Ese el es lugar de procedencia: Granja "El Roble". Chañar Chico.

La cocinera, tras inauditos esfuerzos, logró encerrar al animalito en la carbonera. Hubo que realizar una regular limpieza en la casa y reparar los daños causados por la accidentada cacería. Fatigados nos acostamos por la noche sin haber podido resolver el impenetrable misterio de la llegada a nuestra casa de aquel chanchito. ¿De dónde salía? ¿Cómo? ¿Por qué?

Confieso que no podía conciliar el sueño. Apagamos la luz, pero yo no dormía, aunque pretendía hacerlo para tranquilizar a mi esposa. Pero a ella le ocurría lo mismo que a mí. Entonces decidimos levantarnos y salir a la terraza a despejar nuestra mente, que ardía a causa de los pensamientos. De repente, como inspirados por algo desconocido, exclamamos ambos jubilosos:

—¡La rifa!

El misterio estaba despejado. Hacía casi un año que en las vacaciones habíamos realizado una excursión en auto hasta el lago Nahuel Huapí. Nos detuvimos en un pueblo cercano al Río Negro debido a una "panne" del motor. Permanecimos todo el día allí. En el hotel o fonda en que nos alojamos nos vendieron un número de una rifa. Por rara casualidad mi esposa recordó que el boleto se hallaba en el fondo de una caja en que lo guardara con otros recuerdos del viaje. Lo buscó y encontró. Al dorso del boleto se leía la lista de los premios: el cuarto era un cerdo de la Granja "El Roble". Evidentemente, aquel cerdo nos había tocado en premio; era nuestro. Al comprar el número habíamos dado nuestro domicilio, y el granjero, hombre honrado, nos lo había remitido.

—¡Y bien — exclamé, — si es nuestro podemos quedarnos con él!

Pronuncié esa frase con la certeza del que se siente realmente propietario de algo, con la seguridad del estanciero que habla de sus vacas u ovejas.

A la mañana siguiente corrí a la cocina.

—¿Dónde está? — le pregunté a la cocinera, y ella, sin responder me señaló el jardín. En el cerco del mismo se veía un gran hueco; por allí había escapado el cerdo. ¡No lo volvimos a ver!

FIN

La Virgen de Nueva...
(Continuación de la página 23)

enamorados para implorarle la súplica suprema. A cada instante es dado ver a jóvenes y a niñas verter lágrimas, depositar flores y prosternarse de rodillas elevando la mirada angustiada hacia lo alto.

EL HOMENAJE DE LAS NOVIAS

Aparte de las ofrendas florales y de cirios que llegan diariamente en cantidad incalculable, hay otras que representan algo más dentro de los sentimientos de cada uno.

La escalera que conduce al camarín, por ejemplo, reúne siempre multitud de promesantes que acuden a cumplir el sacrificio por el ruego logrado. La promesa de subir las escaleras de rodillas es una de las más comunes, y existen niñas que no solamente ascienden la escalinata en la forma indicada, sino que de la misma manera recorren la capilla del camarín y suben las gradas que conduce hasta el trono donde se venera la sagrada imagen.

La ofrenda de las novias también es digna de recordarse. Velos nupciales finísimos o sencillos, trajes de novia principescos o humildes, coronas y ramos de azahares, zapatos blancos, etc., llegan todos los días y son entregados a los padres custodios como una muestra de gratitud y de reconocimiento. De esa manera las novias que lograron la realización de su ensueño, rinden el homenaje de su gratitud a la dulce protectora de los enamorados.

Y como el corazón humano está siempre predispuesto a sufrir los reveses a que nos tiene condenados el amor, seguramente que la Virgen de Pompeya ha de continuar por mucho tiempo en su noble tarea de mantener afectos, de arreglar discordias y de llevar un suave rayo de luz a los sentimientos de los que aman o de los que creyeron amar en un momento determinado de sus vidas...

En el próximo número:

ORQUESTA TIPICA

NOVELA CORTA de

Francisco García Jiménez

Para las madres
(Continuación de la página 12)

CONTRA LOS COLICOS

Ya nos hemos ocupado en más de una ocasión de cómo pueden combatirse los cólicos, y al hacerlo ahora, contestando a usted, vamos a indicarle una nueva fórmula de eficacia para calmarle los dolores estomocales o intestinales. Es la que detallamos a continuación:

Agua cloroformada .	120 gramos
Jarabe de opio	20 „
Jarabe de éter	20 „
Tintura de badiana .	1 „

Se da al paciente esta poción a razón de una cucharada sopera cada media hora, hasta que se le hayan calmado los dolores.

Cdo. a "Madre III", de Nogoyá.

RESPUESTA

No podemos dar a usted esas referencias. En cualquier farmacia le indicarán un buen específico. Discúlpenos.

Cdo. a "Ema", de Lobería.

RESFRIADO

Si su hija suele resfriarse cada vez que se lava la cabeza, lo que le conviene hacer para evitarlo, es darse una fricción lo más vigorosa posible con agua de Colonia. Se entiende que esta fricción debe dársela después.

Lo otro que nos pregunta no podemos contestárselo por no corresponder a esta sección.

Cdo. a "Belisa", de Maipú.

INYECCIONES

Esas inyecciones son buenas. Puede seguir dándoselas a su nene, en la seguridad de que, al cabo, le harán un gran bien.

Lo otro que nos consulta, no se lo aconsejamos.

Cdo. a "Impaciente", de Glew.

BAÑOS EN LA PLAYA

Eso que usted hace todas las mañanas, es decir, llevar sus nenes a que se bañen en el río, es muy saludable. Este baño, o mejor dicho, este retozar en la playa, sobre la arena y en el agua, es muy recomendado para los niños.

Mientras le sea posible llevarlos, no deje de hacerlo. Sólo le recomendamos tener el mayor cuidado, pues, como habrá leído en los diarios, son muchas las personas — en particular niños — que pierden la vida en los balnearios por imprudencia de ellos mismos o de las personas encargadas de su cuidado.

Esto es cuanto podemos contestar con respecto a su consulta.

Cdo. a "Ele", de Olivos.

HOSPITAL DE NIÑOS

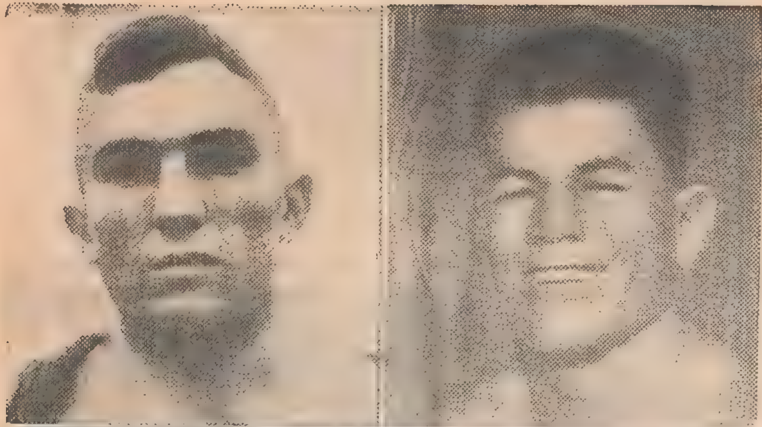
La dirección del Hospital de Niños, es, en esta capital, calle Gallo esquina Paraguay. Allí le atenderán.

Cdo. a "Rosa P. de A.", de Lomas.

RESPUESTA

Tiene que tener paciencia, señora. Todo requiere tiempo. Pero no pierda la esperanza, que hasta el peor de los males en un momento inesperado suele dar una vuelta favorable. Por lo menos, no omitiendo esfuerzos, todo puede esperarse, y su nene, dentro de poco tiempo quizá, estará tan bien como siempre. Tales son nuestros mejores augurios.

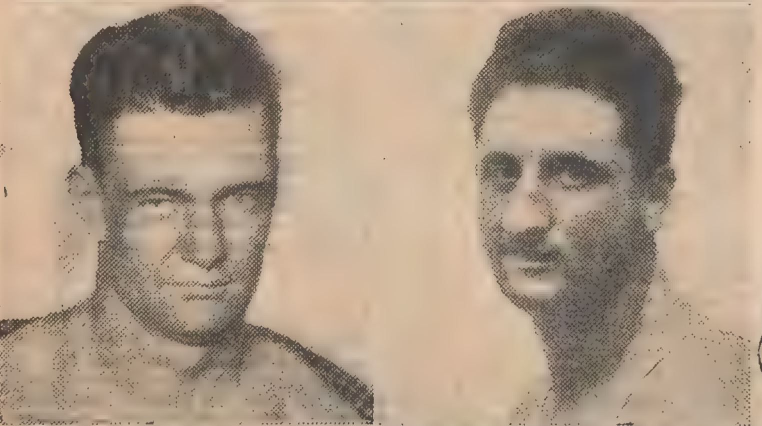
Cdo. a "Niza", de Trelew.



Miguel Bonaglia y Alberto Icochea, en su interesante match, dieron a la afición un chasco sensacional, pues el primero, que peleó con un denuedo inesperado, bajó del ring puede decirse que consagrado.



Lucien Vinez y Luis Rayo realizaron también una pelea cuyo resultado no estaba previsto. A pesar de ser Vinez campeón de livianos europeos, fué vencido de entrada por Rayo, que adquirió de pronto todo el prestigio que acababa de perder aquél.



Monte Munn y Victorio Campolo subieron al ring y, contra toda presunción, realizaron un match que fué el chasco mayúsculo en este deporte. "¡Hasta Tunney no para!", se decía entonces del quilmeño, y el caso fué que tal pelea por poco no le cuesta la vida.



Víctor Peralta y Justo Suárez, en un match definitivo, dieron la mayor de las sorpresas, triunfando Peralta cuando nadie podía admitir la derrota del "Torito", que luego no volvió a subir al ring.

TAMBIEN el RING es un ESCENARIO FECUNDO en grandes CHASCOS • *Una nota por CHARRUA*

HAY muchos modos de festejar un aniversario patrio. Hace unos cuantos años, por ejemplo, a un promotor criollo — Pepe Lectoure — se le ocurrió ofrecernos para un 25 de mayo, un número fuera de programa. A la hora en que las tropas vuelven a los cuarteles y la gente se toma una tregua después del desfile, para concurrir a la iluminación, nos congregaba en River el anuncio de un espectáculo extraordinario. Se trataba de una pelea entre dos gigantes. Sería una impertinencia preguntarle al lector si se acuerda del "lungo" Cámpolo. El otro era Monte Munn, el gigante de Nebraska que se había venido entrenando en el gimnasio de Paddy Mac Carthy. Monte Munn era un yanqui desdeñoso y fuerte pero "muy pato" en opinión de los que pasaban por entendidos. Tenía un record mediocre y lo mirábamos como a un "paquete", hábilmente embalado por un manager judío, que pretendía hacerlo pasar por doctor en leyes, asegurando que había sido legislador en Nebraska, y campeón de rugby.

Con este estado de ánimo fuimos a River. Cámpolo era en esos momentos el símbolo de una gran esperanza deportiva. Eliminado Firpo, eclipsado Ferrara y vencido Delfino por el propio quilmeño, ya vencedor de Spalla, habíamos convenido en que, sólo nos quedaba él.



Hasta los colaboradores anónimos lo celebraban en versos espontáneos con popular y delicioso énfasis:

"Vos, Victorio, gigante quilmeño
que en otro combate llegaste a triunfar,
sos el pugilista de más sangre fría
con más valentía para ir a pelear."

Justamente por eso acababa de concedérsele el honor insigne de traerle un adversario nada menos que de los Estados Unidos para que se calificara.

—Hasta Tunney no para — solíamos decir.

El propio Cámpolo participaba en primer término de esa confianza. Una tarde le llevaron noticias del ahinco con que el norteamericano se entrenaba. Los dejó hablar sin interesarse mayormente. De pronto incorporándose en la cama donde reposaba, y bordoneando en una ilusoria guitarra que fingía con los brazos, entonó una copla:

"Déjelo nomás que engorde.
¡No ha de faltar quien lo pinche
cuando la panza le sobre!..."

¡Cómo es de cruel el destino!... A los pocos segundos de comenzar el combate el pobre lungo estaba en el suelo. No es para describir la emoción de dolorosa sorpresa, de angustia indignada que se apoderó de los espectadores. Se nos venía abajo la casa. Cámpolo se incorporó, pero más muerto que vivo, para mortificación de todos. A la media hora estaba liquidado. Y a los dos días presa de una conmoción cerebral, casi deja este mundo, entre el piadoso azoramiento de los hinchas, que tanto habían vociferado por la "achicada", y la incredulidad de los derrotistas.

La verdad es que fué un chasco mayúsculo, verdadero castigo a la soberbia, que nos enseñó dos cosas: a contener nuestro entusiasmo ante los astros y a medir el largo camino que todavía nos faltaba recorrer para que el sueño de Firpo se realizara.

Cuando salimos de River, aquel 25 de mayo parecía un 2 de noviembre...

II

Otro chasco sensacional — si bien ya no nos tocaba tan de cerca — fué el que nos reveló la figura de un extraordinario peleador en el italiano Miguel Bonaglia.

El boxeador que ha sido "sparring" — y todos lo han sido alguna vez — conoce ciertamente el desdén con que se acogen sus mayores acciones, cuando durante un round de guantes en el gimnasio, la atención está pendiente de los movimientos del campeón, cuya impotencia suele parecer generosidad y cuyas chambonadas se consideran como concesiones, otorgadas al "pobrecito profesional" que colabora en su entrenamiento.

A Bonaglia lo conocimos así, haciendo guantes con Mario Bosisio que era campeón de Europa, en un ring de la calle Solís. Vale decir que el turinés, obscuro sparring-partner de sententa y siete kilos, no entraba hasta ese momento en la cuenta de los grandes espectáculos de la temporada, y muy probablemente tampoco en la de los chicos, porque se le había arreglado una pelea con Alberto Icochea que no tendría ni color, como se dice, cuando las fuerzas son muy desiguales. El peruano Icochea que tenía en su record un empate con Kid Charol, tenía algo que vale más que todos los records,

(Continúa en la página 57)

Las peripecias de PANCHO



Toilette matinal

Los zorzales de los barrios porteños cantan en jaulas

NOTA

Por

ALEJANDRO VILLALOBOS



"Gardelito" (Armando Rossi), el gorrión porteño, cuando cantó ante el presidente de la república en una cancha de football, mereciendo una estruendosa ovación del público que llenaba el estadio y la felicitación del primer mandatario.

ENTRE los grisáceos celajes de humo, salpicados de focos eléctricos, el "Zorzal de Triunvirato" desgrana la congoja armoniosa de un tango: "Te odio, ¡maldita!... Te odio como antes te adoré..." El estrépito continuo de las charlas, taconeos, chocar de tazas y vasos, se amortigua hasta convertirse en un finísimo "trémolo" que sirve de fondo — como los telones con cielos o bosques pintados de los teatros — al vibrar de los violines y al quejido de los bandoneones, que acompañan al lamento apasionado del cantor popular. La emoción del tango ha imantado a las almas que pasan... y en la puerta del bar se aglomeran los tangómanos de la calle Corrientes, que miran con ojos extáticos la jaula melodiosa, envuelta en humo de cigarrillos y alambrada de focos eléctricos.



Después del éxito en la cancha de football, "Gardelito" actuó en una broadcasting, de donde lo llamaron oportunamente, y en la cual confirmó sus dotes de cantor de motivos populares.



INICIACIÓN: CANTORES DE ÓMNIBUS

Pocas vidas porteñas tan novelescas y patéticas como las de estos muchachos, de voz inculta y arte rudimentario, que cantan en los bares y boîtes del centro los tangos de moda. Muchos de ellos se iniciaron a los once o doce años cantando tangos en los ómnibus. ¿Os acordáis? Aún se ven algunos en los más típicos suburbios porteños, como la Boca, Patricios, Palermo, Chacarita, Liniers. El chico cantor trepaba al ómnibus repleto de pasajeros. Y junto a la garita del chauffeur, ante la admiración de todos, entonaba con voz chillona "La cumparsita" o "Malevaje". A veces acompañaba al cantor otro chiquilín que ejecutaba admirablemente los tangos en una armónica. Hoy muchos de esos zorzales de los barrios están en los tablados de los cafés de Corrientes, Lavalle o Leandro N. Alem.

LOS ZORZALES DESALOJARON A LAS "VICTROLERAS"

Estos cantores de cafés y boîtes populares tienen un público que los admira y sigue como a los artistas de los teatros. Bien sabéis que muchos grandes cancionistas del París nocturno — que ahora tienen renombre mundial, como Randal y Chevalier — se iniciaron en cafetines de mala fama. También estos ínfimos tangueros de los cafés porteños sueñan con la gloria y la fortuna. Inician el camino del triunfo conquistando a los poco exigentes noctámbulos de Buenos Aires que concurren a tal o cual café para escuchar y aplaudir a su cantor favorito. Lo demás es cuestión de suerte...







He aquí el gran salto de "Gardelito": correctamente vestido de smoking, se presenta ante el público del centro de la metrópoli como "chansonnier". ¿Quién reconocería en él al pobre muchachito que cantaba en los barrios excéntricos y que vestía humildemente?

Noches pasadas, uno de estos tangueros — que no ha cumplido veinte años — nos expresaba sus anhelos:

—Comencé haciéndome el Corsini en un cafetín de Boedo, hace tres años...

—¿Y lo aplaudía la muchachada del barrio?

—Más que a San Lorenzo después de una goleada. ¿Y no ve que ya canto en el centro?

—Y ahora, consagrado en el centro, ¿con qué sueña?

—Con la radio y los escenarios... ¡Y después ir a París como Gardel!...

—¿Y por qué no? Todo es cuestión de suerte...

—Lo que son las cosas, ¿no? Mi hermana era "vitrolera"... Ella no ganaba para zapatos y vestidos... y mi vieja para sustos... Pero vino el auge de los cantores de

de humo colgadas en los bares y "boites" del centro

café... y la echaron.

—¡Y usted ocupa su puesto! Cosas de la vida...

Lo cierto es que de los cafés del centro han desaparecido las "victroleras", aquellas atrayentes chicas que tenían siempre a sus pies una nube de admiradores, que ocupaban toda la noche las mesas más próximas al tablado de la orquesta, con gran desesperación de los dueños y mozos de los cafetines. ¡Si se habrán repartido patadas, botellazos, sillazos y hasta tiros en los cafés del centro y de los suburbios por las sirenas de las victrolas!...

"GARDELITO", EL TÍPICO GORRIÓN PORTEÑO



Algunos de estos tangueros de café han surgido a la popularidad de pronto, con un golpe de audacia que les salió bien. El caso de "Gardelito" es bien típico. Tal vez no lo habéis olvidado. Era — o es — apenas un adolescente. Trece años. Era un cantorcito ambulante, como los trovadores. Saltaba a los ómnibus o se metía en los restaurantes y cafetines del arrabal... y entonaba su canción. Luego presentaba a los concurrentes su gorra, donde a veces caían algunas monedas. Así mantenía a su madre y a sus hermanitos.

Una tarde se "coló" en una cancha de football, donde se jugaba un gran partido. En el palco de honor estaba el presidente de la república. El gorrión porteño vió el cielo abierto. ¡Era la oportunidad de su desarrapada vida! En un instante de silencio se plantó ante el palco del presidente y comenzó a cantar un tango. El general Justo, conmovido, lo aplaudió y felicitó. La multitud, aglomerada en la cancha, aclamó al cantorcito. Los diarios populares destacaron, con notas emocionantes, la audacia del gorrión. Al día siguiente llamaron a Gardelito los directores de una estación de radio. A los tres días lo vimos vestido de smocking y hablando ya de su próximo viaje a París.

"CARUSITO", EL ZORZAL DE SAN TELMO

Uno de los cantores de cafés y boites más populares en los sitios de diversión nocturna del centro es, sin duda, "Carusito" (Santiago Plastino). "Carusito" era verdulero. Ahora es casi un bacán. Gritando: "¡Banana!, ¡pera!, ¡durazno!, ¡sándia!", por el barrio de San Telmo, se le desarrolló la voz. Después, su instinto artístico, hizo lo demás. Comenzó hace años — era un pibe — conquistando fama en los bodegones de Balcarce, Defensa, Garay.

El conocido fuelle porteño, Anselmo Aieta—que también es del barrio, — lo escuchó una noche y a los pocos días lo hizo debutar como chansonnier de su orquesta en un café del centro. Gracias a la protección de Aieta, "Carusito" es ahora uno de los cantores más cotizados de los cafés de Corrientes y Lavalle y de las boites del bajo.

El zorzal de San Telmo ("Carusito"), así estrafalariamente vestido, es otro de los cantores de "boites" y cafés. Su nombre es Santiago Plastino, y antes que se dedicara al arte lírico popular era verdulero que pregonaba con ***voz armoniosa su mercancía.***

¿QUÉ SE HIZO DE GOGÓ?

Otro de los zorzalitos porteños que más soñaron con la gloria fué "Gogó" (Ricardo Andreu). Despertó al arte con precocidad casi peligrosa. Un día tiró los libros del colegio... y empuñó la guitarra. Comenzó a cantar en las estaciones de radio. Pero su graciosa figura de chiquillo demasiado despierto se prestaba más al lucimiento en los tablados de las boites y de los teatros. Al poco tiempo lo vimos actuando en el escenario del teatro San Martín, "haciendo de Chevalier", en un elenco radioteatral. Desde entonces, no sabemos qué fué de "Gogó". ¿Se extinguió, entre bataclanas y tangueras, como el fuego fatuo de una luz de Bengala?...

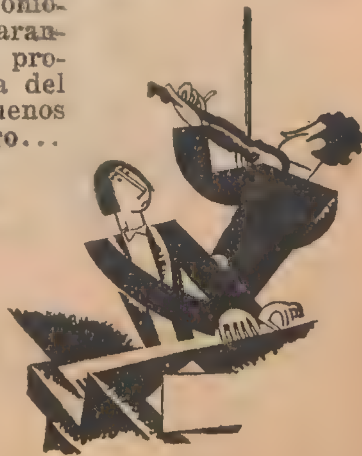
"Gogó", el escolar precoz que arrojó los libros de texto y pulsó la guitarra para iniciar en edad temprana su carrera de cantor por los cafetines de barrio.

Ricardo Andreu ("Gogó") es otro muchacho que tuvo su cuarto de hora de popularidad cantando en los teatros y cines del centro. Ahora hace tiempo que nada se sabe de él. ¿Anda en jira fuera de país, o se cansó de ser prematuramente un romántico zorzal?

EL TANGO, EXPRESION LIRICA DE BUENOS AIRES

Si observamos la plástica y la mímica de estos cantores de café, comprobaremos que en ellas se transluce el arrabal porteño; toda la gama del tango, desde el florido "canyengue" a la insolencia pompadre, hasta el atildamiento "fifí" del milonguerito, se plasman en las posturas, inflexiones y gestos del cantor de café. Desde las jaulas del humo, el alma del arrabal solloza sus penas, grita sus miserias y rezonga su alegría. Horizonte de gritos. Perfiles siniestros en la sombra. Relámpagos de cuchillos. Caras que espían y huyen en las esquinas de la muerte... perseguidas por un alarido. ¿Todo esto es el tango? ¿Y por qué — se preguntan muchos — ha de ensombrecer y ensuciar el sensual y frívolo corazón de Buenos Aires toda esa sombría tragedia del arrabal?

Cada ciudad, cada metrópoli, expresa en las caciones populares su modalidad y psicológica manera de sentir más típico. El cosmopolitismo sensual, alegre y mercenario de París se vierte en la picardía y descoco de sus canciones de "café-concert". Viena es la gracia del vals; Nápoles, la armoniosa pasión de la tarantela; Sevilla, la profunda congoja del cante jondo; Buenos Aires, es el tango...



LAS DOS LLORAN CON GUITARRA...

Varios novelistas, músicos y poetas charlába-

(Continúa en en la pág. 60)

TENDENCIAS

1. — Vestido de crespón amasis verde. Lleva un original cuello de cintas de terciopelo marrón.

2. — Vestido de tarde de lainage color violeta. La blusa y parte baja de las mangas llevan adorno de plissé. La línea del cuello es alta y drapeada.

3. — Vestido de dos piezas. La chaqueta es de lainage color ladrillo y la pollera, del mismo género, es color verde.

4. — Traje de tarde de lainage color marrón. La pollera está terminada por un volado montado a tubos.

5. — Bonito y juvenil es este vestido de seda "façonnée" azul. Está adornado con una pechera blanca, y las mangas están montadas a grandes pliegues rectos.

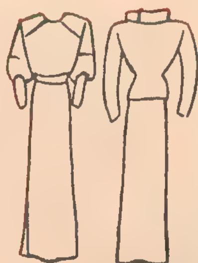
6. — Saquito para niñas, de paño azul adornado con grandes botones. Puede llevarse sobre un vestido de seda color amarillo.

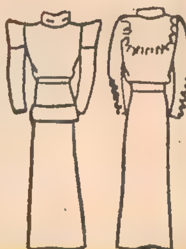
7. — Encantador trajecito de lainage rojo. Su forma es muy tentadora para una niña. El cuello, a la marinera, es de seda negra.



OTOÑALES















8. — Muy sentador para una silueta joven es este vestido de crepe cloqué amarillo y marrón. La cintura está acentuada por un lazo que termina en un gran moño.

9. — Esta pequeña chaqueta de caracul, se cierra diagonalmente con tres grandes y gruesos botones. En la cintura está sostenida también por un botón. El cuello alto se prolonga hasta el hombro.

10. — Toca de topo terciopelo color verde oliva, adornada de una fantasía de plumas laqués del mismo color.

11. — Toca de topo satiné violeta, adornada de un tufo de avestruz glicerinado.

12. — Toca apropiada para fiestas, enteramente de plumas de paraíso, negras.

13. — Muy bonito y práctico trajecito confeccionado en lainage color verde. La línea de los hombros está alargada por adornos de piel de nutria. En el borde de la chaqueta se repite el adorno de piel.

14. — Vestido de crespón de lana y seda artificial azul, adornado de piqué gris y de motivos de buraganse rojo. 13

LOS LECTORES QUE PREGUNTAN

ESTA de más ponderar la importancia de esta sección que venimos publicando semanalmente. Muchas veces el lector se habrá visto perplejo ante cosas aparentemente simples, pero que de momento no ha podido resolver. Toda consulta que se nos haga sobre los más diversos asuntos, trataremos de satisfacerla lo mejor que podamos. Cuantos se hallen en la duda respecto a cualquier motivo, diríjanse por carta a la dirección de MUNDO ARGENTINO, firmando con su nombre o seudónimo, y responderemos a la brevedad posible en forma sintética y clara.

LA DIRECCION.

LA CIENCIA DE PREGUNTAR

SEÑORITA H. — Para preparar buen dulce de durazno deben tomarse ejemplares de esta fruta no muy maduros, aunque tampoco verdes, como erróneamente hacen algunos, con verdadero riesgo de la salud. Se ponen en almíbar con mucha agua, después de haber sido pelados. El almíbar debe prepararse con un peso de azúcar equivalente al de los duraznos. Se le deja tomar a todo bastante punto. Cuando se advierte que el almíbar gotea de la cuchara formando largos hilos, se retira inmediatamente, y si es posible, cuando aparece la gota espesa en la punta de la cuchara, sin esperar ya más, porque corre peligro de que se acaramele. Se deja enfriar bien el dulce. Se lo coloca en frascos de vidrio bien tapados; así se conserva bien.

• •

LUISITA.—Ese preparado se vende en cualquier casa del ramo.

• •



Doctor Carlos Pellegrini

OTTO.— He aquí la biografía sintética que nos pide usted de Carlos Pellegrini: Nació en Buenos Aires en 1846. Murió en 1906. Peleó en la guerra del Paraguay. Se graduó luego de abogado. Fué diputado nacional. En 1880 ministro de Guerra y Marina. Ministro luego de la Argentina en Inglaterra. Prestó importantes servicios generales y fué comisionado en 1885 para contratar un empréstito en Europa. Entró en ejercicio de la presidencia de la república en el año 1890 (7 de agosto) por renuncia de Juárez Celman, del cual era él vicepresidente electo en 1886. En función de primer magistrado creó el Banco de la Nación. Más tarde, en 1893, fué senador hasta 1904. Elegido diputado, lo sorprendió la muerte en el año ya citado.

• •

FERROVIARIO DE MACIA. E. R. — Escriba a la Lotería Nacional, Rivadavia 1665.

• •

PACHEQUITO. — Cuando los nombres comunes tienen un valor simbólico, representativo y metafísico, se pueden o se deben, si se quiere, escribir con mayúscula. Como ejemplo le citamos las palabras Amor, Deber, Amistad. Nosotros preferimos la otra forma, es decir, con minúscula.

• •

PACA Y PEDRO. LLAVALLOL. — No damos referencias de casas comerciales.

• •

CHAQUEÑO. — Lamentamos mucho, pero nos es imposible emitir apreciaciones de la naturaleza de la que usted nos solicita ni sobre instituciones ni sobre individuos.

¿QUIEN TIENE RAZON? — El otro jugador tiene derecho a trucarle sin que usted sepa qué cartas tiene. Pero el suyo es un caso especial. Usted debió contestar, porque al fin y al cabo llevaba la ventaja de conocer qué carta última tenía su contrario habiendo él jugado dos, aunque tapada por una la otra. Por otra parte, para las bromas y exigencias del truco hay un límite impuesto por la cordialidad y las buenas relaciones de los jugadores. En ese sentido su contrincante no ha estado del todo bien, aunque dentro de las leyes del juego creemos que le asiste la razón.

• •

INDECISO. GUIDO. — El artículo 1269 del Código de Comercio establece que todos los daños causados por choques o abordajes serán valuados por arbitradores. 2° Arribada forzosa de un buque, desde el punto de vista gramatical y también a efecto de la aplicación de las leyes pertinentes, es cuando "entra por necesidad en algún puerto o lugar distinto de los determinados en el viaje estipulado".

• •

G. K. — Consulte su caso con un médico. Esos trastornos nerviosos, aunque a simple vista no parezca, suelen tener su origen en desórdenes intestinales.

• •

SUR. — El volcán Aconcagua es el más alto del mundo, quizá, pues mide 7.260 metros. En cuanto a la altura del Vesubio, es muy inferior, pues sólo alcanza a 1.282 metros, siendo a su vez mucho más bajo que el Etna que mide 3.400.

• •

TRADICIONALISTA DE PERGAMINO. — Eleonora Duse llegó a la ciudad de Buenos Aires por primera vez en el año 1885 y debutó, si no recordamos mal, con **"Fedora"**, en el Politeama.

UN LECTOR DE "MUNDO ARGENTINO". COLCHIN. CORDOBA. — Lavándose los pies todos los días en agua fría y durante el invierno en agua entre tibia y caliente, se evitan muchas molestias en los mismos. Si se añade al agua un poco de aguardiente, los efectos contra la transpiración de los mismos y aun de carácter higiénico, son muy buenos. Se recomienda para el sudor excesivo el tonoformo en polvo, dentro de las medias y entre los dedos, o el boral en polvo o en lociones. También el ácido bórico en polvo. Se recomienda mucho también lavarlos con agua y jabón minuciosamente, secarlos muy bien, dejarlos quietos unos cinco minutos después de estar perfectamente secos y ponerles una pequeñísima cantidad de óxido de cinc espolvoreada entre los dedos y en general en todo el pie. Todos estos remedios deben usarse sin abusar de ellos y en cantidad leve, pues conviene repetirlos durante bastante tiempo y usarlos después en forma intermitente.

• •

J. CORIA. RIO CUARTO. — Consulte a un veterinario.

• •



Araña devorando la presa

CURIOSILLA ENDEMONIADA. — Gracias por sus conceptos acerca de esta sección. Hay arañas que poseen una capacidad visual extraordinaria, conforme ha sido ya demostrado. Los saltícidos tienen la retina provista de músculos que permiten su desplazamiento en cualquier dirección, lo cual da una idea de las facilidades con que cuentan para observar a sus presas.

EL ARTE DE CONTESTAR

ESTUDIANTE CURIOSO. SAN LUIS. — En cualquier escuela normal de profesores del país podrá usted seguir cursos de profesorado. Así también en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires y en el Instituto del Profesorado Secundario. Los grados del profesorado son para la enseñanza secundaria, normal y especial. En la Facultad de Filosofía y Letras existe profesorado en filosofía (5 años y 24 materias), en Historia (5 años y 26 materias), en Letras (5 años y 24 materias). En el Instituto Nacional del Profesorado puede seguir profesorado en matemáticas, castellano y literatura, filosofía, historia, geografía, física, química, ciencias naturales, francés, inglés o alemán.

• •

ALUMNO DEL NACIONAL. — Diríjase a la Inspección General de Enseñanza Secundaria, Bolívar 65.

• •

GABRIEL H. — Durante la época del descubrimiento de América por Colón, y mucho tiempo antes de la misma, las enormes masas de algas (mar de sargazos) eran desconocidas. Bien es cierto que en la antigüedad habían sido descriptas por Sculax y Avienus.

• •



Gráfico del polo Sur

INCREDULO. — Respondemos a su pregunta con estos conceptos, que le convienen cabalmente y están tomados de "Países polares" de Rudolphi: "El polo Sur y sus alrededores están ocupados por una masa terrestre cuyo tamaño les da categoría continental. Su superficie podemos apreciarla en 14 millones de kilómetros cuadrados. Este continente, llamado Antártida, la sexta parte del mundo, que supera en extensión a Europa en más de una mitad, está en su mayor parte cubierto de hielos."

• •

J. Y. — El artículo 2° de las Declaraciones y Derechos de la Constitución Argentina dice: "El Gobierno Federal sostiene el Culto Católico Apostólico Romano."

• •

J. B. AZULEJO. RIO CUARTO. — En cualquier negocio del ramo encontrará usted una pasta para unir lo que desea, así como para darle brillo.

• •

BIBLIOTECARIO. TANDIL. — Los Vedas son una colección de 1.028 himnos reunidos en diez libros. La mayoría de ellos lo están en alabanza de los dioses arios. 2° El Islam penetró en la India con los árabes, que comenzaron a irrumpir en aquel país en el siglo VIII.

¿BARBARO O NO? — Está comprobado que el ventrículo izquierdo del corazón realiza un trabajo mayor que el ventrículo derecho, debido a que aquél tiene bajo su dependencia la gran circulación, y el derecho sólo el circuito pulmonar. Por otra parte, las paredes del ventrículo izquierdo son más espesas que las del otro, lo cual abona la teoría del mayor esfuerzo que realiza.

● ●

POLITIQUEROS DE SAN JUSTO. — No está dentro del carácter de esta sección emitir opiniones políticas. Lamentamos, pues, no poder satisfacer su pregunta.

● ●

PREGUNTONA DE CAMPANA. — Diríjase a una empresa cualquiera de turismo. Por otra parte, su pregunta está redactada en términos muy vagos, pues no sabemos qué clase de datos o informes desea usted poseer. También en el hall de Correos y Telégrafos de la Nación, oficina central del Paseo Leandro N. Alem, hay una oficina donde le darán informaciones acerca de ese punto balneario.

● ●

COMERCIANTE. ROSARIO. F. C. C. A. — La acción para cobrar el precio de mercaderías vendidas al fiado sin existir documento escrito, se prescribe a los dos años; si existiese documento escrito, la prescripción se opera a los cuatro años. En cuanto a la cuenta corriente, el término de la prescripción es de cinco años.

● ●

ALUMNO DE SEXTO GRADO. — Diríjase a la secretaría del Colegio Nacional en el que piensa rendir su examen libre.

● ●

PEQUEÑO INGENIERITO. PILAR. F. C. P. — En cualquier buena librería de esta plaza encontrará usted un manual de mecánica. Existen colecciones muy serias. Consulte los avisos que las casas del ramo insertan en los diarios y revistas.

● ●

P. G. T. — El "Proyecto de Constitución para la provincia de la Rioja", de Joaquín González, podrá usted consultarlo acaso en la Biblioteca del Senado o en la Biblioteca Nacional.

● ●

CURIOSA DE OJOS VERDES. — Es preferible que usted escriba directamente a esa artista a cargo del teatro en que trabaja o a la Casa del Teatro, Santa Fe 1243.

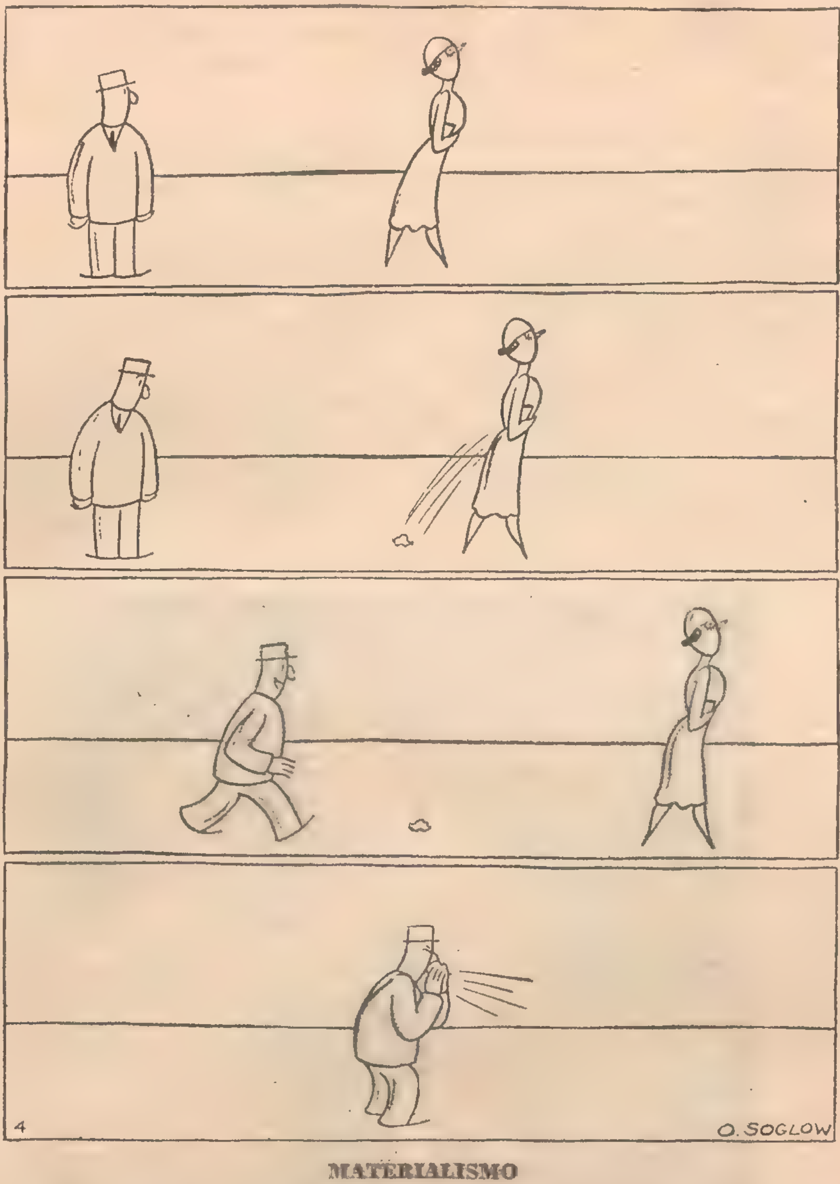
● ●

UNA LECTORA AGRADECIDA. GOYA. CORRIENTES. — No sabríamos decirle cuáles son las causas a que obedece la aparición de esas manchas en la piel. Lo prudente es que recurra a los servicios de un facultativo.

● ●

AGRADECIDO. — Creemos haber respondido a una pregunta análoga. La provincia india de Bombay tiene una extensión de 318.502 kilómetros cuadrados y 19.348.219 habitantes.

Las grandes historietas de SOGLOW



MATERIALISMO

Derechos exclusivos de reproducción adquiridos por MUNDO ARGENTINO

LUIS FERRARI. LA RIOJA. — Horóscopo de los nacidos el 8 de septiembre: espíritu de trabajo. Le esperan gratas sorpresas. 2º Este horóscopo puede cumplirse lo mismo aquí que en Italia.

● ●

AGUSTINA. — El actual presidente de la nación, general Agustín P. Justo, nació en Concepción del Uruguay, Entre Ríos, en el año 1876. Ingresó en el colegio militar, del que egresó, cumplidos sus estudios, como subteniente, tocándole más tarde ser profesor y director de ese mismo colegio. Además siguió en la Facultad de Ingeniería la carrera de ingeniero civil. Es el fundador de la fábrica de aviones de Córdoba, durante el gobierno del doctor Alvear, en el que desempeñó la cartera de ministro de Guerra.

● ●

ALICAIDA. 6 DE SEPTIEMBRE. — La gelatina de manzanas se prepara en la forma siguiente: Se toma un kilo de manzanas, reinetas o de cualquiera de las que se venden especialmente para compotas o para comerlas hervidas, se cuecen en poca agua y luego se deshacen hasta formar puré, agréguese a esto medio kilo de azúcar, el jugo de un limón o dos, como se prefiera, y media copita de caña o coñac, se cuece un ratito todo y se le añade una cucharada de gelatina rosada, disuelta previamente en agua. Cuando está bien enfriada, se sirve.

A UN IGNORANTE. — Cada provincia tiene su propia constitución, pero ninguno de sus artículos o disposiciones pueden contravenir los de la Constitución Nacional. 2º Las provincias no pueden expedir leyes sobre comercio ni navegación interior o exterior "ni establecer aduanas provinciales, ni acuñar moneda, ni establecer bancos con facultad de emitir billetes, sin autorización del Congreso Federal: ni dictar los códigos civil, comercial, penal y de minería después que el Congreso los haya sancionado, ni dictar especialmente leyes sobre cuidadanía y naturalización, bancarrotas, falsificación de moneda o documentos del Estado; ni establecer derechos de tonelaje, ni armar buques de guerra o levantar ejércitos, salvo en caso de invasión exterior o de un peligro tan inminente que no admita dilución, dando luego cuenta al gobierno federal; ni nombrar o recibir agentes extranjeros, ni admitir nuevas órdenes religiosas". Artículo 108 del Digesto Constitucional.

● ●

C. H. SAN NICOLAS. — La Escuela de Aviación funciona en El Palomar, F. C. P.

Rulito y Blas

(Continuación de la página 43)

Roque me mira con sus hermosos ojos agrandados por la pena y la sorpresa.

— ¿Es posible — dice de pronto, — es posible que existan almas tan pequeñas para que la gratitud no quepa en ellas? Si yo cometo el pecado de olvidar un solo minuto lo que todos en esta casa han hecho por mí, desde ya os pido que me echéis, que os olvidéis de que existo...

Rulito se abraza a Roque y veo que furtivamente enjuga una lágrima.

Todos nos hemos puesto un poco sentimentales, y para que la alegría vuelva digo a mis hijos:

— Completen esa lista y prepárense pronto para salir en busca de todo aquello que haga falta. No quiero más lágrimas y, sobre todo, no quiero que Roque olvide que aquí debe considerarse un hijo más y que los hijos merecen todos los desvelos de los padres.

— Sin embargo — dice Roque — yo no quiero olvidar que en esta casa he encontrado aquello que más vale; el afecto de todos, y que jamás llegaré a ser todo lo agradecido que es preciso ser para pagar todo lo que se me quiere. Y ustedes que son tan buenos no han de desear que yo olvide jamás que "la primera de todas las virtudes es el agradecimiento."

También en el ring...

(Continuación de la página 50)

porque es el instrumento que sirve para fabricarlos: me refiero a su terrible "patada de burro" tan famosa como su "mandíbula de acero", dos privilegios que se ponderaban siempre con renovada confianza en ellos, para lamentar que un hombre tan bien dotado, fuere un peleador tan frío en el ring.

Así las cosas no se tomó el trabajo de considerar a Bonaglia como a un adversario peligroso. Hablaba en vísperas de la pelea del sparring de Bosisio como de "pan comido", y fué al ring con esa afable petulancia y esa sonrisa maliciosa de los sobradores, que dan por ganada la batalla, antes de acometerla.

¡Valiente chasco!...

Bonaglia peleó con un denuedo, con un empuje y con una persistencia tal, que el peruano no sabía dónde meterse, ni cómo pararlo. Era una tromba, una máquina arrolladora accionada por un formidable corazón de peleador. Y tal fué la paliza que le propinó esa noche al pobre Icochea, que bajó del ring consagrado para pelear, nada menos que con el propio Kid Charol, y además favorito de los aficionados locales desde ese momento.

III

Siempre que dos fuerzas van a cotejarse, cabe la posibilidad de una sorpresa. Los mismos caracteres que tiene un batacazo en el hipódromo, tiene un chasco en el ring. Al favorito se le descuenta la victoria en mérito a su renombre y a su capacidad notoria. Pero de pronto se despeja una incógnita, y nos llevamos un chasco.

Con la confianza con que veíamos correr a un Mineral en Palermo, íbamos a ver pelear al "Torito de Mataderos" hace cuatro años. Y un buen día — o un mal día para los "hinchas" del vencido — Peralta lo "casca" con tal violencia, que no parece sino que todo su venturoso pasado hubiera sido un sueño.

Otro chasco que sería largo evocar fué el de Vinner, campeón de los livianos europeos, vencido de entrada por Luisito Rayo. Vinner, lo era todo en esos momentos, y Rayo empezó a serlo en seguida, a expensas de los machucones y las magulladuras con que se ganó una victoria que nadie esperaba.

FIN

En la vida todo está escrito, y aunque parezca imperar la...

RELATIVIDAD

EL matrimonio de Elena Marti con Guillermo Costa había sido uno de esos enlaces que parientes y amigos calificaban de afortunados.

Un caballero apuesto, formal, con una sólida posición económica, la había pedido y formalizado el compromiso en breve tiempo, dándole todas las satisfacciones y halagos que el amor propio y la vanidad de una joven de su posición social podía desear.

A sus padres, encantados de que la mano de su hija fuera solicitada por un joven tan cumplido y de tan seguro porvenir no se les ocurrió siquiera preguntarse si ella sentía amor verdadero por su futuro esposo.

Y ella, sugestionada por los padres y por los parientes, y un poco por la vanidad de casarse, de aparecer ante sus amigas en el deslumbrante atavío de novia, de verse transformada en dueña de una casa amplia y confortable, y también porque la situación de su familia se había resentido en especulaciones poco afortunadas, y su casamiento hubiera sido en alguna forma un medio de evitar un derrumbe; en fin, un poco por todas esas razones, Elena Marti se casó con Guillermo Costa, hacia el cual sentía una viva simpatía, pero no el amor intenso y sublime con el cual toda joven sueña rematar su vida de soltera.

Luego de la fiesta deslumbrante, del viaje de bodas, instalada ya en su linda y cómoda casa, Elena comprendió que algo le faltaba, algo que la animara, que encendiera el fuego divino de la dicha y de la alegría.

En su casa había de todo, y, sin embargo, ese confort y ese lujo no llenaban sus horas.

Su vida actual a ella le parecía monótona. El esposo, puntual, metódico, poco amigo de la vida social, que no se ausentaba nunca solo de noche, que cumplía con todos sus deberes; pero que sabía exigirle también a ella el cumplimiento de los suyos; un compañero que, según ella, asignaba, y a veces con excesiva insistencia, demasiada importancia a cosas de escaso valor, inexorable con lo que no fuera estrictamente conveniente, y que, sobre todo, no sabía animarla, no llegaba nunca a horas distintas con una buena noticia, con una invitación.

Todo estaba prevenido y calculado a horas y a días fijos: comidas, diversiones, regalos.

Todo, en la casa, bajo la guía de él, se debía mover con la precisión de un reloj, sin variante alguna, y ella, aun comprendiendo la utilidad de ese orden, sentía que esa rutina la retenía, medía sus pasos, la hacía, poco a poco, prisionera suya; comprendía que su individualidad estaba por atrofiarse, absorbida por esa vida metódica, apagada, inexorablemente medida.

Y en el fondo de su pensamiento una figura se perfilaba, tomaba forma, ocupaba su fantasía.

Antes de conocer a Guillermo, ella se había encontrado con Enrique Bernard; habían simpatizado, habían concurrido a diferentes fiestas, y el carácter de él, expansivo, animado, dinámico, había atraído su espíritu alegre, amigo de diversiones y de vida activa.



Habían simpatizado, habían concurrido a diferentes fiestas; el carácter de él había atraído su espíritu alegre..

...las cosas se resuelven por el camino que impone el deber

Y ahora, ya casada, la figura del compañero de juegos, jovial y despreocupado, atraíala con el encanto de la cosa prohibida, lejana, perdida para siempre.

Los negocios eran la gran preocupación del esposo, y ella, alejada de los padres, pasaba sus horas sola, entregándose, poco a poco, a ese sueño de felicidad imposible.

Enrique también había triunfado, era médico de renombre; se lo había dicho la madre de él, un día, en casa de una amiga camún, y la señora había agregado, dirigiéndose a ella con un suspiro:

—Usted hubiera tenido que casarse con mi hijo. ¡Me hubiera gustado tanto verlo tranquilo con su familia!

—¡Oh, no diga eso! —había contestado ella, y luego había salido de esa casa con una tempestad en el corazón.

Pero Elena era recta, por nada del mundo hubiera olvidado sus deberes de esposa y de madre.

Por dignidad hacia sí misma, hacia el esposo y también hacia Enrique, no se hubiera dejado vencer nunca por la tentación de un encuentro, que, sin embargo, ¡deseaba tanto!

Pero, a solas, su imaginación encendida la tentaba como un sueño que ella nunca hubiera transformado en realidad.

O sentarse al lado de él y decirle cuánto, cuánto lo quería; cómo su alma lo amaba, ahora como antes; cómo ni el matrimonio, ni la maternidad le habían traído el olvido y la paz; ella lo quería ahora como entonces, como en esa época feliz de su juventud en que había dejado caer el frágil búcaro del amor que él le había ofrecido.

Esto y más cosas, de que rebosaba su alma ardiente y solitaria, le diría con voz suave como un murmurio, y luego lo dejaría suavemente como una sombra, como un fantasma..., sin un beso siquiera.

Todo esto soñaba, muchas veces, la esposa intachable, al lado mismo de la cuna donde dormía inocentemente su hijo.

A esta inquietud sentimental, contribuía la frialdad de carácter del esposo.

Hubiérase dicho que demasiado a menudo él olvidábase de tener una mujercita sensible, buena, callada, pero de intensa vida interior, que necesitaba



CUENTO

Por

ANA ANSALDO DE COLOMBO

de mimos como de alimentos, de distracciones como de sol.

Y en la soledad creciente, en que la dejaban el cuidado y la dirección de la casa y de sus dos hijos, cada vez más altos, ella se abandonaba a esa "reverie", tan triste y tan dulce. Su espíritu iba entonces a acurrucarse al lado del hombre a quien ella quería tanto y junto al cual hubiera sido tan feliz.

— Cuando mi cabello esté canoso cuando haya alcanzado una edad que me ponga al abrigo de todo mal juicio, yo iré junto a él. Subiré por su escalera con paso cansado, golpearé a su puerta, y cuando él venga a mi encuentro y se muestre sorprendido, yo le diré que desde mucho tiempo deseaba ir; volcaré en él toda esta ternura, esta pasión comprimida que me atormenta, y lloraré sobre su hombro esta inmensa felicidad perdida.

Y le diré: "He tardado tanto en venir para tener la edad en que ya no existe tentación, en que todo podemos confesarlo sin miedo a pecar." Después lo dejaría con una mirada infinitamente dulce e infinitamente triste como un día otoñal.

Una vez en que más solitaria estaba su alma y más punzante sentía este deseo, quiso usar el teléfono para oír la voz suya.

Descolgó el auricular y obtuvo la comunicación. Le contestó una voz femenina; la secretaria seguramente, y a su pregunta si estaba el doctor Bernard, le contestó que en seguida la atendería. A través de la comunicación establecida, oyó la voz de él que contestaba a la secretaria; una voz alterada por la distancia y el mecanismo que, sin embargo, la turbó tanto, que ella, con una pregunta evasiva, tuvo que dar término a su llamado.

Comprendió entonces que aún estando decidida, algo más fuerte que ella la retenía, le impedía faltar aunque en mínima parte a sus deberes.

— Yo nunca subiré por su escalera, nunca iré a su encuentro; una potencia oculta parece prohibírmelo. ¡Si lo encontrara alguna vez!

Y no pasó mucho tiempo que el encuentro se verificó. Su hija tenía ya diez y seis años, y ella empezó a salir de su aislamiento y a frecuentar la sociedad.

Fué en una fiesta. En lo más animado de la danza, ella quiso retirarse a una pequeña sala y, al cruzar el hall, vió un grupo de señoritas alrededor de un caballero, y oyó las palabras de un señor discreto que decía a otro:

—Allí esta Bernard, el doctor de las mil aventuras.

Miró ella sin ser vista y le vió a él, en medio del grupo juvenil que acentuaba aun más su decadencia física, y que decía con voz melosa.

— Hay dos clases de personas que yo no molesto nunca: los que rezan y los que se aman.

Llegó ella a la salita y, sola, parada frente al espejo, se miró en el alma.

¿Y ella había pasado veinte años esperando eso?

¡Qué cambios, qué estragos opera el tiempo!

Ella misma, después de tantos años y tan "pot au feu", ¿qué impresión le hubiera hecho a él?

Comprendió todo lo ridículo de un encuentro sentimental a su edad. No, a esa altura de la vida se puede seguir amando, pero no se vuelve a amar a los que hemos conocido cuando jóvenes.

Y sin poder explicárselo pensó en Einstein.

¡Quién sabe por qué comprendió que todo es relativo!

En efecto: cuando, al salir, el esposo puso el abrigo de piel sobre sus hombros, le pareció galante y apuesto como nunca; y de regreso en el auto junto con sus dos hijos, frente a los cuales nada tenía que reprocharse, se sintió la más dichosa de las mujeres.

FIN

CARTAS DE UN ARGENTINO QUE SE ENOJA

¿POR QUIENES VAMOS A VOTAR?

Nunca he presenciado una campaña cívica que transcurra con mayor indiferencia que la actual, no obstante su importancia política. A pocos días de los comicios — los primeros grandes comicios que se celebran desde la restauración constitucional — no he encontrado todavía una persona que me pregunte siquiera por quién vóy a votar.

Antes, en vísperas electorales, algo más que eso solía ocurrírnos a los que no militamos en ningún partido — a los injustamente llamados indiferentes *por los profesionales políticos; — debíamos soportar la labor catequística de unos cuantos amigos, conocidos y parientes: conservadores, socialistas, radicales, etc. Las elecciones constituyeron siempre aquí el motivo central de los comentarios muchos días antes de su realización, por lo menos en las charlas de los hombres. Y con frecuencia llegaron a inmiscuirse hasta en la conversación de las mujeres. Las elecciones desplazaron un poco al football y a las carreras del comentario de las oficinas públicas, se insinuaron en las reuniones frívolas, se colaron al hogar. ¿Por qué no ocurre lo mismo ahora? ¿Por qué la gente se limita a hablar del asunto ligeramente, con indiferencia, como por compromiso? ¿Por qué uno advierte que hasta los mismos políticos profesionales realizan su campaña pública de propaganda sin entusiasmo, con el desgano casi de quien cumple un penoso deber? Declaro con sinceridad qué no creo ni por un sólo instante que esta visible indiferencia sea provocada por la abstención electoral decretada por ningún órgano partidario. La gente en estos momentos no es abstencionista por principios, no experimenta repudio alguno moral hacia el voto: es nada más que indiferente por culpa de las perspectivas comiciales que se le ofrecen. No le atraen, en otras palabras, ni los candidatos ni los programas por los cuales irremisiblemente deberá pronunciarse. Votará, no lo dudo, porque votar es un deber y una costumbre, pero de seguir así, las elecciones llegarán a ser actos tan insensiblemente consuetudinarios como los de Carnaval.*

Yo mismo, señor Director, me he preguntado lo que nadie ha tenido interés en preguntarme este año: ¿por quiénes voy a votar? He analizado las listas de candidatos y las plataformas electorales: ninguna, en mi concepto, contempla con un criterio nuevo, *limpio de comprometedores atavismos, la* nueva realidad argentina. *Ninguna consulta, por lo menos, lo que constituye una imperiosa necesidad en todos los espíritus. Ya he hablado de ella en mis cartas anteriores; ya he dicho que nos sobran doctrinas, tendencias, sectas, dogmas, "ismos", y que nos faltaba en cambio un poco de austeridad, de discreción, de patriotismo a cuenta de los políticos. Para informarme mejor he oído varios discursos de los distintos partidos en puja: palabras, veneno, promesas que no se cumplirán jamás. Y, salvo contadas excepciones, una mediocridad ofensiva por parte de los oradores. Política, eso sí, mucha política; táctica, mucha táctica. ¿Y para qué? Estoy seguro que la presencia de los candidatos ausentes no hubiese remediado la situación. Al contrario: habría en la campaña electoral más odio aún, más táctica, más política. ¿Por quiénes voy a votar entonces? Porque yo quiero votar para que no me confundan con los que — desde la derecha o desde la izquierda — expresan por medio de la abstención su protesta contra un régimen que respeto y acato sinceramente. ¿Por quiénes debemos votar? ¿No es una vergüenza, señor Director, que pocos días antes de los comicios tengamos que hacernos esta pregunta, en un país donde hay tantas personas cultas y capaces para las funciones públicas? ¿Por qué no mirarán un poco los partidos políticos en torno de la realidad argentina, en vez de limitarse a contemplar sus propios comités?*

Pero se me ha hecho tarde. Continuaré el miércoles, señor Director.

Argentino D. Veras

Los zorzales porteños

(Continuación de la página 53)

mos en torno a una mesa de un café de Pedro Mendoza. Una orquesta ambulante — bandoneón, guitarra y violín — destrozaba admirablemente la sentida melodía de "Cuando llora la milonga". Una voz abaritonada y bien timbrada se alzó de pronto, arrebatando en su cauce de armonía el desacuerdo de los instrumentos. Era un obrero del puerto, algo alcoholizado. Estábamos ante el artista espontáneo que surge de las profundidades líricas del alma popular. Como en las tabernas de Triana, Cádiz o Málaga, el anónimo cantor de tango — que es exactamente nuestro "cante jondo" — realizó el prodigio lírico de embriagarnos en su emoción y despertar en nuestras vidas remotos ecos y secretos anhelos. Alguien citó una frase que dijo o mereció decir García Lorca en un cafetín del bajo:

—La Argentina del tango posee irreveladas la profundidad lírica y la fascinación espiritual de la Andalucía de la pena y la copla... Después de todo, las dos lloran con guitarra...

LA PROMESA DE UN GRAN ARTE POPULAR

Mientras el tango se baile con seriedad litúrgica y se cante como un rito, mantendremos la esperanza de que de él surja un gran arte popular argentino. La emoción religiosa con que en los cafés de Buenos Aires se escucha a las orquestas típicas y a los cantores populares, evidencia que el tango es "una cosa seria", como nos decía el Santos Vega de Liniers. Aunque a veces se nutre de motivos líricos de diversa procedencia, el tango lleva fuertemente impreso el cuño espiritual de Buenos Aires. Es una expresión inconfundible y auténtica de su alma. No es una manifestación bizantina — traducción, calco — de un arte sin personalidad propia. Si así fuera, el tango habría desaparecido ya hace años con "La morocha", "El entrerriano", "Rodríguez Peña", "La cumparsita". Y no estaría más que nunca toda el alma de Buenos Aires saturada de tango, y nadie habría encerrado a los zorzales de los barrios porteños en las jaulas de humo — alambradas de focos eléctricos — de los cafés y boîtes del centro.

FIN

Forzoso es salir...

(Continuación de la página 3)

portar en 1923 hasta 3 millones de kilos de fruta argentina, o sea las tres cuartas partes de la exportación de ese año, había reducido a 128 mil kilos aquella cifra hace dos años, y en peor situación estamos ahora. Y Bolivia, que llegó a introducir hasta 44 mil kilos, consumió 113 (?) kilos en 1931.

POCO ALENTADORA ES LA REALIDAD DEL MERCADO INTERNACIONAL

Hecha la justa excepción del Brasil, donde la fruta argentina se introduce libre de derechos, y de Norte América que nos compra en proporción creciente, todo está por hacerse.

Y si se piensa que Inglaterra, Alemania, Bélgica, Escandinavia y Holanda pueden ser consumidores de primer orden, no costará trabajo admitir la conveniencia de iniciar desde ahora una propaganda intensa, que hasta a los mismos productores asociados les conviene costear, cuando menos en parte, para tener la esperanza de conciliar el sueño dentro de un par de años.

FIN

BIBLIOTECA TEATRAL DE "MUNDO ARGENTINO"



DON CHICHO

Sainete en dos cuadros de

Alberto Novión

Estrenado en el teatro de la Comedia por la compañía Arata-Simari Franco, el 20 de abril de 1933.

NOVION, Alberto. (Sainetero.) — Nació en el Río de la Plata en 1881.

Se inició en el teatro con la pieza campera "Doña Rosario", que estrenó Orfilia Rico.

Estrenos sucesivos: "La tapera", "La campusa", "La gaucha", "La madriguera", "Airiños da miña terra", "¡Bendita seas!", "¡Cómo se pasa la vida!", "¡Cuidado con los ladrones!", "Donde el diablo perdió el poncho", "El alma de los perros", "El barbijo", "El cabaret "Montmartre", El cambalache de Petroff", "El gringo Baratieri", "La cantina", "El patio de los amores", "El payo Roqué", "El tango de la muerte", "El trovador de Pompeya", "El vasco de Olavarría", "En casa del taita Pancho", "En un burro tres baturros", "¡Facha tosta!", "La familia de don Giacumín", "La muchacha del circo", "La ruleta de San Carlos", "Las golondrinas", "Los hijos de Pío Pío", "Los primeros fríos", "Los provincianos", "Misia Pancha la brava", "¡Pasen a ver las fieras!", "Que no lo sepa la vieja", "¡Qué suerte la de Bachicha!", "Romántico bulincito", "Se casa el negro Rancagua", "Se vamo a Montmartre", "Te quiero porque sos reo", "Una agencia matrimonial", "Una ***presentación", "Yo quiero ir a Mar del Plata", etc.***

REPARTO

Doña Regina	Leonor Rinaldi
Don Chicho	Luis Arata
Luciano	José Franco
Quirquincho	Leopoldo Simari
Don Pietro	Leonardo Desanto
Rosendo	Eduardo González
Fifina	Rosita Arrieta
Perico	Jorge Gangloff
Agente 1º	Eduardo Scutari
Doña Francisquita	Milagros Senisterra
Don Venancio	Juan Vitola
Oficial de policía	Vicente Iglesias
Agente 2º	Julián Almada
Padre José	Francisco Vázquez

(La acción en Buenos Aires. Epoca actual.)

CUADRO PRIMERO

(La escena representa una pieza, en bajos, limpia y pobre. Al foro, derecha e izquierda primer término, puertas practicables. Al fondo, una cómoda; sobre ella dos cuadros de vírgenes, un santo y dos candeleros con velas; en lo alto un crucifijo de unos sesenta centímetros de altura, siendo los brazos del Cristo practicables. En el costado izquierdo, un pequeño aparadorcito. En la derecha, un catre, con su colcha, que tapa las patas del mismo. Una mesa, sillas, bancos, un pequeño brasero o calentador con su pava encima, servicio de mate, etc., etc. En las paredes a los costados, uno que otro cuadrito. Es de tardecita.)

DOÑA REGINA, DON CHICHO, LUCIANO

(DON CHICHO, sentado en una silla baja, en el costado derecho, con un rosario en la mano y rezando entre dientes. Luciano, sentado junto a la mesa en actitud pensativa; frente a él DOÑA REGINA, cebándole mate en un jarro.)

REGINA. — Vo ya no só on mochacho. Sos cuasi un hombre. E lo hombre no débeno de perdé la cabeza pe una moquer coalquiera... ¿Moquer?... ¡Esa no é na moquer, é na chenita que no vale manco chinco chentavo!

LUCIANO. — ¡Es que yo la quiero, vieja, la quiero!

REGINA. — ¡E ya sé que la aqueré! (*Quejumbrosa.*) ¡E eso é lo que m'aflique, lo que me hace llurá; que me hico se apase todo el día triste e pensativo pe esa purcaría! ¡Oh, marona mía!

CHICHO. — Ma, dicamen na cosa; ¿ostede non poédano acallarse no poco la boca coando yo astoy arezando? Pe atendé la converzacione de ostede sarto de lo Patre Noguestro a la Ave de María, e de l'Ave de María a lo Patre Noguestro, o a lo fenale yo mimo non só se estoy arezando lo Patre Noguestro o l'Ave de María; ma ambarullo todo.

REGINA. — ¿E pe qué no atiende so rosario, e ene deca a nosotro en pache?

CHICHO. — ¡De corioso, de chimentoso que soie!... (*Reza, haciendo correr las cuentas del rosario entre sus dedos.*) "Dio te salve María, llena ere d'engracia... Creo en Yesucristo, ma non credo en me hico, ne en la matre, ne en toda la familia, que non sápeno atrabacare ne aganarse la vita... Aquí l'único que tiene que cencharlo songo yo, e se non la cincho, te ne morino de fame. Amene."

REGINA. — ¡Senvregüenza! Se pasa todo lo día metido adentro de la cantina afogando a lo "tré sette" entre haragane, e diche que atrabaca!...

LUCIANO. — Y Fifina, ¿dónde está que no la veo?

REGINA. — Non sacho niente. Hace tré dia que farta d'en casa. Me dico: "Doña Regina, voy hasta l'rarmacine a comprá medio kilo de azúcara", e non volvió má! Debe andá atoriantando pe la calle.

CHICHO. — ¡Tengo na gana de atorcerle el cogote a esa mochacha! ¡E media batedora!

LUCIANO. — ¿No se la habrá llevao Rosendo?

REGINA. — No. Ayer vino a preguntá pe ella.

LUCIANO. — ¿Y qué tiene que preguntar ese, eh?

REGINA. — Se hace la cuqueta co todos. ¡E loca!

LUCIANO. — ¡El día que yo lo encuentre a Rosendo en esta pieza lo saco a empujones!

CHICHO. — En lo coñome de lo Patre, de lo Hijo e de lo Aspirito Santo... (*Se hace la señal de la cruz. Guarda el rosario.*) ¡Amene! (*A Luciano, con cierta energía.*) ¡Lo saco a empojone, lo saco a empojone!... ¡Premero vamo a vire se yo te lo aprimito! ¡Pe comandare a esta casa hay que traere plata! ¡E vo te avenis a la casa de to padres, coando no tené adonde acaerte moerto!

REGINA. — (*Irónica.*) Se quiere acasá e non gana pe comé... ¡Aspamentoso!

CHICHO. — Se yo hobiese sapido que iba a tené no hico tanto chitrulo, lo hobiese terado a no zanguano. (*Suavemente.*) ¡E tanto vivo que parecía coando piqueño! ¡Daba gusto!... Lo mandábamo a comprá yerba e se alzaba co tré lata de sardina... Iba a comprá no kilo de bacalao e se avenía co na lata de aceite de cinco litro. ¡Daba gusto! ¡Prometía!... (*Violento.*) Ahora non e capache de alevantare n'alfelere del soelo... ¡Pituco!

LUCIANO. — Entonces, ¿lo que ustedes quieren es que vuelva a robar, que vuelvan a meterme en cana?...

CHICHO. — (*Energico.*) ¡Robare!... ¡Robare!... Yo non le digo eso, que salga a la calle e se aponga a robá... ¡Robá... roba coalquiera! (*Con suavidad.*) Lo que yo le apido e que astudie, que haga no trabaquito fino, co la entelequencia. (*Hipócritamente insinuante.*) Hay tanta gente rica que anda sola pe la calle... Se ajúntano tré o coatro, le atápano la boca... ¡Je, je!... Hay tanta vieca solterona que vano temprano a l'ingresia, cargada de oro... ¡Hay tanta niñera que llévano la criatura al cochecito pe hacerle tomare sol a la plaza!... ¡E tanto fáchile espiantarse na criatura!... ¡Se da no manotone así (*Acciona*) e ya está!... (*Como poniéndose un paquete bajo el brazo.*) ¡No pesa nata!

LUCIANO. — ¿Entonces, lo que ustedes quieren es que entre en una banda, que me haga maffioso?

CHICHO. — (*Agarrándose la cabeza, exageradamente hipócrita.*) ¡Oh, Marona Santísima!... (*Invocando a los santos.*) ¡Lo que ha dicho!... ¡Oh! ¡Yo non digo eso!... (*Por llorar.*) ¡Que me aquede ciego se yo ho dicho eso!... (*Volviendo a él y enojado.*) ¡Ma robando nomáticos e asaltando quente co uno vente al borsillo no se va a nenguna parte! (*A ella.*) ¿Tengo razone o non tengo razone? ¡Hablá!

REGINA. — ¡Tené!

CHICHO. — (*Insinuante.*) Sin ir má lejo, ahí lo tené a Rosendo; ése que vó le atené tanta bronca. Hace sei mese apena le dábano corte, e ahora tiene hasta caballo de carrera. ¿Cómo se hizo de plata? ¡Non se sabe!... ¡Mesterio!

LUCIANO. — ¡Oh, no sea sonso! ¡Rosendo es un mal amigo, un falso, un entregador! ¡No conozco hombre más sinvergüenza!

CHICHO. — (*Encogiéndose de hombros.*) ¡Senvregüenza!... ¡Senvregüenza!... Eso de senvregüenza es asegune come se mira. Para mí, no chancho que vive adentro de no chiquero e no se ansucia la pata, no é un chancho, é na persona decente. Para mí, Rosendo, é no chancho decente. (*Con avidez.*) A vece trae a lo borsillo no poñado de plata tanto grande que (*Desorbitado y con ademán*) dano gana de apretarle el cogote...

LUCIANO. — ¡Usté no piensa más que en la plata!

CHICHO. — (*Quejumbroso.*) ¿Ee qué voy 'hacere?... A mi etá non se poete pensare a otra cosa... Ya estamo vieco... No tenimo foerza. (*Llora.*) ¡Merá to mama, a to pobre vieca, co todo el pelito bianco; apena apena levanda na silla! (*Regina también llora.*) Sufre de jajeja... No poete arespirá... E yo... yo non quiero hablare. Ayer tuve de ire al Hospedale Florito a hacerme vere.

REGINA. — ¿E qué te dico lo dotore?

CHICHO. — C'astoy enfermo.

REGINA. — ¿Anfermo de qué?

CHICHO. — De la gota.

LUCIANO. — ¡De la gota de vino es de lo que está enfermo usté!

REGINA. — (*Compasiva.*) ¡Da vero! ¡Stá anfermo! Viera vó come sofre de noche. Se ajeja siempre. Habla solo. ¡Ah, Marona! ¿Quién iba a decire que íbamo a llegare a vieco e senza un chentavo?...

Dichos, QUIRQUINCHO y DON PIETRO

(Aparece Quirquincho, por el foro, empujando un viejo sillón con ruedas en el que está sentado don Pietro, un viejo ochentón paralítico. Silenciosamente se dirige hacia la puerta primera, izquierda, donde se detiene.)

CHICHO. — ¡Se a mí no m'hobiérano echado d'Italia!...

LUCIANO. — Por bueno lo echaron, seguramente...

QUIRQUINCHO. — ¡Buenas y santas!

CHICHO. — (*Yendo a él, rápido.*) ¿Cuánto haciste?

QUIRQUINCHO. — Uno sesenta.

CHICHO. — (*Tomándolo de la solapa.*) ¡Mentira! ¡Haciste má!

QUIRQUINCHO. — Y bueno, uno ochenta. Le compré veinte de naranja al abuelito; tenía sed.

CHICHO. — (*Enojado.*) ¿E no hay acqua al armacine?

QUIRQUINCHO. — ¡Qué rico tipo! Es el único que trai plata a la casa y todavía le mezquinan veinte... ¡Pobre viejo!

CHICHO. — Ya chupó bastante naranja a so vida; ahora le poete hacere mal. (*Arrebatándole las monedas.*) ¡Traé p'acá!

QUIRQUINCHO. — ¡Tome!

CHICHO. — (*Recibe las monedas y mientras la va contando, muerde una.*) Trenta, coaranda, chinguanda... ¡Esta é falsa!

QUIRQUINCHO. — ¡No diga!

CHICHO. — ¡Mordela!

QUIRQUINCHO. — (*Lo hace.*) ¡Es cierto! ¡Miren qué modo de hacer la caridá!

CHICHO. — ¡Co esta hobiera pagado la naranja!... A ver, ¡vo fomaste!

QUIRQUINCHO. — ¡No señor, no fumé!

CHICHO.—¡Fomaste! ¡Alargame el aliento!

QUIRQUINCHO. — Agüelito, ¿yo fumé? (*Pietro indica que no con la cabeza.*)

CHICHO. — (*Siempre en tono alto.*) ¡Osté qué sabe, se tiene lo s'ojo lleno de tela de araña! ¡Llevame esa purcaría para adentro! ¡No lo poedo mirá! ¡Se la pasa dormiendo!... (*Se sienta junto a la mesa y va revisando las monedas.*)

QUIRQUINCHO. — (*Va a Luciano y hablan aparte.*) Che, Luciano, oí: ¿a que no sabé a quién vi? ¡A Fifina!

LUCIANO. — ¿A Fifina? ¿Dónde?

QUIRQUINCHO. — En el Puente de Barracas.

LUCIANO. — ¿Qué hacía?

QUIRQUINCHO. — Comía manises.

LUCIANO. — ¿Con quién?

QUIRQUINCHO. — ¡Con otro muchacho!

LUCIANO. — ¿Hace mucho?

QUIRQUINCHO. — Recién. (*Luciano toma su sombrero y vase precipitadamente por el aforo.*)

REGINA. — (*Que ha observado los movimientos de Quirquincho.*) ¿Qué le diquiste a a Lociano, que se foé tan aporado?

QUIRQUINCHO. — Nada.

REGINA. — ¿Cómo nata? ¿Te cré que non te vi que le hablabas baquito?

CHICHO. — ¿Argo de Fifina? (*Quirquincho asiente.*)

REGINA. — ¿Dónde la viste?

QUIRQUINCHO. — En el puente.

REGINA. — ¿Qué hacía?

QUIRQUINCHO. — Nada. Sentada.

REGINA. — ¿E pe qué non viene?

QUIRQUINCHO. — No viene porque... porque... le tiene bronca a usté y a usté... (*Apartándose.*) ¡Las cosas que me dijo! ¡Ja, ja, ja! Me dijo que usté era una vieja maffiosa, que el día meno pensao la van a llevar en cana... (*Ríe.*) Y que usté..., que usté era un viejo que se vuelve puro (*Imitándolo*) "¡Oh, María santísima!", por aquí; "¡Marona del Cármine!", por allá, y que es capaz de encajarle la trincheta por la esparda al más pintao.

REGINA. — ¡Oh! ¡Mire no poco la cosa que diche esa senvregüenza! ¡Sabiendo que Chicho tiene no hermano cura a Santa Fe!...

CHICHO. — ¡La culpa la tené vo en darle tanta confianza a esa rasposa! (*Gritándole a don Pietro.*) ¿E osté qué hace allí? ¿Ya se dormió otra vez? ¡Allevalo adentro!... ¡No lo poedo mirá! Siempre tose, tose... (*Imita el toser.*) Ma nunca se moere, no revienta... ¡Pestoso!...

QUIRQUINCHO. — ¿Y cuando usté era chico él no trabajó para usté?

CHICHO. — ¡Nunca! ¡Siempre foé on reo! ¡Me hacía trabajá a mí! ¡Vivo! ¡Que sufra ahora!... ¡Asacalo de mi s'ojo!... ¡Me pone añervoso!...

Dichos y ROSENDO (por foro)

ROSENDO. — Buenas tardes. ¿Se puede?

REGINA. — ¡Rosendo! Che, vieco; mirá quín está en casa... ¡Rosendo!

CHICHO. — (*Sumamente atento.*) ¡E cherto! ¿E no le ofrecé una silla?

ROSENDO. — ¡No, no! ¡No se incomoden! Vengo de paso nomás. Voy a ver a uno que me tiene amurado en una redoblona y sigo de largo. Y, ¿cómo están por acá?

REGINA. — (*Tristemente.*) ¡Eh! Nosodro, aquí stamo, arrastrando lo poco año que ne quédano. Ayer, el vieco, tuvo de ire al hospedal.

ROSENDO. — ¡No diga!... ¿Qué tiene?

CHICHO. — (*Que casi arrastrándose se ha tirado sobre su sillita.*) ¡Eh!... No poco de todo... (*Fingiendo.*) Vaya uno a sapé... De repende m'agarra na pontada a lo reñone que se me hinchano lo pie ese me seca la lengua. Lo dotore me quiéreno curare co lo remedio... (*Llorando.*) Ma, no dano la plata... ¿E de adónde la asaco yo, pobrecito de mi, me quiere decire?

REGINA. — (*Secándose las lágrimas.*) Eso é cherto.

ROSENDO. — Eso es lo de menos. Nunca falta un amigo.

CHICHO. — (*Se pone de pie y lo palmea hipócritamente.*) ¿Le parece?... ¡Ah! ¡Se yo toviera no hico come osté, qué feliz saría!... ¡Me curaría!

ROSENDO. — ¡Je, je! El que se conserva bien es don Pietro. Da gusto verlo.

CHICHO. — (*Sonriente y muy dulzón.*) ¡Pobrecito me vieco querido! ¡E na reliquia! Lo cuidamo come a un niño. No da trabaco nenguno. No encomoda nunca... ¡E más bueno!... ¿Non é cherto, viequita?

REGINA. — (*Melosa.*) Siempre doerme come no anquelito. Yo lo quiero come se foera patre mío tambiene. ¡E ma santito!

CHICHO. — (*Con acento de cariño.*) Che, Querquincho, allevate a papito para adentro. ¿No ve que aquí hay corriente d'aria e le poede hacere mal?... Pero, despacito, despacito, que no se vaya a dispertá. ¡Tesoro mío!

QUIRQUINCHO. — Diga, ¿y si se despierta?

CHICHO. — Si se despierta le hacé na sopita de leche con pan. (*Medio mutis de Quirquincho, por primera izquierda, empujando el sillón.*) ¡Le agusta tanto!...

QUIRQUINCHO. — (*Volviéndose.*) Viejo, dice don Francisco a ver si le puede dar algo a cuenta de la libreta.

CHICHO. — (*Indignado.*) ¡Callate la boca! ¡Eso no se dice delante de la visita! (*Mutis de Quirquincho.*)

REGINA. — ¡Senvregüenza!

ROSENDO. — Este..., ¿y Fifina? ¿Dónde está? ¿Todavía no ha vuelto?

REGINA. — ¡Todavía! Estamo co lo Yesucristo a la boca!

ROSENDO. — Pero, ¿salieron a campiarla?...

CHICHO. — Me tengo revoelta media ciodá...

REGINA. — Pregontamo a toda la comisería...

ROSENDO. — ¡Muchacha loca! ¡Si fuera mía!...

REGINA. — ¿E pe qué non se la lleva?

ROSENDO. — (*Con dolor.*) No me quiere. En cambio, yo cada día la tengo más adentro.

CHICHO. — ¡Se será sonsa! Despreciare no partido como osté.

ROSENDO. — Si ustedes me ayudaran...

REGINA. — No hacime otra cosa que hablarle bien de osté.

ROSENDO. — Deberían tenerla más sujeta.

CHICHO. — ¡Se é n'anguila! Osté la engara co la mano e se te ne escapa entre lo dedo. ¡Ma, dejala que venga; me va a oíre!

ROSENDO. — En fin, paciencia. Será hasta otro día.

REGINA. — Cómo, ¿ya se va?

ROSENDO. — Vine de paso nomás...

CHICHO. — ¡No se vaya, quédese! (*Rosendo echa mano al bolsillo y saca un fajo de billetes. Aparte.*) ¡Marona! ¡Cuánto danaro!

ROSENDO. — (*Alargándole un billete.*) Tome, sirvasé.

CHICHO. — ¿Qué é eso?

ROSENDO. — Diez pesos... Pa que se compren alguna soncera.

CHICHO. — (*Llorando con simulada emoción.*) ¡No, no, no quiero, no quiero, no quiero! ¡Marona mía, qué hombre quisto! ¡Lo stamo robinando co nostra miseria! ¡Tengo gana de allorá mucho! ¡No quiero! ¡No l'agarro, no l'agarro!

REGINA. — ¡E angarralo, non sia sonso! ¿No sabé que tenimo que pagare l'armacine?

CHICHO. — (*Entre sollozos.*) ¡No podemo pagarle! No alcanza. Son catorce peso. ¿No te acordá?

ROSENDO. — (*Sonríe y saca de su bolsillo.*) Tomen veinte, así les queda algo.

CHICHO. — (*Toma el dinero y corre a arrodillarse ante la cómoda implorando a los santos.*) ¡Marona santa!... ¡Vérgene adolorata! ¡Castigame a mé e ayodá a quisto hombre!... ¡Que tenga mucha soerte!... ¡Que gáneno so caballo e tratá en lo posible que Fefina lo quiera e le entregue so corazone! Nosotro le hacimo gancho...

FIFINA, DON CHICHO, DOÑA REGINA, ROSENDO.

REGINA. — (*Mirando hacia la puerta.*) ¡Ahí la tené! ¡Ahí está! (*Chicho se pone de pie.*) ¡Parece na pordiosera, na hica de la calle! ¡Me revienda! (*Efectivamente, en la puerta de foro, recostada en el marco, está FIFINA; mal trajeada, la batita hecha jirones, pero linda como una mañana de sol. Trae en brazos un perrito. Los dos llevan un moño azul al cuello.*) ¿De adónde sale osté? ¿Pe dónde ha andado, me lo quiere decire?

FIFINA. — ¿No me mandó a comprar medio kilo de azúcar?

REGINA. — ¡Hace tré día! ¿Dónde está l'azúcara?

FIFINA. — (*Señalando la barriguita del perro.*) ¡Aquí! Se la comió éste, este angurriento.

REGINA. — ¿E de adónde asacaste eso perro atorrante?

FIFINA. — De un zanguán. Le hice "pichí-pichí-pichí" y me siguió. Desde entonces no nos separamos nunca. ¡Es más bien educao! Todavía no me hizo nada encima. (*Al perro.*) Saludá a la señora: "Buenas tardes, buenas tardes". Vas a ver qué labia tiene. Se pasa el día rezongando. Aquel otro es el marido. ¡Te lo regalo! ¡Tomale bronca! Aquí, de los tres, la más buena soy yo.

REGINA. — ¡Sé! ¡La má boena, la má boena; la má desfachatada decí mecore! Quiero sapere adónde astoviste. ¡Hablá! ¡Te astoy asperando!

FIFINA. — Y..., por áhi..., por áhi...

REGINA. — ¿Pe dónde? ¿Quín te aregaló esa cinta?

FIFINA. — ¡Perico!

REGINA. — ¿E quí é esto Perisco?

FIFINA. — Un amigo, un canillita.

REGINA. — ¿E cuále é l'intenzione?

FIFINA. — Porque le ayudaba a vender diarios.

CHICHO. — (*Rápido.*) ¿Adónde está la plata que ganamo?

FIFINA. — La gastamo en empanada.

CHICHO. — ¿E pe qué no seguieron vendiendo diario, entonce?

FIFINA. — Porque se comimo el capital.

REGINA. — ¿E ahora venís a que te amantenga yo?

CHICHO. — ¡Senvregüenza! ¿Qué haciste de lo chenguanda chentavo?

FIFINA. — ¡Los perdí!

CHICHO. — ¿E te parece lindo esto? ¡Uno aquí, viviendo contando lo chentavo, e vo atirando la plata a patada, a la calle, come se nosotro foéramo hieo de Anchorena-Onzoete! ¡Lo que yo debería hacere é agarrare no palo e arrompértelo al lomo, e tambiene a eso perro rasposo que me atrajiste! (*Transición. Como arrepentido de lo dicho y haciéndose la señal de la cruz frente a las imágenes.*) ¡Dio che me ne líbere de hacere semejante barbaredá! ¡Me castigaría! ¡Antes que me aquede ciego! ¡Lo que me hace decí!... (*Cambiando de tono.*) E..., e tampoco lo hago pe que Rosendo me lo apidió... A él le debé que hoy háyase voelto a nacire... (*Con picardía e insinuante.*) Salodalo... Andá... Dale la gracia... ¡Ahí lo tené!... (*Le saca el perrito de entre los brazos y lo lleva a derecha, reapareciendo en seguida.*)



LUCIANO. — Entonces, ¿lo que ustedes quieren es que vuelva a robar, que vuelvan a meterme en cana?

CHICHO. — ¡Robare!... ¡Robare!... Yo non le digo eso, que salga a la calle e se aponga a robá... ¡Robá... roba coalquiera! Lo que yo le apido e que astudie, que haga no trabaquito fino, co la entelequencia. Hay tanta gente rica que anda sola pe la calle... Se ajúntano tré o coatro, le atápano la boca... ¡Je, je!... Hay tanta vieca solterona que vano temprano a l'ingresia, cargada de oro... ¡Hay tanta niñera que llévano la criatura al cochecito pe hacerle tomare sol a la plaza!... ¡E tanto fáchile espiantarse na criatura!... Se da no manotone así e ya está!...

FIFINA. — (*Con ligero movimiento de brazo.*) ¡Salú, salú! ¿Qué dice?

ROSENDO. — (*Desde primer término izquierda.*) ¡Aquí me tenés!

FIFINA. — (*Espontánea.*) ¿Ya está otra vez aquí? ¡Pucha, que había sido abrojo!

ROSENDO. — (*Cortado.*) Es que..., ya me iba.

FIFINA. — Por mí no haga cumplimiento.

REGINA. — ¿A que non sabé a qué ha venido?

FIFINA. — A dar trabajo.

CHICHO. — No, siñor; a pedir to mano.

FIFINA. — ¿Para qué? ¡Si las tengo limpias!

REGINA. — Para acasarse.

FIFINA. — ¿Con quién?

CHICHO. — ¡Coi vo!

FIFINA. — (*Riendo.*) ¡Macanas!

REGINA. — ¡Te lo yuro!

FIFINA. — No, que lo jure él.

ROSENDO. — ¡Palabra de honor!

FIFINA. — ¿Y recién ahora piensa hacer eso?... A mí me parece que usté está medio viejo para esos trotes... (*Soñadora.*) Y..., y con todo me casaría. Debe ser lindo casarse... ¡Entrar a una iglesia, del brazo del novio, toda vestida de blanco, con una cola de tres metros, y ni bien una se asoma en la puerta de l'iglesia, el órgano toca un tango, los angelitos tiran flores y el sacristán..., el sacristán tira la manga!... ¡Qué lindo! ¡Yo me abatataría toda! ¡Te lo juro que me abatataría, y con todo, me casaría!... (*Corre a él, alegremente.*) ¿Cuándo nos casamos?

ROSENDO. — Cuando vos quieras, Fifina.

FIFINA. — ¿De veras? Y, ¿de qué se enamoró de mí? Linda, muy linda no soy... Fea tampoco. ¿De mis ojos?... Es lo único espléndido que tengo, y más cuando los revoleo... (*Lo hace.*) ¡Mirámelos! ¿Qué te parecen?

ROSENDO. — La verdad que son lindos. ¿Entonces cuento verdaderamente con tu cariño?

FIFINA. — Pero, ¿todavía dudás de mi cariño? Preguntale, preguntale a doña Regina si no le tengo dicho que con el único hombre que yo haría una macana sería con vos; preguntale.

REGINA. — ¡Eso é cherto! Cada vé que viene no hace otra cosa que apregontare: "¿Vino Rosendo? ¿No pasó Rosendo? ¿Qué estará haciendo Rosendo?"...

FIFINA. — (*Encarándola.*) ¡Eh, eh, eh! ¡No sea macaniadora! ¡No invente! ¿Cuándo le he preguntao por Rosendo? ¡Si no lo podía ni ver!... Recién hoy lo encuentro diferente, más simpático, más buen mozo que antes... (*A él.*) ¿Quién le hizo el ñudo de la corbata? ¿Vos mismo, no? ¿No tenés espejo en tu casa? ¡Levantá el cogote! (*Le arregla el moño.*) Las mujeres es en lo primero que nos fijamos, en la corbata. ¡Ahora, sí!

ROSENDO. — ¡Sos un ángel!

CHICHO. — ¡Hasta a mí se me hace acqua la boca!

REGINA. — (*Dándole un codazo.*) Callate, senvregüenza; a to edá...

CHICHO. — No lo digo co mala intenzione; lo digo físicamente.

FIFINA. — ¿Qué me vas a regalar?

ROSENDO. — ¡Lo que vos quieras! Lo que pidas es una orden para mí. ¿Qué querés?

FIFINA. — ¡Qué sé yo! Me hacen falta tantas cosas. Y estoy tan emocionada que no sé lo qué pedirte.

CHICHO. — ¡Je, je! Tiene miedo de quedarse corta.

REGINA. — ¡Qué inocente! Cuando yo era mochachia era eguale.

CHICHO. — (*Dándole un codazo.*) Callate, vo foíste la que m'enseñaste a sere manguero.

Dichos y LUCIANO, por foro.

LUCIANO. — Buenas.

FIFINA. — (*Se olvida completamente de Rosendo y corre a los brazos de Luciano.*) ¡Luciano, hermano mío!

LUCIANO. — (*Apartándola.*) ¡Yo no soy su hermano! Criaos juntos y gracias. ¿Por dónde has andado? ¡Hablá!

FIFINA. — Y.... anduve por áhi..., por áhi...

LUCIANO. — ¿Por dónde?

FIFINA. — Por... por la Avenida, por la Costanera, por la Chacarita. ¡Me he divertido más! Si vieras, che; traje un perrito pa que lo criemos entre los dos.

LUCIANO. — (*A Rosendo.*) ¿Y usté, a qué viene aquí?

FIFINA. — ¡Dejalo! (*Riendo.*) Vino a pedir mi mano. ¡Si será otario!... Se quiere casar conmigo. ¡Bonito clavo se lleva!

LUCIANO. — ¿Y usté, vieja, permite que le hablen de amores a Fifina, sabiendo lo que la quiero?

FIFINA. — ¿Quién? ¿Esa? ¡Si es la primera en hacerme gancho! ¡Si no desea otra cosa!

LUCIANO. — ¿Y el viejo también?

FIFINA. — ¿El viejo? ¡El viejo es peor! Con esa cara de víctima que tiene y que parece que no mata una mosca... ¡cuidao!... Es más traicionero que moneda falsa.

CHICHO. — ¡Míreno qué manera de hablare de mí, sabiendo que tengo no hermano cura párroco a Sanda Fe!...

FIFINA. — Me dice: "Andate co Rosendo, que tiene mucha plata. Te va a enyenar lo borsillo de caramelo". ¡Ja, ja!... (*Cómicamente seria.*) Me quiere hacer morder con caramelos. ¡Si será otario! ¡Llevame a otra parte! ¡Yo no puedo vivir más entre maffiosos!...

CHICHO. — (*Exageramente ofendido.*) ¡Oh!... ¡Lo que diche! ¡Vérgine adolorata! (*A ella, furioso.*) ¿Quí é lo maffioso? ¡Ya te tengo dicho que esa palabra no quiero que se apronuncie a la casa mía!

FIFINA. — (*Parapetándose detrás de Luciano.*) ¡Llevame, llevame, Luciano!... ¡Si no me llevás, hoy la ligo!

LUCIANO. — Lo tenía pensao. Aquí están todos en contra de nuestro cariño. No quieren que seamos felices...

FIFINA. — ¿Querés que vaya a preparar mi ropita?

LUCIANO. — ¡Andá! (*Fifina se encamina alegre al mutis derecha.*)

REGINA. — ¿Te hai venido loca, Fefina?

CHICHO. — Adejala... ¡Preparare la ropa no é irse! Yo sé lo que tengo que hacire.

FIFINA. — (*En puerta derecha.*) ¡Qué alegría! ¡Por fin voy a respirar con libertá! (*Mutis.*)

CHICHO. — (*Con rabia contenida.*) E vó, ¿qué apensás hacire?

LUCIANO. — Llevarme a Fifina. Lo tengo resuelto. (*A Rosendo.*) En cuanto a usté, no precisamos de sus visitas. ¡Su presencia estorba en esta casa!

CHICHO. — (*Estallando.*) ¡Osté non se va! ¡Se aqueda!

ROSENDO. — (*Tranquilo.*) ¡Déjelo! ¡Está bueno!... Había sido compadre el mozo..., en su casa.

LUCIANO. — ¡Aquí y dondequiera!

ROSENDO. — ¡No se enoje, no es para tanto! ¡Si ya nos hemos de ver las caras! Tal vez hoy, acaso mañana... ¡Je, je!... ¡Adiós, don Chicho! ¡Salú, doña Regina!

CHICHO. — (*Queriendo detenerlo.*) ¡Oste non se va de aquí!

ROSENDO. — (*Apartándolo.*) ¡Déjelo!...

CHICHO. — ¡Aquí comando yo! ¡Esta casa é mía!

ROSENDO. — (*A él.*) ¿Me puedo despedir de la muchacha?

LUCIANO. — ¡Pase si és hombre!

ROSENDO. — Preguntaba nomás... ¡Je, je! ¡Había sido cosquilloso!... ¡Está bueno!... (*Mutis rápido, foro izquierda.*)

CHICHO. — (*Volviéndose, furioso.*) Pero, decime, pedazo de sonso: ¿quí é lo doeño de la casa, vo o nosotro? ¡Hablá!

LUCIANO. — En cuanto me vaya con Fifina, ustedes.

CHICHO. — ¡Vo só loco! ¿E co el permiso de quiéne te la vas a llevá? ¿Quí t'ha dado la aotoredá?

LUCIANO. — ¿Y por qué no me la puedo llevar? ¿Es suya?

CHICHO. — ¡Pe que premero tenimo c'arreglare coenta! ¡Tené que apagarme tutto lo que me adebés!

LUCIANO. — ¿Y yo qué le debo a usté?

CHICHO. — (*Sarcástico.*) ¡Pregunta lo que me adebe!... ¡Nada! (*Con gran furia.*) ¡Tutto!... ¡La vita! ¿Te parece poco? Nosotro, coando vó era chequito ne asacábamo lo pane de lo buche pe darde comire a vó, ahora te toca a vó asacártelo pe hacirno comere a nosotro... ¡La vita é na cosa seria! ¡Tanto le haciste sofrire a to padres, tanto tené que apagare!

LUCIANO. — ¿Y yo cuándo los he hecho sufrir a ustedes?

CHICHO. — (*Sarcástico.*) ¡Mire lo que pregunta! (*A él.*) Desde chequito nomá, coando viste la luce, empezaste a hacerno sofrir.

REGINA. — (*Que se ha sentado junto a la mesa.*) Gracia a me coedados, a lo remedio, a la noche que pasaba al lado de to camita, sen dormí, te apodimo salvá... ¡E lo que hemo guastado a la botica!... ¡Sólo Dío lo sabe!

CHICHO. — ¿E todo eso non vale nata? ¿Lo hacíamo pe to linda cara, no? ¡E se quiere ire senza pagare! ¡Qué fáchile se te hace la vita a vó! (*Nuevamente furioso.*) ¡Tramposo!... (*Breve pausa. Va calmándose poco a poco.*) ¡Lo que nos costó hacerte venire grande, darte na edocazione esmerada!... La poca entelequencia que tené se la debé a nosotro. Coando chico te comprábamo naipe e te enseñábamo a hacere trampa. (*Sonriente.*) ¡Je, je!... Despoese, yo me aponía pe toda parte cascabelito e vó tenías que ameterme la mano pe todo lo borsillo senza hacire roido... ¡Qué risa! (*Ríe.*) ¡Lo hacia biene! ¡No lo niego!... (*Serio.*) ¡Lástima que despoés te haciste má grande e te volviste má sonso! (*Irónico.*) ¡Se enamoró el hombre!... Le doele el corazone... (*Reacciona de su tono suave e irónico y le grita, casi echándosele encima.*) ¡Atorrante! ¡Senvregüenza! ¡Canalla! (*Transición. Llora.*) ¡E lo vieco, lo pobre vieco, que reviéndano, que se moérano d'hambre! (*Vuelve a su furia.*) ¡No! ¡No quiero! ¡Nunca! ¡Premero yo! ¡Pagame lo que me adebés! ¡Se no, me presento al jueze! ¡Te mando in cana!... (*Con los puños cerrados hace ademán como de apuñalearlo.*) ¡Te estrangulo! ¡Pe Dío! ¡Pe María Sandísima!...

REGINA. — (*En un grito.*) ¡Coidado, Chicho!...

LUCIANO. — (*Como un lamento.*) ¡Pucha, cómo son!

CHICHO. — Somo come todo: ¡de carne e hueso!

LUCIANO. — Me obligan a robar.

CHICHO. — (*Remilgado.*) ¡Coedado! ¡Come se foera la premera vé!

LUCIANO. — ¡Está bien! (*De pie.*) Yo no quería. Me obligan ustedes. ¡Pucha, cómo son!... ¡Volveré a mi vida de antes! ¡Les llenaré los hocicos de plata, y les juro, como que me llamo Luciano, que no volveré a poner los pies en esta casa!

CHICHO. — ¡Coedado, no se ne vaya a paralezá el corazone!... ¡Idiota! Osté paga e despoese haga lo que te venga in gana. ¡Ñorante! (*Luciano hace mustis violento por foro izquierda.*)



FIFINA. — ¿Y recién ahora piensa hacer eso?... A mí me parece que usted está medio viejo para esos trotes... Y..., con todo, me casaría. Debe ser lindo casarse... ¡Entrar a una iglesia, del brazo del novio, toda vestida de blanco, con una cola de tres metros, y ni bien una se asoma a la puerta de l'iglesia el órgano toca un tango, los angelitos tiran flores y el sacristán..., el sacristán tira la manga!... ¡Qué lindo! ¡Yo me abatataría toda. ¡Te lo juro que me abatataría, y con todo, me casaría!... ¿Cuándo nos casamos?

ROSENDO. — Cuando vos quieras, Fifina.

DOÑA REGINA, DON CHICHO Y QUIRQUINCHO.

QUIRQUINCHO. — (*Por puerta izquierda.*) Diga, se despertó el viejo.
CHICHO. — (*A gritos.*) ¿E qué hay co eso?
QUIRQUINCHO. — ¿Qué le doy de comer?
CHICHO. — ¡Veleno!
QUIRQUINCHO. — ¿Y no dijo que l'iba 'hacer una sopita de pan con leche?
CHICHO. — ¡Foé on momento de debilitá!
QUIRQUINCHO. — ¡Pucha, digo!
CHICHO. — ¡E salga de aquí, que astoy co la rabia! (*Quirquincho desaparece rápidamente por la izquierda, murmurando. Chicho se pasea nervioso de un lado a otro.*)
REGINA. — Astoviste bien, Chicho. Le hablaste bien claro. ¡Mé agusta que te hagá respetá!
CHICHO. — ¡A mí tambiene me s'ascabó la paciencia!
REGINA. — ¡Míreno que echare a Rosendo; no hombre que é na señorita!... (*Cambia de tono y lo encara.*) ¿Qué haciste de lo vente peso que te dió?
CHICHO. — Aquí lo tengo.
REGINA. — ¡Dameló!
CHICHO. — ¿Para qué?
REGINA. — ¡Lo nechesito!
CHICHO. — Estano en boena mano.

DON CHICHO, DOÑA REGINA Y FIFINA

FIFINA. — (*Por derecha, con un atadito de ropa. Cómicamente seria.*) Dígame, señora, ¿dónde está mi corpiñito de seda blanca que tenía guardado adentro la lata de fideos?
REGINA. — ¡Lo eché al foego!
FIFINA. — ¡Oooh!... ¿Y mi polverita de esmalte color rubí salpicada de piedras preciosas?
REGINA. — ¡La tiré a la basura!
FIFINA. — (*Poniéndose en jarras.*) Y si yo saliera ahora pidiéndole daños y "prejuicios", ¿qué haría, eh?
REGINA. — ¡Agarraría no palo e te lo rompería a la cabeza!
FIFINA. — ¡Grosera! ¡Miren qué manera de arreglar cuentas! ¿Y mi novio?
REGINA. — ¿Qué novio?
FIFINA. — Luciano.
REGINA. — Pregontáselo a Chicho.
CHICHO. — Acabo de sacarlo vendiendo almanaque.
FIFINA. — ¿Por qué?
CHICHO. — Porque ostede non se vano de aquí hasta decare nostro bienestar asegorado...
FIFINA. — ¿Ah, sí? ¡Con Luciano o sin Luciano, yo me voy!
REGINA. — Andate co Rosendo...
FIFINA. — ¡Nunca!
CHICHO. — (*Con malicia.*) ¿Qué llevás a eso atadito?
FIFINA. — Mis cosas. ¿Las quiere revistar? ¡Tome, tome! (*Le da el atadito.*)
CHICHO. — Yo las revisaría, ma, no é pe desconfianza, seno pe coreosedá. (*Va a la mesa y revisa.*)
FIFINA. — ¡Revise, revise!
REGINA. — (*Junto a Fifina; suplicante.*) ¡Ma, estás loca de irte de noestro lado en esa forma! ¡Sabiendo lo que te aqueremo, que sos nostra única alegría!... ¡Desalmada! (*Llora.*) ¡Qué manera de olvedarse a la quente!
CHICHO. — Todo lo que tené aquí, no vale manco chinco chentavo. (*Le tira el atado que ella agarra.*) Te lo podé allevá. (*A Regina.*) ¿E vó, pe qué llurá?
REGINA. — Perque me da pena que se vaya.
FIFINA. — ¡Porque sabe lo que se pierde!
CHICHO. — ¡E, decala! Ella sabe lo que hace.
REGINA. — ¡Aquedate! ¡No me hagá sofri!
FIFINA. — ¡No, no me quedo ni aunque me lo pidan de rodillas! ¡Me voy, me voy y me voy!
REGINA. — ¡Corazone de pietra!
CHICHO. — (*Encaminándose al mutis foro.*) ¡Dío misericordioso!
REGINA. — ¿Adónde va, Chicho?
CHICHO. — (*Quejumbroso.*) A la calle. Yo non poeto presenciá esto momento de despedida. Me emociono todo. Se me encoque el corazone. (*Mira significativamente y con encono a Fifina y hace mutis foro izquierda.*)
REGINA. — ¿Non te da pena decarlo al vieco así?
FIFINA. — ¡Me da! (*Tierna.*) Pero eso de sentir pena por todos, la que se joroba es una. ¿Por qué lo echaron a Luciano? ¿Para embromarme a mí? ¡Ahora sufran ustedes!
REGINA. — ¿E non te despedí de Querquincho?
FIFINA. — ¡Pobrecito! A ése es al único que quiero de verdá.

FIFINA, DOÑA REGINA y QUIRQUINCHO

QUIRQUINCHO. — (*Por izquierda.*) ¡Fifina!
FIFINA. — (*Corriendo a él y abrazándose.*) ¡Quirquincho!
QUIRQUINCHO. — ¿Qué hacés?
FIFINA. — ¡Aquí me tenés! ¿Cómo me encontrás, che?
QUIRQUINCHO. — ¡Más linda que nunca!
FIFINA. — ¡Mi vida! (*Lo vuelve a abrazar.*) Vos sos el único que me hace justicia.
QUIRQUINCHO. — ¡Al fin te decidiste a volver, callejera!
FIFINA. — Sí, pero ahora me voy otra vez.
QUIRQUINCHO. — ¡Macanas!
FIFINA. — Preguntáselo a doña Regina.
QUIRQUINCHO. — ¿Te echaron?
FIFINA. — (*Orgullosa.*) ¿A mí? Me están rogando que me quede.
QUIRQUINCHO. — ¿Y por qué no te quedás?...
FIFINA. — Porque tengo pajaritos en la cabeza. Me gusta estar en todas partes.
REGINA. — Come lo pechicho atorrante.
QUIRQUINCHO. — ¡Quedate! Yo sé por qué te lo digo.
FIFINA. — ¿Por qué?
QUIRQUINCHO. — Te vas a enyenar de "insetos" bataraces.
FIFINA. — ¡Tu madrina, che!

DICHOS y PERICO

PERICO. — (*Por el foro derecha, con un montón de "Críticas" bajo el brazo.*) ¡Fifina!
FIFINA. — ¡Perico! ¡Dentrá!
PERICO. — Saqué cincuenta "Críticas"; me hice de capital. ¿Vamo a venderlo?
FIFINA. — ¡Vamo!
PERICO. — Tomá! (*Le da la mitad de los diarios.*)
FIFINA. — ¿Qué tengo de gritar?
PERICO. — ¡"Crítica" quinta, con el secuestro del jockey Leguisamo! ¡Con todo lo detalle! ¡Otra vez la maffia!"
QUIRQUINCHO. — ¡Qué lindo gorpe!...
FIFINA. — ¡Vamos! Vendemo todo en seguida. Nos llenamo de oro. (*Lo toma del brazo y vanse precipitadamente a foro, donde Fifina se para de golpe y se vuelve.*) ¡Ah!... ¡Ahora que me acuerdo!... No puedo. (*Le devuelve los diarios.*)
PERICO. — ¿Qué pasa?
FIFINA. — (*Seria.*) ¡Me tengo de casar!
PERICO. — (*Con pena.*) ¡No!
FIFINA. — Preguntáselo a mi familia.
PERICO. — Si vos no tenés familia.
FIFINA. — Bueno, a estos, que son como si lo fueran.
REGINA. — (*Tristemente.*) ¡E qué mal pago me das!
PERICO. — ¿Y yo qué hago ahora?
FIFINA. — (*Encogiéndose de hombros y dándose importancia.*) ¡Ah, m'hijito, yo no me puedo casar con dos!
PERICO. — ¡Pucha, digo!
FIFINA. — ¡Y... olvidame!
PERICO. — ¡No puedo! ¡Pucha digo!
FIFINA. — Y... yo tampoco quería casarme, ¿sabés? Pero me obligan... ¡Qué voy a hacer! Soy sola en el mundo. Tengo de pensar en formar mi hogar.
PERICO. — Y, venite conmigo.
FIFINA. — ¡No, che; estoy harta de empanadas!
PERICO. — ¡Pucha, digo!...

DICHOS, DON CHICHO Y AGENTE DE POLICIA

AGENTE. — (*Por foro izquierda.*) ¡Buenas tardes! ¡Nadie se mueva! (*A Chicho.*) ¿Dónde los dejó usté?
CHICHO. — (*En tono lastimero.*) Yo lo dequé arriba de esa mesa... Foí hasta me coarto, e desaparecieron.
AGENTE. — A ver: ¿quién de ustedes ha sido el que le ha robado diez pesos a este señor, que los dejó sobre la mesa?
FIFINA. — ¡Yo no!
QUIRQUINCHO. — ¡Yo tampoco!
REGINA. — Aquí nenguno ha tocado nada.
AGENTE. — ¿Quiénes estaban cuando usted los dejó?
CHICHO. — Lo mimo que estano ahora.
AGENTE. — ¿Y este canillita, quién es?
FIFINA. — ¡Es amigo mío!
AGENTE. — ¿Y esa muchacha?
CHICHO. — E una que teníamo a la casa de nosotro, pero... (*Al oído, con intención.*) ahora se manda modare.
AGENTE. — ¡Ajá!
CHICHO. — Ma, ella no ha sido... Pondría la mano al foego que ella no ha sido.
AGENTE. — ¿Y qué lleva en eso atadito?
CHICHO. — (*Haciéndose el ingenuo.*) E... ¿Qué llevará? Arcuna soncerita... Cosas sen emportancia... (*Al oído.*) ¡Mesterio!... Vaya uno a sapere.
AGENTE. — ¿Se lo revisaron?
CHICHO. — Per encemita nomá... Ma no, no; prefiero aquedarme ciego ante de dodare de ella.
AGENTE. — Hay que revisarlo bien.
FIFINA. — Tome. (*Le da el atadito que el agente revisa sobre la mesa.*)
CHICHO. — (*Afligido.*) Eran lo último diechi peso que ne quedábano pe hacere frente a lo guasto de la casa. Cinco día de trabajo aforzado. Totavía me arecuerdo. Lo diechi peso termenaban co el número trenta e tré... (*A Regina.*) ¿Te acordá que yo te dique, qué lindo pe fogarlo a la quiniela?
REGINA. — E vero.
AGENTE. — (*Sacando el billete de entre la ropita.*) ¿Y esto, qué es?
FIFINA. — ¡Oh!
AGENTE. — ¿A ver? ¡Justo! Termina en treinta y tres.
CHICHO. — ¡Qué hombre ditictive!
AGENTE. — ¿De quién es ese atadito?
FIFINA. — ¡Es mío, señor, es mío; pero yo no fuí! (*Llorosa.*) ¡Yo no fuí la que los puso ahí adentro! ¡Ha sido una mano criminal!
CHICHO. — ¡Oh! ¡E yo que hobiera poesto la mano al foego! ¡María Benedetta! Lo miro e non lo credo... (*Sonríe triunfante, sin que lo vean.*)
FIFINA. — ¡Usté, usté mismo habrá sido quien los puso! ¡Para vengarse de mí, para arruinarme!
CHICHO. — ¡Desagradecida! ¡Lo que dice! ¡Así paga todo el biene que te hemo hecho!... (*Sonríe igual que antes.*)
FIFINA. — (*Lastimera.*) ¡No le haga caso, señor agente! ¡Tiene dos caras! ¡Es un falluto! ¡Es una venganza! ¡Me quiere mandar presa!
PERICO. — ¿A quién?
FIFINA. — ¡A mí! ¡El mismo fué quien los puso!
PERICO. — ¡No! ¡No fué él! ¡Fuí yo, agente, fuí yo!
FIFINA. — ¡No! ¡Mentira! ¡Vos no fuiste!
PERICO. — ¡Sí! ¡Fuí yo! Estaban encima de esa mesa. En un descuido, los puse adentro del atadito, para después sacarlos. ¿No te diste cuenta? ¡Y yo que creí que me habías visto!...
FIFINA. — ¡No! ¡No lo crea, señor... ¡Vos no fuiste!
QUIRQUINCHO. — ¡Sí, sí, sí! ¡Fué él!... ¡Yo vi cuando los agarraba! Hizo así y zás, los metió adentro!... (*Chicho quiere fulminarlo: Quirquincho se aparta.*)
REGINA. — ¿E per qué non decías una palabra?
QUIRQUINCHO. — ¡Antes morir que ser batilana!
FIFINA. — ¡No les haga caso, señor! ¡Perico no ha sido! ¡Se lo juro por mi vida!
PERICO. — ¿Y por qué me defendés, si ya no me querés?
FIFINA. — Porque sos inocente.
PERICO. — ¡Otaria! Inocente yo, que estoy criao en la calle, entre la inmundicia. ¡No le haga caso, agente, lléveme preso! En la comisaría cantaré todo... ¡Lléveme!
AGENTE. — (*Lo toma de un brazo.*) ¡Vamos!
FIFINA. — (*Llorando.*) ¡Perico!
AGENTE. — ¡Vamos, vamos! Yo te vi'a enseñar a apoderarte de lo ajeno.
PERICO. — Tiene razón, agente. Me falló el corazón. (*Medio mutis con el agente.*)
CHICHO. — (*Con humildad.*) ¡Siñore aquente, siñore aquente.
AGENTE. — (*Volviéndose enojado.*) ¿Qué le pasa?
CHICHO. — Disculpe, no é pe desconfianza, ma, ¿lo diechi peso?
AGENTE. — ¡Van bien! ¡Nadie tiene necesidá de ir a la comisaría! ¡Al comisario le es suficiente con que le lleven el cuerpo del delito!... ¡Caminá! (*Mutis con Perico, por foro izquierda.*)
CHICHO. — (*Desesperado.*) ¡María Sandísima! ¡No lo veo más! ¡Me lo diche el corazone!
FIFINA. — (*En puerta foro, llorando amargamente.*) ¡Perico! ¡Perico! ¡Adiós!
CHICHO. — ¡Sé! ¡Sé! ¡Perisco! ¡Perisco! (*Sentándose en su sillita.*) ¡Hay que vere qué clase de quente que traé a esta casa! ¡Senvregüenza!
REGINA. — ¡E vo, hay que vere qué clase de aquente que te traé tambiene!
CHICHO. — (*Quejumbroso.*) ¡Cinche uno! ¡Mire lo chentavo! Lucha a la vita pe vivire co cherta libertá... ¡Nunca! ¡Tanto tiene, tanto te van a robare! (*Saca su rosario.*) ¡Marona mía!... (*Reza.*)
FIFINA. — (*Recostada en el marco, quejumbrosa.*) ¡Sí, sí! ¡Hágase la víctima nomás!... ¡Fué usté quien los puso!... ¡Pero no se salió con la suya! ¡Pobre Perico! (*Asomada a foro, mira hacia izquierda.*) ¡Oh! ¡Están en la esquina!... ¡Entran al almacén!... (*Alegre, mientras Chicho aguza el oído y hace gestos de extrañeza.*) ¡Perico me llama! ¡Santo Dios! ¡Chau, chau, viejos! (*Mutis corriendo.*)
REGINA. — (*Yendo hacia foro.*) ¡Qué raro que se háyano metido al armacine! ¿A qué habrán entrato?...
CHICHO. — ¡A chuparse el coerpo del delito!... (*Llora amargamente.*) Me lo diche el corazone...

TELON

(*Continúa en el próximo número.*)

"Flor del Aire"

(Continuación de la página 47)

vulgar. ¡Es la historia de tantas mujeres. Al poco tiempo de irte, tuve que abandonar mi hogar, como comprenderás. Me vine a Buenos Aires, supe tu casamiento con esa mujer digna de ti. Te he visto muchas veces desde la profundidad de mi miseria. Nunca quise empañar tu felicidad; pero como ahora... "me voy", tengo que despedirme. Una cosa te pido, Alejandro; quiero que cuides a nuestra hijita...

Echevarrieta asimiló rápidamente la intensidad del drama que tenía ante sí. Queriendo apurar el cáliz de la amargura como una expiación necesaria, repuso:

—Pero, "Flor del Aire", hablas de "irte"... Aún no puedo interpretar claramente tus manifestaciones. Si la fatalidad se interpuso en nuestro destino, desviando en sentidos opuestos nuestras existencias, bienhaya la hora en que se puede rectificar posiciones y enmendar errores. Tú has vuelto a mí como una bendición del cielo. Tú no debes irte a ninguna parte; te quedarás conmigo.

—No, Alejandro. Yo me voy al país de donde no se regresa. Como habrás ya podido observar, estoy enferma. Mis pulmones están destrozados. Con grandes esfuerzos he podido hoy llegar hasta aquí para pedirte que veles por ella. Ahí tienes la dirección. Hasta hace poco tiempo pude costear los gastos de su manutención, pero hace mucho que ya no trabajo. No puedo tenerla conmigo; esto me lacera el alma, pero temo contagiarla. Si tú velas por ella, me iré tranquila.

Luego agregó con una leve sonrisa de amargura:

—"Flor del Aire" se muere de consunción. Es que era una flor trasplantada fuera de invernadero...

V

Echevarrieta sintió que el guardatrén golpeaba sucesivamente las puertas de los compartimientos para despertar a los viajeros. Él, por cierto, no necesitaba de este expediente. No había podido conciliar el sueño en toda la noche. Preocupaciones, evocaciones y recuerdos bailaban en su imaginación una danza de pesadilla. Los acontecimientos habían pasado por su cerebro afiebrado como una dislocada cinta cinematográfica: la súbita reaparición de "Flor del Aire", recrudeciendo en su conciencia aquel sentimiento de contrición que venía invadiéndolo desde hacía ya mucho tiempo; la ternura con mucho de lástima que despertara en él la pobre criatura, víctima de su apetito y de su brutal egoísmo de varón; más tarde, su intervención personal en los asuntos de María Luz, como una reparación tardía, realizando todos los trámites para su instalación en un sanatorio, y el internado de la nena en el Patronato. En medio de estas evocaciones, abultadas por la fiebre, aparecíansele indistintamente "Flor del Aire" y Julia, su mujer, como pidiéndole, respectivamente, cuenta de su conducta.

Con los ojos desmesuradamente abiertos en la obscuridad, mecido por el traqueteo del tren, recordaba los sucesivos viajes realizados a la sierra cordobesa para asistir a la lenta consunción de aquella débil existencia; sus artimañas y embustes para engañar a Julia ante las reiteradas ausencias, pretextando negocios inverosímiles. Por último, aquel telegrama perentorio en el que se reclamaba su presencia inmediata.

Saltó de la litera y hundió la cabeza en el lavatorio. El agua fría lo alivió de la fiebre que venía atormentándolo. Pocos momentos después, el expreso nocturno lo dejaba en la estación de la capital cordobesa, y horas más tarde un automóvil lo trasladaba hasta el blanco sanatorio enclavado en plena zona serrana.

En la administración del establecimiento, el médico de guardia le informó de la fatal nueva.

—Malas noticias, ingeniero. Le formulamos el despacho ante la gravedad de su estado. Está en el depósito al lado del pabellón C.

Echevarrieta sintió un nudo en la garganta y ahogó un sollozo llevándose el pañuelo a la boca. Allí, en una cama del depósito yacía el cadáver de "Flor del Aire". Parecía dormida. Las manchas violáceas de los ojos habían avanzado un poco más en el terciopelo ya amarillento de aquel rostro que él tanto había acariciado bajo los naranjos de la dulce tierra norteña.

Alejandro dispuso lo pertinente para el traslado de los restos a un nicho provisional en la próxima ciudad, pues proyectaba la erección de un mausoleo donde el diminuto cuerpo hallara definitivo reposo.

El peón a cuyo cargo corrió la tarea de trasladar y colocar el ataúd en el nicho, con la compañía de Alejandro por todo cortejo, creyó que se trataba del cadáver de un niño.

VI

La comida transcurría en un silencio penoso. Al servirse el café, Julia arriesgó algunas palabras.

—Noto que sigues mal, Alejandro.

—No, mi hija, no sigo mal. Estoy muy bien. Sólo me preocupan mis tareas. Sabes que el asunto del rascacielo de Iturbide me tiene con algo de cuidado. Más que la cuestión económica me preocupa la dignidad profesional.

Julia se levantó, colocándose tras su esposo. Le rodeó el cuello con los brazos, y pegando al suyo su rostro, comenzó a hablarle quedo. Estaba dispuesta a jugarse el todo por el todo.

—Alejandro, esposo mío, es inútil que te atormentes acultándome la tragedia que se ha cernido sobre tu alma. Pero el período álgido ya pasó. Ahora sólo resta que tonifiques tus nervios, que descanses y que olvides.

Alejandro se incorporó y contempló con creciente ansiedad a su mujer. Ésta, sin soltarlo, continuó:

—Alejandro, debo parodiar a los personajes de novela romántica: lo sé todo. Pero nada temas. No esperes ninguna rencorosa reacción por parte de tu mujer. Mucho has sufrido, pero en ese sufrimiento está el bálsamo del consuelo que ha de restañar tus heridas. Mi espíritu de mujer entrevió el drama que se desencadenaba en tu conciencia y comencé a estrechar el círculo de mis observaciones. Quería ayudarte a espantar el fantasma de la desdicha que ensombrecía tu existencia. Algunos documentos abandonados por ti con explicable precipitación, me dieron la pauta de todo lo ocurrido.

—Julia, tú...

—No me interrumpas. Me enteré de todo. Lamenté la desgracia de aquella pobre muchachita. Era mujer, y además, madre desdichada. Llegué a compadecerla y amarla. Acaso yo también tenía algo de responsabilidad en su vía crucis, ya que por mí tú la abandonaste. Posteriormente — continuó Julia dando escape a su ingénito sentimiento maternal agudizado por la esterilidad — supe el paradero de la nena y... perdón, Alejandro, resolví traérmela. Es tu hija y también lo será mía. Llenará el vacío de nuestro hogar. ¿Acaso he hecho mal?

Alejandro se levantó, besó a su mujer en la frente y musitó con la voz enronquecida por una intensa emoción:

—¡Julia, ha muerto una santa, pero veo que queda otra en mi hogar! ¡Bendita seas!

Julia desapareció un momento y regresó trayendo de la mano una deliciosa nenita de unos tres años. Era una miniatura de María Luz.

—Todavía no le has preguntado a esta nena cómo se llama — manifestó Echevarrieta a su mujer mientras colocaba la criatura sobre sus rodillas y jugueteaba con la seda castaña de sus bucles.

—Sí, ya me lo ha dicho. Esta nena tiene un nombre muy lindo. Se llama "Flor del Aire"...

FIN



CHARLAS FEMENINAS

Por MESEC TUBAT

EL PUDOR

De todo somos esclavos en la vida; del amor, de la riqueza, "del que dirán", de la ambición. De lo malo y de lo bueno, de lo grato y de lo ingrato. Somos en total esclavos de la vida.

Muchas veces no lo sabemos. Nos creemos libres, suponemos que hacemos lo que queremos y en cambio estamos obedeciendo a cualquier esclavitud del espíritu.

¡Libres!..., esa es una palabra banal, vacía de libertades, repleta de esclavitudes.

La humanidad luchó por abolir la esclavitud, pero como la esclavitud está en el alma de los hombres y no en el derecho de algunos, la esclavitud sigue.

Somos víctimas de nuestros propios sentimientos, de nuestro orgullo, de nuestra vanidad, de nuestros celos y de nuestro amor... Algo hay, sin embargo, de que no es víctima de esclavitud, ni el hombre ni la mujer que concurren a las playas: del pudor.

Tratándose de echarse al mar, de tomar baños de sol, de veranear, en una palabra, el hombre no es víctima de sus celos, ni la mujer del pudor.

No sé si esta conquista vale de algo. No sé si la moral estará por ahí llorando en algún rincón..., sólo sé que el hombre y la mujer se han liberado de una sola esclavitud, de la que tanto ató a las mujeres de las generaciones pasadas: el pudor.

CURIOSAS

Una cosa es interesarse por la suerte de la amiga o de la hermana; otra es sentir curiosidad. El interés es generoso y bueno, pero no es inquisidor o preguntón.

En cambio, la curiosidad es una manifestación franca de mala educación.

Es preferible ser discreto hasta parecer indiferente, que ser demasiado interesado y poder ser juzgado curioso. La curiosidad, desconfiada e interrogadora, es intolerable.

El que tiene el goce de averiguar las vidas ajenas, el que abre una carta que no lleva su nombre, el que se recuesta distraído tras la rendija de la puerta, el que abre un cajón, un ropero o una cartera, ¡qué de desprecios acarrea para sí mismo!

La curiosidad es un vicio tan lamentable, tan odioso, que el curioso no lo confiesa, lo niega y lo esconde como un deshonor..., entonces, ¿por qué no lo evita, por qué no se corrige?

En la mujer la curiosidad es una inelegancia imperdonable. En el niño es un defecto que debe anularse en cuanto se vea asomar en la primera pregunta indebida. Que no eche raíces en su alma la maligna curiosidad, porque le reservará más de un momento doloroso en el porvenir.

ESTADOS DE ALMA

La tristeza, con ser detestable, tiene algo de elegante; es al menos silenciosa; en cambio el mal humor es antiestético e inculto.

¿Qué culpa tenemos de aquello que agrie a nuestro prójimo y le contraríe? ¿Por qué, pues, hemos de recibir el contragolpe en una actitud que nos deje molestas y amargadas, sin haber cometido ningún error o falta directa?

Hay que tener la voluntad del disimulo ante todo y la voluntad de reaccionar contra un estado de alma que daña el espíritu y hasta la reputación de quien es víctima frecuente del mal humor.

Es sabido que no siempre podemos ir alegres y estar contentos; pero es que tampoco estamos obligados a ello; a lo que estamos obligados es a ser gratos a nuestros hermanos y familiares, a quienes no tenemos por qué molestar, ni perjudicar con las manifestaciones del mal humor.

Además, es un estado que daña al organismo, que se traduce en palabras agrias y actitudes injustas, acarrea males orgánicos ya que atrofia las digestiones, altera el sueño, destruye los sanos pensamientos. Es, además, el desaseo del alma, puesto que la torna turbia.

No nos atrevemos a presentarnos desaseados de cuerpo o de ropa delante de nuestros amigos, y, sin embargo, ¿por qué nos presentamos con el alma de mal humor? Si el malhumorado dijera: "yo no quiero, ni puedo, ni debo estar de mal humor", el mal humor quedaría desterrado.

El mal humor es una ebriedad del espíritu, que puede llegar hasta el crimen o el suicidio.

DIALOGOS EN LA PELUQUERIA



—*Van pasando las provincias...*

—Anuncie la de turno.

—*Tucumán, don Giácomo, por el revuelo...*

—Tiene razón. En Tucumán se hace más política, en estos momentos, que en toda la república.

—*Métale el diente, don Giácomo.*

●●●

—En Tucumán hay tres partidos: el del gobierno, que se llama Partido de la Defensa Provincial, el Demócrata Nacional, que encarna la oposición y el radicalismo, opositor a su modo, puesto que se resiste a acatar la abstención. En las elecciones del 32 usted recordará que la minoría correspondió a la Defensa Provincial y la mayoría a los demócratas, sólo que entonces los radicales, con excepción de unos pocos impersonalistas, se borraron, y usted sabe que carreras son carreras. Ahora, si se anotan y entran a correr desde el "vamos", habrá que ver cómo se juega la plata...



●●●

"Las bancas tucumanas que están en discusión son, sin embargo, nada más que tres: dos que disfrutaron los provincialistas Frías Silva y Pereyra y una que desempeñaba el demócrata José Ignacio Araoz, y que si no sopla mucho viento en contra, la seguirá desempeñando. Y a propósito de esta candidatura: cuando se hizo el recuento de votos en la convención resultó que no tenía los dos tercios de votos indispensables en su calidad de diputado cesante para merecer la proclamación, pero los amigos se encargaron de hacer el elogio de su persona y de su actuación, allanándole esta dificultad, de modo que ahí está el hombre "en las cintas", junto con don César Fioretti, esperando que se largue la carrera.



●●●

"Los demócratas nacionales le han dicho de una a ciento al gobernador de la provincia, y como si fuera poco van a los comicios comprometidos a pedir el juicio político de aquél, o a insistir en la pedida intervención federal. Lo acusan de no dar a la publicidad las memorias de contaduría, de haberse atrasado en el pago de los sueldos, de haber aumentado la deuda pública y los impuestos, y, finalmente, expresan sus temores de que la presión policial les arrebate el triunfo en las urnas."



●●●

—*Y el gobernador, ¿qué dice?...*

—El gobernador no puede con su partido. Hay tantas ambiciones encontradas, que se deshacen entre ellos. La convención ha sido un verdadero campo de Agramante. Parece que la primera lista de candidatos estaba hecha por el gobernador, de su puño y letra, cosa que promovió una resistencia bárbara, a punto tal, que el diputado Frías Silva, comprometido a hacer de amigable componedor entre aquél y la asamblea, salió del tumulto a duras penas. Tengo entendido que sobran "muñecas" y falta "tacto" entre los dirigentes de la Defensa Provincial, de modo que no sería nada difícil que esta vez, para evitar un tumbo, se dieran otro...

●●●

"Electoralmente Tucumán — agrega don Giácomo — es una provincia culta, y, sin embargo, carece de un electorado resueltamente definido. Resulta que de los cien mil inscriptos, que son aproximadamente setenta mil en las urnas, no se puede decir que pertenezcan a uno o a otro de los partidos actuantes sin esperar el escrutinio. Voy a esto: en marzo del 30 aquella cifra se descompuso así: 38 mil personalistas y 31 mil personalistas disidentes en números redondos, y el 8 de noviembre del 31 el electorado, lejos de abstenerse, concurrió con los rótulos que ya le conocemos, y quedó bien con Dios y con el diablo. Estamos, pues, en que si los radicales votan, quién sabe dónde se inclinará la balanza.



●●●

"Digo si votan, porque no basta la convocatoria local para que la abstención nacional suspenda sus efectos. Además, deduzco de una charla sostenida entre un jefe del ejército, que es tucumano, y un gerente azucarero, en un club porteño, que el gobernador Nougués hace cálculos risueños con la contribución de los supuestos abstencionistas, exactamente lo mismo que los socialistas en la capital o los impersonalistas de Talcahuano."



Se non é vero...

Del candidato de una de las fracciones antipersonalistas de la capital, que renunció a su candidatura invocando argumentos altisonantes, se sabe ahora que el verdadero móvil de su actitud fué su resistencia "a formar" con la cuota de rigor, para tener derecho a una improbable banca de diputado.

● ●

Lo que a este ex senador le interesa es volver a ser "padre de la patria", y en este sentido se le hace aparecer corriéndose "una fija" con la legislatura de una provincia del Norte, para cuando termine el senador C. su período, llegándose hasta atribuirle esta declaración: "que prefiere, porque es más seguro, comprar votos de arriba que votos de abajo".

● ●

Hay quien hace poco escuchó, por casualidad, en la Rambla Bristol al gobernador de la provincia dolerse con un político de su confianza de que en la reciente convención de los demócratas nacionales de Buenos Aires le "hubieran bochado a su candidato", candidato que a pesar de aquel apoyo salió con no más de veintiún votos, contra los seiscientos y pico que tuvieron los proclamados para el Congreso Nacional.

Por

El viejo Mandinga

LA ANECDOTA NACIONAL

UN TRUC DE TEATRO

Nuestro gran Battaglia, el insuperado actor dramático, era de una presencia de ánimo increíble. Pocos se la conocían, porque es fácil confundir esta invidiable cualidad con la desfachatez del sinvergüenza. Y bien saben todos que Battaglia distaba mucho de ser esto último.

Se hallaba una vez Battaglia caracterizándose en su camarín. Haría su admirable papel de "La cena de las burlas". En esas entró, sin decir ¡agua va!, uno de esos meteretes que suelen ser, además, cargantes hasta sofocar. El cargoso pretendía llevarse a almorzar nada menos que a Battaglia, el hombre más metódico en sus costumbres que jamás haya existido. Si no era la vigésima vez que le repetía que se lo llevaría a almorzar con él, no era seguramente una.

Harto y decidido, dijo por fin Battaglia:

—Bueno, hombre, bueno; mañana a la una en punto, en el Sportsman.

El porfiado se retira satisfecho. Battaglia se vuelve nerviosamente a su camarero, y le dice:

—Oiga, Manuel: mañana telefonea usted al imbécil ese y le dice cualquier cosa..., que un asunto urgente me obliga a no ir al convite...

Mientras así habla Battaglia, el cargoso, que había olvidado su bastón, entra y se queda pasmado ante lo que oye.

Battaglia, tranquilo ya, viendo al sorprendido reflejado en su espejo, dice sonriendo a su camarero, que palidece:

—Sí. Dirá usted al idiota ese que no puedo ir mañana... porque almuerzo (y señaló al aparecido) con este caballero.

LA TRAGEDIA DEL CIRUJANO



EL SUEÑO



LA REALIDAD
(De "Nuevo Mundo", Madrid)

SALPICON

CUENTO JUDIO

La señora de Mayer oye decir que al banquero Roufferd la enfermedad que le ha llevado al sepulcro le ha costado, entre médicos y boticas, quince mil francos.

—¡Dios mío — dice — te ruego una muerte repentina!



—¡Demonios! ¡Este maldito gato se ha comido otra vez mis peces!

(De "Gutiérrez", Madrid)



—Déjeme bajar, que quiero darle otro abrazo a mi hija.
—Vaya tranquila, señora, que ya se lo daré yo.
(De "Il Mondo", Roma)

COPLERO

Pasan días y semanas,
pasan años, pasan meses,
y se pasarán los siglos
sin que tú a quererme llegues.

Dicen que la luna es
astro del enamorado;
siempre que yo miro al cielo
está lloviendo o nublado.

LA VIRTUD

La vida sería una cosa bien miserable y bien exhausta de fuentes de bienestar si la naturaleza humana no estuviera construída de tal modo, que estas cosas, en un principio indiferentes, no vinieran a ser en sí mismas fuentes de placer de un valor grande en permanencia y en intensidad al de los placeres primitivos.

La virtud, según la concepción utilitaria, puede clasificarse entre los bienes de esta especie. En el principio no se la ha debido desear, sino porque llevaba el placer, o, sobre todo, evitaba el sufrimiento. Pero una vez la asociación establecida entre el medio y el fin, se ha llegado a considerar la virtud como buena en sí misma, y se la ha deseado con tanta intensidad como cualquier otro bien.

Solamente hay entre ellas y los bienes, tales como el amor al dinero, al poder, a la gloria, la diferencia de que a veces estos bienes hacen al individuo funesto a los demás; en tanto que la cultura desinteresada de la virtud hace al individuo benévolo.

En consecuencia, la doctrina utilitaria, en tanto que tolera y aprueba los otros deseos adquiridos hasta el momento en que llegan a ser dañosos al bienestar general, en vez de aumentarle, ordena y exige que la cultura desarrolle todo lo posible el amor a la virtud, como muy importante al bienestar general.

Stuart Mill.

IMPRESO EN LOS TALLERES GRAFICOS DE LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES LDA., S. A.